HOMBRES DEL OCASO

UNA NOVELA DE ANTHONY POWELL

fiordo 08

Ambientada en la Inglaterra de los años 30, Hombres del ocaso retrata el devenir de un grupo de jóvenes artistas disconformes con su suerte en la vida. Entre estos afternoon men, un eufemismo inglés para «borracho», está el enamoradizo Atwater, cuyo impreciso trabajo en un museo de arqueología lo tiene pensativo. Su buen amigo Pringle, pintor melancólico y mediocre abandonado por su esposa, e hijo de un padre suicida. Lola, la chica torpe que lee a Bertrand Russell para sentirse útil. La inconformista Susan, de la que Atwater se enamora perdidamente. La bellísima Harriet, despiadada y juguetona, bien conocida por todos, aunque inefable. Barlow, el reconocido pintoravant-garde que no sabe con quién casarse porque tiene demasiadas opciones. Fotheringham, el indulgente redactor de una revista espiritista que desea una vida llena de aventuras, y no hace nada. Brisket, el pianista incomprendido; Scheigan, el editor que sólo quiere fiestas y bebe como un condenado. A partir de estos personajes, Anthony Powell produce, con su inconfundible estilo clásico, una novela sumamente vital que dialoga con innumerables aspectos del comportamiento humano contemporáneo.

Originalmente publicada en 1931 por Gerald Duckworth, medio hermano de Virginia Woolf, y reeditada en inglés hasta la actualidad, Hombres del ocaso, en esta primera traducción al español, supone un verdadero acontecimiento editorial.

Anthony Powell

Hombres del ocaso

Salvador Cristofaro
Traducción

Fiordo — Buenos Aires

Título de la edición original: *Afternoon Men*
Primera edición en inglés por Duckworth, 1931
Primera edición en español, 2015

© John Powell and Tristram Powell, 1931
© de la traducción, Salvador Cristofaro, 2015
© de la edición, Fiordo, 2015
Tacuarí 628 (C1071AAN), Ciudad de Buenos Aires, Argentina
correo@fiordoeditorial.com.ar
www.fiordoeditorial.com.ar

Dirección editorial: Julia Ariza y Salvador Cristofaro
Diseño de cubierta: Pablo Font

ISBN 978-987-45688-0-9
Hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin
permiso escrito de la editorial.

Powell, Anthony
Hombres del ocaso. — 1a ed. —Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fiordo,
2015. 264 p.; 20 × 13 cm.
Traducido por: Salvador Cristofaro ISBN 978-987-45688-0-9
1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Cristofaro, Salvador, trad. II. Título CDD 823

Fecha de catalogación: 11/11/2014

… como si hubieran oído el cuerno encantado de AstoIfo, ese duque inglés de Ariosto, cuyo sonido enloquecía de terror a sus auditores al punto de impulsarlos al suicidio… son una compañía de atolondrados, bebedores…

ROBERT BURTON, *Anatomía de la melancolía*

PARTE I
Montaje

1

—¿Cuándo lo tomas? —dijo Atwater.

Pringle dijo:

—Se supone que hay que tomarlo después de cada comida, pero sólo lo tomo después del desayuno y la cena. Me parece suficiente.

Se quedaron en la planta baja donde estaba la barra. Arriba había una banda, pero el baile no había comenzado porque todavía era temprano en la noche. La sala de abajo tenía poca altura, una barra que corría a lo largo de un costado y algunas mesas y unos divanes. Las ventanas en la pared opuesta a la barra estaban todas abiertas, pero daban a un contrafrente profundo, de modo que la habitación se sentía realmente sofocante y olía a amoníaco. Había varias personas que conocían sentadas en las mesas o en la barra, pero encontraron su lugar en la esquina de la sala y se sentaron. Pringle dijo:

—Si pagas por esta ronda y me das tres chelines y nueve peniques estaremos a mano.

Atwater, pensando en el brandy que habían bebido en la cena, no dijo nada. La calidad del brandy había sido pobre. Pero le dio a Pringle media corona, un chelín y tres peniques. Se sentaron ahí sin hablar, hasta que el camarero terminó de tomar el pedido de un grupo grande en el otro extremo de la habitación y se acercó a ellos. Pringle dijo:

—Seguiré con el brandy.

—¿Dobles? —dijo el camarero.

—Dobles —dijo Atwater.

Pringle dijo:

—En lo que a mí respecta, quisiera no volver a ver a una mujer otra vez en mi vida. Me gustaría retirarme al campo y pintar. De hecho, ahora mismo estoy negociando una casa en el campo.

Atwater no contestó. Leía un diario que alguien había dejado en la mesa. Leyó la tira cómica y después la columna titulada «Mujer Aristocrática en Tragedia Automovilística». Era un joven muy delgado con el pelo pajizo y piernas bastante largas, que había fracasado dos veces en su ingreso al Ministerio de Asuntos Exteriores. A veces usaba anteojos con montura de carey para

corregir un leve estrabismo, y hacía poco había conseguido a través de contactos un trabajo en un museo. Su padre era un funcionario retirado que vivía en Essex, donde administraba con su esposa una granja de pollos.

—¿Cuánto tiempo ha estado abierto este lugar? —dijo Pringle.

—No mucho. Todos vienen aquí.

—¿Todos?

—La mayoría.

Se habían conocido en París tres años antes, cuando Pringle intentaba otorgar algún significado a sus dibujos de poses cortas tomadas en la Academia Colarossi, y Atwater se alojaba en una casa familiar en Saint-Cloud, donde se suponía que en algún momento aprendería a hablar francés. Había sido una noche en La Coupole. Al principio habían sentido cierta antipatía mutua, pero por contraste y comparación, esa noche un compatriota les había parecido casi más tolerable de lo que podría haber sido en realidad el caso en otro contexto. Por alguna razón la relación había persistido, y salían juntos bastante a menudo cuando Pringle se encontraba en Londres, mucho después de que el motivo inicial para tolerar los caprichos respectivos hubiese caído en el olvido. Pringle venía de una familia emprendedora. Su padre, un hombre de negocios de Ulster, había comprado un Cézanne en 1911. Ese había sido el comienzo. Luego se había divorciado de su esposa. Más tarde había desarrollado una manía religiosa y saltado de un puente colgante. Pero aunque había maltratado a sus hijos durante el período religioso, a todos les dejó algo de dinero, y Pringle, si bien no se esforzaba en deshacerse de él, tenía un cómodo ingreso. Sus primeros años de vida lo habían hecho dolorosamente inhibido y era un pintor malo por naturaleza, pero un deplorable barniz de destreza recogida en París hacía que la gente comprara de tanto en tanto sus obras. Pringle tenía veintiocho años y su pelo rojo, por el cual había sido amedrentado de joven, le daba un aire a la representación tradicional de Judas. Allí sentado, vestía una camisa azul de obrero francés y zapatos de charol. Cada tanto se retorcía con nerviosismo y jugueteaba con los objetos de la mesa.

—El problema con las mujeres —dijo—, es que no se puede confiar en ellas.

Solo habían transcurrido un par de semanas desde la partida definitiva de Olga y, aunque suponía un ahorro inmenso, la idea todavía lo irritaba.

—Diga cuándo, señor —dijo el camarero.

—Cuándo —dijo Pringle—. Si pudiera irme ahora mismo al campo a pintar un poco probablemente podría conseguir otra pequeña exhibición en primavera.

Atwater le ofreció su cigarrera pero no apartó los ojos de la historia del accidente. Se trataba de la esposa de un caballero en un Bentley, en la ruta hacia Brighton.

—¿Qué piensas?

Cavilando sobre el coñac de la cena, Atwater dijo:

—Yo debería hacer eso.

—¿Has sabido algo de Undershaft? —dijo Pringle, cambiando de tema porque no tenía en efecto nada que agregar a los planes para la proyectada reorganización de su vida, y Atwater, habiéndolos escuchado en la cena, evidentemente no estaba preparado en ese momento para ejercer un papel activo en la rediscusión precisa de sus detalles.

—Está en Nueva York.

—¿Tocando el piano?

—Tocando el piano.

Atwater dejó el diario y miró a su alrededor. Vio a Harriet Twining sentada en la barra junto a un hombre con una bola de grasa en la nuca. Llevaba un saco y falda y se veía muy hermosa y deslumbrante. Tenía el pelo claro y una piel algo oscura, lo que en general volvía locos a los hombres, que le ofrecían casamiento casi al instante. Pero cuando llegaba el momento nunca se casaba, ya porque se cansaba del hombre después de pasar algún tiempo en su compañía, ya porque el hombre decía que no podía seguirle el ritmo, o porque simplemente no tenía más dinero. Saludó con la mano a Atwater, que apenas la conocía, y se acercó hasta su mesa. Sin mirar a Pringle dijo:

—¿Vienes a la fiesta esta noche?

Atwater dijo:

—No puedo. Soy un hombre moribundo. ¿De quién es la fiesta?

—Tienes que venir.

—No me invitaron.

—Ven con nosotros. Te llevaremos.

—¿Quiénes son nosotros?

—Yo y mi amigo gordo.

—¿Quién es él, Harriet?

—Se llama Scheigan.

—¿Sí?

—Es un editor norteamericano.

—¿Qué hace aquí?

—Se encargará de mi libro cuando esté terminado.

—¿Te lo llevas a la fiesta?

—Sí, es un entusiasta de las fiestas. Dice que todos los irlandeses son así. Locos por el disfrute.

Volvió a su banqueta en la barra. Atwater la observó. Caminaba con los hombros ligeramente encorvados y meneaba un poco la cadera para impresionar, pero no mucho. El hombre de la bola de grasa en la nuca se había agarrado a la barra como si estuviera a punto de escalarla, usando la banqueta como punto de despegue. Fumaba un cigarro. Atwater dijo:

—¿No la conoces?

—A mí todas me parecen iguales —dijo Pringle—. ¿Undershaft te ha dado alguna señal de vida?

—Está viviendo con una mujer vietnamita.

—¿En Nueva York?

—Según él está bastante bien.

—No puedo decir que tu club me guste mucho —dijo Pringle—. Entre el calor y una cosa y otra.

—Hace calor.

—Y después la gente.

—Bueno, son los de siempre. No puedes esperar que se vean diferentes solo porque el club abrió hace poco.

—No me gusta este lugar.

—Llévame a otro lugar, entonces.

—No. Tomaremos una bebida más aquí.

—Vayamos a otro lugar.

—No. Héctor acaba de entrar.

—Insisto en que me lleves a otro lugar —dijo Atwater.

Pero Héctor Barlow atravesó la habitación en dirección hacia ellos. Lo acompañaba otro hombre.

—¿Cómo están ustedes? —dijo.

Era un pintor fornido de ojos claros y cabello negro y duro que formaba un pico de viuda sobre su frente. Chupaba una pipa y vestía ropa gruesa del color de la arpillera. Atwater lo había conocido en París a través de Pringle, quien había estudiado en la Academia Slade junto a Barlow. Atwater dijo:

—Ven y siéntate con nosotros.

—No les molesta mi hermano, ¿verdad? —dijo Barlow—. Está en la Marina. Se encuentra de licencia y regresa mañana.

—Sí, vuelvo mañana —dijo el hermano.

Se parecía bastante a Barlow, solo que era más limpio y un poco más buenmozo, y se había cepillado el pelo, que era claro en lugar de negro. Vestía un traje azul parecido a un uniforme.

—¿Qué van a tomar? —dijo Atwater—. Mozo, traiga un formulario de afiliación. El señor Pringle va a hacerse socio del club.

—No, no —dijo Pringle—. Nada por el estilo.

—Debes hacerlo. No puedo pagar por ti toda la noche.

—Sí, es mejor que te asocies, Raymond —dijo Barlow.

En asuntos sociales e intelectuales Pringle manifestaba una deferencia torturada a sus opiniones, aunque siempre decía que consideraba a Barlow un pintor indisciplinado. Pringle terminaba sacándole el mayor provecho a la situación, porque solía prestarle dinero a Barlow y pedirle que se lo devolviera en momentos difíciles, aun cuando Barlow, en períodos de abundancia, contradecía públicamente todo lo que Pringle decía y lo forzaba a hacer cosas que le desagradaban. Su mayor triunfo había sido convencer a Pringle de comprar un costoso sedán, pero una Navidad, estando Barlow ausente en París, Pringle lo había vendido y retomado el estropeado vehículo al que estaba acostumbrado, y a su regreso las finanzas menguantes habían socavado su influencia. Pringle lo frecuentó durante el desfavorable período siguiente, aun cuando a Barlow le dolía que Pringle nunca hubiera comprado uno de sus cuadros. Esta era una carta que Barlow, aun en su momento de mayor confianza en sí mismo, nunca lo había forzado a jugar. Barlow se sentó en la silla junto a Atwater. Atwater dijo:

—¿Qué ha sido de tu vida?

—Ha sido dura —dijo Barlow—, dura. Esta mañana tuve que madrugar.

—¿Para pintar a la embajadora?

—Exacto.

—¿Por qué debería asociarme a este club? —dijo Pringle.

Atwater dijo:

—Te resultará más barato en el largo plazo —y dirigiéndose al hermano de Barlow dijo—: Consigues el gin más barato en la Marina, ¿no es así?

—Esta noche lo llevo a una especie de fiesta —dijo Barlow—.

¿Vas? Es su última noche en tierra, etc.

—No.

—¿Por qué debería hacerme socio?

—Sería mucho mejor —dijo Barlow—. Todos queremos que lo hagas.

—Supongo que tendré que hacerlo. William ha recibido una carta de Undershaft. Está en Nueva York, viviendo con una vietnamita y tocando el piano.

—¿Está haciendo dinero?

—Bastante, según dice.

Harriet Twining se acercó desde la barra otra vez. Dijo:

—Cada tanto necesito un descanso de mi amigo.

—Tráelo —dijo Atwater.

—¿Quién es la nueva belleza? —dijo ella apenas en voz alta para que los demás llegaran a escuchar.

—El hermano de Héctor. Está en la Marina.

—¿Un marinero?

—Algo por el estilo.

—Tráiganlo a la fiesta.

Atwater dijo:

—No voy a ir a la fiesta. Me voy a casa a morir.

—Dame un chelín —dijo ella.

—No tengo un chelín.

—Claro que sí.

Atwater le buscó un chelín. Ella lo insertó en la máquina tragamonedas que estaba junto a la barra, tiró fuerte de la palanca y golpeó el vidrio frontal. La máquina desenrolló una hilera de frutas y algo de dinero cayó en la ranura. Lo sacó y lo metió en su cartera. Atwater dijo:

—Dame mi chelín.

Ella le entregó una de las monedas.

—Esto es un franco.

—Oh, diablos —dijo ella—. Supongo que todas serán francos.

Logró encontrar un chelín y volvió a su asiento en la barra. El hombre de la bola de grasa en la nuca deslizó su brazo detrás de ella. El hermano de Barlow dijo:

—Esa chica con la que hablaban era bien linda.

—Te la presentaré más tarde.

—Oh, digo, ¿lo harías?

—No le prestes un solo centavo.

—No corrompas a mi hermano —dijo Barlow—. Mañana vuelve al mar. Su licencia se acabó.

—¿Cómo se llama? —dijo el hermano.

—Harriet Twining.

—Es una mujer peligrosa —dijo Barlow—. Mejor mantente alejado de ella.

Su hermano se rio con inquietud, la parte posterior del cuello comenzó a sudarle. La habitación se llenaba y empezaba a acalorarse. Llegaba cada vez más gente buscando algún lugar para sentarse y luego volvía a salir. Algunos de los que no conseguían asientos no se iban sino que se quedaban parados conversando o mirándose los unos a los otros. El olor a amoníaco persistía, pero el humo del cigarrillo lo disimulaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Entró Walter Brisket. Se veía un poco petulante. Tenía una cara pequeña e inquisitiva. Se paró con una mano en la cadera y dijo:

—Qué tal, William.

—Buenas.

—¿Te veré en la fiesta esta noche?

—No.

—¿Quién es el rubio?

—El hermano de Héctor. Está en la Marina.

—Mi querido, ¿de verdad?

—Eso dice.

—¿Vendrá él a la fiesta esta noche?

—No podemos impedirlo.

—Oí que Undershaft se encuentra en Boston viviendo con una mujer de color.

—Está en Nueva York. Me mandó una carta.

—Voy a ser tan ácido cuando lo vea.

—¿Por qué?

—Él y sus mujeres.

Pringle dijo:

—El olor de este club es horrible.

—Es feo.

—Siempre huele así —dijo Barlow—. Una vez le pregunté a la secretaria sobre el tema. Dijo que era deliberado. No recuerdo por qué.

Pringle dijo:

—Ahora que me he asociado escribiré y me quejaré del olor.

—Consigues el gin barato en la Marina, ¿no es así? —le dijo Brisket al hermano de Barlow.

Pringle se inclinó hacia Barlow.

—¿Cómo está Sophy? —dijo.

—Nada mal.

—¿La llevarás a la fiesta esta noche?

Barlow miró a Pringle con indolencia, tratando de entender si Pringle se sentía en la obligación de decir algo o si estaba siendo simplemente indiscreto.

—No le gustan las fiestas —dijo.

Su hermano dijo:

—Digo, ¿cómo funcionan esas máquinas tragamonedas?

—Te mostraré —dijo Brisket—. Pero ¿no es hora de ir a la fiesta?

Tiró hacia atrás la manga del saco del hermano para ver su reloj de muñeca. Harriet Twining volvió desde la barra. Dijo:

—Pronto será la hora de ir a la fiesta. ¿Podemos venir a sentarnos con ustedes? Deben conocer a mi amigo norteamericano. Su nombre de pila es Marquis. ¿No es dulce?

Sonrió fascinada hacia el hermano de Barlow.

—Trae a tu gordo —dijo Barlow—. Puede sentarse en mi rodilla. O Raymond puede darle su asiento y sentarse en el suelo.

Harriet le hizo señas al hombre de la bola de grasa en la nuca, que comenzó a descender de su banqueta y se dirigió hacia ellos.

—Este es el señor Scheigan —dijo ella.

Los presentó. De alguna manera encontraron una silla para el señor Scheigan. Era calvo pero parecía llevarlo bien. Cargaba consigo una botella de gin, de la cual alguien había bebido mucho, y dejaba caer los pies pesadamente al caminar. Dijo:

—Estoy encantado de conocerlo, señor Atwater. Espero que perdone esta botella. Es puro hábito.

—No se haga problema. Conseguiremos un par de vasos limpios en un minuto o dos.

De repente el señor Scheigan se sentó y pusieron una silla debajo justo a tiempo. Debía de tener alrededor de cincuenta años y respiraba con pesadez. Su barbilla era azul. Dijo:

—Igual aquí todos somos humanos.

Harriet dijo:

—¿Es cierto que Undershaft está en los Estados Unidos viviendo con una mestiza?

Brisket dijo:

—Eso por un lado. Por el otro, Susan Nunnery ha dejado a Gilbert.

—Es tan encantadora.

—Muy especial.

—Es dulce —dijo Harriet—. La adoro. ¿No piensas que es dulce, William?

Atwater dijo:

—No la conozco.

—Debes haberla visto.

—No, nunca la he visto.

—Seguro que sí.

—No.

—Digo —dijo el hermano de Barlow—, ¿alguno de ustedes va cada tanto al Cuarenta y Tres?

—Ah —dijo el señor Scheigan—. No sean chismosos. Disfrutemos. Pasemos un buen momento.

—Cuéntale de tu museo —dijo Harriet—. Le gusta la cultura. Podríamos ir partiendo hacia la fiesta pronto.

Atwater dijo:

—¿Qué le parece Inglaterra, señor Scheigan?

El señor Scheigan dijo:

—Diablos, no he dado con una fiesta normal desde que estoy aquí. Pero tengo un pequeño departamento en St. James y todos ustedes, amigos, deben venir a beber una botella de vino conmigo uno de estos días.

Pringle, que había estado examinando a Harriet de cerca y sólo escuchó las últimas palabras, dijo:

—¿Cada uno debe llevar su botella?

—Será mejor que lleves una botella de algo —dijo Barlow—, en caso de que no haya nada en absoluto para beber.

—¿Estará esa hermosa chica en la fiesta? —dijo su hermano a Atwater en un susurro. Barlow dijo:

—Yo llevaría una botella de gin si fuera tú. Podrías comprarla aquí.

—Media botella debería ser suficiente —dijo Pringle—. Aunque no veo por qué debería llevar algo si no he sido invitado a la fiesta.

El señor Scheigan dijo:

—Ustedes los británicos nunca se divierten. Quiero conocer a un par de muchachos normales. Quiero pasar un buen rato.

—Habrá algunos en la fiesta —dijo Atwater—. La pasarán bomba. Desearía poder ir.

—Creo que es hora de arrancar —dijo Harriet.

—No. Llegaremos demasiado temprano.

—Tomemos una ronda más antes de irnos. Es más seguro. Puede que no haya nada para beber ahí.

El señor Scheigan sirvió las últimas pocas gotas de su botella en el vaso de Harriet. Luego tiró la botella al piso. Hizo mucho ruido pero no se rompió y rodó hasta debajo de una mesa alejada, y ahí quedó, porque nadie se tomó la molestia de buscarla, aun cuando el señor Scheigan pidió en repetidas ocasiones que alguien lo hiciera e incluso amenazó con levantarse él mismo. El señor Scheigan se inclinó sobre la mesa hacia Harriet. Dijo:

—Creo que eres muy dulce.

—Por favor —dijo ella—. No perturbes a la mesa.

El señor Scheigan tomó su brazo de nuevo. La atmósfera comenzaba a afectarlo. Dijo:

—Muñeca, eres solo una niña, eso es lo que eres.

—Mantente en silencio.

—Muñeca…

Atwater comenzó a leer de nuevo el diario que había encontrado más temprano, pero por cortesía lo sostuvo doblado debajo de la mesa. El calor en la sala era muy opresivo.

Barlow dijo:

—¿Cuándo es tu exhibición, Raymond?

—El jueves.

—No te olvides de enviarme una tarjeta —dijo Brisket—. No puedo permitirme faltar a una muestra privada.

—Ahí está —dijo el señor Scheigan—. Hablando de negocios. ¿Por qué no podemos divertirnos un poco? Quiero ir a una fiesta en algún lado. Aquí Harriet quiere ir a una fiesta. El señor Atwater quiere ir a una fiesta. Todos queremos ir a una fiesta. Y sin embargo seguimos sentados en este maldito agujero hablando de negocios. Quiero conocer a la banda.

—Lo hará —dijo Barlow—. Conocerá a la banda, señor Scheigan. Usted lo merece, después de todo el tiempo que hemos pasado en este club.

En el movimiento general para levantarse de la mesa, el señor Scheigan desequilibró dos vasos, que se rompieron, aunque pudo caminar sin dificultad. El camarero dijo:

—Hay una cuenta suya de anteayer por la noche, señor Barlow. ¿Le gustaría arreglarla ahora?

—No especialmente.

—El secretario dijo que estaría muy agradecido si pudiera hacer algo al respecto.

—Lo único que se me ocurre es hacerle un cheque, pero sería una pérdida de tiempo para los dos.

—Siempre te molestan en este club —dijo Brisket—. Nunca un momento de paz.

—No creo que se los deba alentar. Dígale al secretario que lo arreglaré la próxima vez que venga.

El camarero sacudió la cabeza con pesimismo y se fue.

—Vamos, muchachos —dijo el señor Scheigan—. Quiero ir a una fiesta.

Barlow dijo:

—Sí, vamos a conocer a la banda. Vamos.

—¿Tenías un sombrero? —dijo Harriet.

—¿Yo? —dijo el señor Scheigan—. ¿Un sombrero?

—Que alguien encuentre su sombrero.

—Este, señorita —dijo el portero.

—Póngaselo sobre la cabeza —dijo Harriet—. Debo arreglarme la cara.

Salieron a la calle, donde todavía hacía calor, aunque fuera del club el aire parecía más fresco. Dos asesinos shakesperianos, unos matones menores de una de las obras de atribución dudosa, merodeaban afuera y atrajeron con sus silbidos un par de taxis. Atwater dijo:

—Todavía pienso que sería más sensato no ir.

Esperaron a Harriet. El hermano de Barlow dijo:

—Digo, ¿estará bien que no estemos cambiados?

Harriet salió.

—Aquí está la dirección —dijo—, en la parte de atrás de este sobre.

Ella y el señor Scheigan se metieron en uno de los taxis, y el resto en el otro. Pringle trabó una discusión con el Segundo Asesino en cuanto a si este había ganado o no un emolumento y, de ser así, si tres peniques era lo adecuado. Pringle también pagó el taxi cuando llegaron, pero logró recuperar lo suficiente de cada uno de los otros como para quedar a mano una vez terminadas las transacciones combinadas.

2

La fiesta había comenzado para cuando llegaron y era una de las buenas, salvo que el departamento en el que se daba no era lo suficientemente grande como para contener a todas las personas que habían decidido asistir. Era un lindo departamento con lámparas eléctricas muy modernas, pero demasiado chico, y ya empezaba a verse caótico. Algunos de los invitados estaban disfrazados y había varios en trajes de fiesta. Unos pocos de estos últimos miraban a su alrededor con sorpresa, y el propio anfitrión, un hombre de cara enrojecida que usaba una corbata blanca, evidentemente no estaba acostumbrado a las fiestas. Pero su esposa, quien era en verdad la que organizaba la reunión, le repetía sin cesar que hablara con alguien o que fuera a buscar bebidas para que no tuviera tiempo de interferir o quejarse cuando la gente hacía cosas que no le gustaban. Su esposa era alta y bastante espléndida en cierto sentido, pero no lo suficientemente delgada, y tenía una nariz que estropeaba su apariencia. Estaba muy bien vestida. El hermano de Barlow dijo:

—¿Está bien que hayamos venido?

Barlow lo presentó a todas las personas que estaban cerca.

—Este es mi hermano —dijo—. Está en la Marina. Tiene que volver mañana.

Una vez hecho esto se sentó junto a Atwater en un sofá en el rincón más alejado de la habitación y dijo:

—Raymond piensa que debería casarme con Sophy. Admito que es un mal pintor. Pero a los dos nos conoce bien. ¿O es la envidia? ¿Lo sugiere para arruinar mi carrera?

—¿Es urgente?

—Si me caso con Sophy —dijo Barlow—, nunca volveré a ver a nadie excepto a mis propios amigos. Si me caso con Julia, nunca volveré a ver a nadie excepto a sus amigos. Una tercera opción sería Miriam, que de todos modos podría negarse a casarse conmigo llegado el momento. También significaría vivir en el campo.

—¿Cómodos?

—Lujosamente, cuando menos.

—Tienes que decidirte por una u otra cosa.

—Son buena gente, los judíos —dijo Barlow—. Lo que me gusta de ellos es que siempre actúan sobre principios definidos con

claridad. Sabes a qué atenerte.

—Es una linda chica, Miriam.

—Sí. Me casaré con ella —dijo Barlow—. Me casaré con ella y me convertiré en un pintor judío. No hay objeciones estructurales.

—Es una buena vida.

—Eso haré.

—Eres muy sabio.

Un montón de gente bailaba en el medio de la habitación y había un tocadiscos y ruido y olor a maquillaje. Harriet había perdido interés en el hermano de Barlow, quien de momento había encontrado otras personas para divertirse en el cuarto contiguo. Harriet misma bailaba con el señor Scheigan. Alguien detuvo el tocadiscos, y Brisket, que había permanecido frente al piano durante algunos minutos, comenzó a tocar un estallido de síncopas de intensidad variada. Barlow se levantó del sofá para bailar con alguien. Pringle, que estaba cerca toqueteando con nerviosismo su bebida, ocupó el lugar junto a Atwater y dijo:

—Pobre Héctor.

—¿Por qué pobre Héctor?

—Me consta que la semana pasada se le declaró a tres mujeres. Todas relativamente extrañas. Y todas le dijeron que sí.

—¿De verdad?

—Claro que uno sabe que esa clase de cosas en realidad no tienen importancia, pero los lazos que ya estableció hacen las cosas muy difíciles.

—Establece lazos, sin duda.

Pringle dijo:

—No sería tan grave si su trabajo fuera más prometedor.

No quedaba mucho espacio en el sofá. La habitación estaba abarrotada y las parejas que bailaban se pisaban los pies. A Atwater le dolía la cabeza y se preguntaba por qué había ido. Vio al hermano de Barlow moviéndose a través de la puerta, riéndose mucho. Daba la impresión de haber hecho un montón de amigos. Atwater dijo:

—¿Qué pasó con el señor Scheigan?

—Está en la habitación contigua. Con su chica que ¿cómo has dicho que se llamaba?

—Harriet Twining.

—Creo que iré a invitarla a bailar.

—Deberías.

—¿Crees que querrá?

—No lo sé.

—¿Qué piensas? —dijo Pringle.

Era tímido con las mujeres, pero tenaz, así que al final a veces accedían y hasta les agradaba. Siempre se deshacía de ellas cuando empezaba a gustarles, pero era una circunstancia muy desagradable para él. No podía lidiar con ellas cuando se ponían así. De hecho las odiaba. Olga no había sido así. Ella lo había puesto a prueba. Atwater dijo:

—Es una pregunta que no puedo intentar responder. Lo peor que puede hacer es negarse.

Fue en el momento en que Pringle especulaba en cuanto a la probabilidad de su éxito comparativo con Harriet, o al revés, que un vaso de cerveza cayó sobre sus piernas. Había estado bastante lleno y se le había soltado a una chica que se hallaba parada detrás del sofá. Alguien había chocado con ella y se lo había quitado de las manos. La cerveza se esparció sobre las piernas de Pringle y en el suelo.

—Perdón —dijo la chica.

Pringle limpió la cerveza de sus rodillas con un pañuelo, ya algo sucio. Se retorció horriblemente y su rostro se enrojeció en parches, en curioso contraste con su pelo. La chica dijo:

—Lo siento mucho.

Su expresión era tosca, pero en términos generales era esta cualidad lo que le daba a su cara cierta eficacia retentiva. Tenía el aspecto de un gnomo o de un niño precozmente malicioso. Pero debajo de esta sugerencia de experiencia acechaba una credulidad inmensa y visible. Su aspecto más bien conejil insinuaba unos dientes salientes, que por alguna razón no existían, aunque su protrusión no habría alterado materialmente la disposición final de su cara.

—¿Estás sentado sobre mi cartera? —dijo ella.

—No —dijo Pringle—, no lo estoy.

Se levantó con los pantalones pegoteados, muy enojado. No dijo nada. Crispado, lucía furioso. Atravesó la multitud de bailarines con gesto furibundo. La chica se sentó en el sofá junto a Atwater. Dijo:

—¿Tu amigo se enojó?

—Sí.

—Estaba buscando mi cartera.

—¿Sí?

—De repente me golpearon la mano y le cayó todo encima.
—Está muy mojado.
—Espero que pueda secarse de alguna manera.
—Debe haber alguna manera.
—¿Me traerías otro trago? —dijo ella.
—¿Qué?
—Cualquier cosa.

Cada vez era más difícil acercarse a la mesa donde estaban las botellas y los vasos. Cuando Atwater llegó no encontró vasos limpios, así que agarró uno que tenía una bebida roja y lo enjuagó con soda. Después volvió a cruzar la habitación. Le llevó unos minutos acercarse algo más hasta el sofá. Esperando a que la gente pasara, observó a la chica. Llevaba ropa más bien inverosímil y pensó que la había visto antes en algún lugar. Quizás era una estudiante de arte, que alguien había llevado a la fiesta inesperadamente. Su tendencia general la asimilaba a un dibujo temprano de Augustus John, pero ella había adaptado ese estilo a las exigencias de la moda del momento. El conjunto no llamaba la atención por su aptitud. Él le dio el trago.

—Me dicen Lola.
—No, ¿de verdad?
—Sí.
—¿Quién te dice Lola?
—Yo me digo Lola a mí misma.
—¿No te bautizaron así?
—No.
—Todos debemos tener un nombre.
—¿Cuál es tu nombre?
—William —dijo Atwater—. Me bautizaron así. Aún me llaman así.
—William es un nombre bastante lindo.

El calor había vuelto a empeorar. Brisket había dejado de tocar y permanecía sentado frente al piano mirando la partitura. Su bebida se hallaba sobre el teclado y él fumaba. Atwater vio al hombre que era el anfitrión y que tenía la cara enrojecida acercarse a Brisket y decir:

—El tocadiscos se rompió, así que mi esposa dice si podría seguir tocando.
—Nadie parece querer escuchar. Todos hablan.
—Ella dice que es lo menos que puede hacer.

Brisket, malhumorándose, dijo:

—Sé que no me invitaron a la fiesta. Pero no puedo tocar todo el tiempo.

—Lo sé. Es su mensaje y no el mío.

—¿La gente escuchará si sigo tocando?

—Haré lo mejor que pueda para que escuchen.

—Quiero decir, no toco sólo para mi propio placer.

—Ni para el mío —dijo el anfitrión—. Odio la música. Hasta a Gilbert y Sullivan. Pero es mi esposa.

Brisket comenzó a tocar de nuevo, muy alto y rápido. Lola dijo:

—No conozco a toda esta gente. Wauchop me trajo.

—¿Así es?

—Sí.

—¿Eres su amiga?

—Voy a sus clases.

—¿Eres pintora?

—Hago carteles.

—¿Qué clase de carteles?

—¿Vendrías a verlos?

—Por supuesto.

La fiesta seguía llena de gente. El señor Scheigan pasaba delante de ellos bailando con Harriet. «Eres tan solo mi pequeña», decía, «eso es lo que eres». Atwater vio al hermano de Barlow abriéndose camino a través de la multitud, a la espera de que la música se detuviera para poder retener a Harriet. Siempre llegaba justo después de que Brisket hubiera comenzado a tocar de nuevo, cuando Harriet y Scheigan habían reiniciado su baile una vez más. Sus movimientos acusaban ya cierta indecisión. Lola dijo:

—¿Lees a Bertrand Russell?

—¿Por qué?

—Cuando me siento inútil —dijo ella—, leo a Bertrand Russell.

—Mi querida.

—Ya sabes, cuando habla acerca de la aventura mental. Luego me siento otra vez inspirada.

—¿Inspirada a qué?

—Solo inspirada.

—¿Te sientes inútil ahora?

—Bastante inútil.

—¿De verdad?

—Un poco.

—Ven conmigo a mi departamento —dijo Atwater—, y tomemos una copa ahí.

—¿Por qué?

—Podríamos hablar.

—¿Sobre qué?

—Bueno, inspiración y así sucesivamente.

—¿No podemos hablar aquí?

—Es muy ruidoso, ¿no?

—Supongo que sí.

Atwater dijo:

—Tengo algunas primeras ediciones bastante interesantes. Me gustaría mostrártelas.

—No. Tengo que volver a casa. Estoy cansada.

—También yo estoy cansado —dijo Atwater—. Esa no es razón por la que no debamos hablar tranquilamente en mi departamento.

—No creo que vaya a ir.

—¿No te interesan los libros?

—Muchísimo.

—Ven.

—No —dijo ella—. Realmente no puedo.

La muchedumbre detrás del sofá en el que estaban sentados había empujado al anfitrión de cara enrojecida, que se hallaba de pie contra la pared en una apretada posición. Una mujer rechoncha en uniforme naval atravesó el cuarto y lo agarró del brazo. Dijo:

—Eres el anfitrión, ¿verdad? Dos chicas se desmayaron en el baño y no pueden salir.

—Tonterías. No lo creo.

—No pueden.

—La puerta no tiene cerradura —dijo él—. La quité antes de que empezara la fiesta.

3

El tocadiscos había vuelto a funcionar. La fiesta se veía ya un poco menos concurrida, pero la gente parecía cansada de bailar. Alguien se había caído en la esquina de la habitación. Atwater no llegaba a ver si era o no el señor Scheigan, pero le pareció que la figura tenía un traje de corte similar. Harriet había desaparecido. El hermano de

Barlow deambulaba terminando las bebidas abandonadas por sus dueños. Pringle había vuelto al sofá. Todavía tenía mojados los pantalones y llevaba una nariz falsa que le daba a su cara una desacostumbrada dignidad. Lola se sentó muy cerca de Atwater en el sofá. Pringle dijo:

—Acabo de ver a tu amiga Harriet irse en el coche de Gosling.

—¿Sí?

—Sí.

Atwater, que había caído en coma, miraba la puerta frente a él. Se había cansado ya de la fiesta, pero carecía de voluntad propia para partir. La entrada se despejó por un momento, y, mientras observaba, una chica que recién llegaba se paró en el umbral y se detuvo a mirar alrededor antes de entrar. No era alta y tenía ojos grandes que le daban un aire a la vez divertido y sorprendido, y al mismo tiempo decepcionado. Como si lo que veía fuese lo que había esperado y aun así la hubiese conmocionado darse cuenta de cómo eran realmente los seres humanos. Por otro lado, no parecía pertenecer en nada a la habitación. Era algo separado. Su entrada a la habitación la convirtió en objeto inmediato de percepción. Hacía el efecto de un retrato pintado contra un fondo imaginario, incluso un paisaje imaginario, donde los valores son los de dos imágenes diferentes y la figura parece superpuesta sobre un fondo. Atwater la miró. Barlow dijo:

—Ahí tenemos un problema.

Comía un sándwich y miraba a la chica en la puerta.

—¿Quién es?

—¿Quién es quién? —dijo Pringle ajustándose la falsa nariz, que se había vuelto el centro de atracción de los movimientos espasmódicos de su mano. Barlow dijo:

—Susan Nunnery.

—¿Así que esa es Susan Nunnery?

—Esa —dijo Pringle—, es Susan Nunnery. Sabes, mis pantalones están arruinados. Nunca podré usarlos otra vez.

Lola se agarró del brazo de Atwater.

—Este lugar me agotó —dijo.

Atwater dijo:

—Nos iremos en un minuto.

Miró a Susan Nunnery caminar a través de la habitación y observó a un hombre hablarle unos segundos. Después empezaron a bailar. La mujer rechoncha reapareció. El pecho de su uniforme

tenía comida derramada. Dijo:

—Una de las chicas *se ha* desmayado. Pero ellos la sacaron.

El anfitrión, que todavía estaba detrás del sofá y apoyado contra la pared, dijo:

—¿Se ha desmayado, y la han sacado? Y ¿quiénes son *ellos*, se puede saber?

—Bueno, Naomi Race y Wauchop y el taxista de Naomi Race y el policía que tomaba una bebida abajo.

El anfitrión dijo:

—Si se ha desmayado, ¿por qué sacarla? El baño es el lugar más seguro para ella. Aquí la pisotearán algunos de estos sinvergüenzas. ¿Estaba invitada a la fiesta?

La mujer rechoncha dijo:

—Las dos estaban invitadas, dice su amiga. Y ahora lamentan haber venido a esta fiesta sórdida, horrible.

—Iré a ver —dijo el anfitrión mientras se alejaba, manifestando ya un cansancio visible de la fiesta. Barlow le dijo a Pringle:

—¿Por qué te pusiste esa nariz?

—Naomi Race me la dio.

—Yo me la quedaría.

—¿Qué quieres decir? ¿Usarla siempre?

—Todos los días.

—No seas ridículo.

Barlow dijo:

—Sí, sí, lo digo en serio. ¿Alguien vio a mi hermanito en alguna parte?

Atwater dijo:

—¿Deberíamos hacer algo con respecto a Scheigan? Ahora que Harriet ha desaparecido.

—Se lo ve bastante feliz en el suelo. Creo que necesita dormir.

—Deberían moverlo un poco —dijo Pringle—. La gente tropieza con su cabeza. Se está convirtiendo en un estorbo.

Barlow dijo:

—Tonterías. Ahí se lo ve bien. Le da una sensación acogedora a la habitación.

—Hace decaer el tono de la fiesta.

—No tanto como cuando está despierto.

—Oh, vamos.

—¿Qué piensas, Susan? —dijo Barlow.

Susan Nunnery había dejado de bailar y se hallaba parada cerca

de ellos. Tenía un cigarrillo entre los labios, pero no estaba encendido. Dijo:

—¿Sobre qué?

Barlow señaló a Scheigan. Lola le dijo a Atwater:

—¿Nos vamos?

—Sí. Nos iremos pronto.

Susan Nunnery, mirando a Scheigan, dijo:

—¿No es tierno? Está tan cansado. ¿Tienes un fósforo?

Barlow dijo:

—Veré si puedo encontrar alguno.

Susan Nunnery miró a Atwater. Dijo:

—Dame fuego de tu cigarrillo —dijo—. No. Yo voy. —Mientras él levantaba el brazo por detrás de Lola.

Pringle dijo:

—No puedes hacer eso, Susan.

—Esta vez tendré que hacerlo.

Lola dijo:

—¿Vamos a tomar una copa a tu casa?

—Lo haremos.

El anfitrión apareció de nuevo. Su cara estaba más roja que nunca. Dijo:

—Ven y baila conmigo, Susan. Debe haber algún consuelo para todo esto.

Barlow bostezó. Brisket se acercó a él y dijo:

—¿Dónde está tu hermano?

—En cama, si está la mitad de cansado que yo.

La habitación se vaciaba. Susan Nunnery y el anfitrión eran la única pareja que bailaba. Él le revoloteaba alrededor con pesadez, con la mano apoyada en su espalda, desplegado como una excrecencia paquidérmica o una pila de frutas exóticas. Detrás de ellos, a la izquierda, el señor Scheigan empezó a levantarse del piso. La gente que lo había estado pisando lo había despertado por fin. Apoyó las manos y las rodillas y desde ahí logró ponerse en pie. Pasó unos segundos frotándose los ojos y luego atravesó la habitación. Le dijo a Atwater:

—Esta fiesta es pésima.

—¿Le parece?

—Sí.

—Ya casi se acabó, así que no tendrá que quedarse mucho tiempo más.

El señor Scheigan dijo:

—Nunca consigo dar con una fiesta en este país absurdo. Pero si ahora vienen a mi casa, muchachos, la vamos a pasar fenomenal.

En realidad, nadie quería ir a la casa del señor Scheigan, pero les llevó un largo rato dejarle esto en claro al propio señor Scheigan. Después tuvieron que explicarle que Harriet se había ido sin él. Esto se negó a creerlo. Dijo:

—Pero si dijo que volvería enseguida a desearme las buenas noches.

Barlow dijo:

—Pero la vida es así, señor Scheigan. Ya debería saberlo.

Pero el señor Scheigan no lo sabía y estaba muy, muy enojado. Barlow le buscó un trago con la esperanza de que lo animara, pero sólo lo hizo más infeliz. Se sentó en un sillón y una lágrima corrió por cada una de sus mejillas. Dijo:

—Mi bomboncito se ha ido y ha dejado al viejo Scheigan.

Lloró un poquito y le alcanzaron un vaso de soda. Barlow dijo:

—Si le queda alguno debería fumar uno de esos cigarros, señor Scheigan. Verá cómo lo animará.

El señor Scheigan dijo que eran buenos muchachos y acordaron encontrarse en su departamento uno de esos días. Atwater recorrió con los ojos la habitación y notó que Susan Nunnery había desaparecido. Escuchó a Barlow decirle al señor Scheigan:

—En el futuro hágame caso y manténgase alejado de las mujeres.

Bajaron y ayudaron al señor Scheigan a entrar en su taxi. Volvió a salir, pero lo metieron de nuevo, y mientras el taxi se alejaba lo vieron inclinarse a través de la ventana para dirigirse al conductor. La puerta del taxi se abrió al doblar la esquina al final de la calle, pero mientras hubo visión del vehículo el señor Scheigan no se cayó.

—No parecía acostumbrado a entrar en taxis.

A la vuelta, al subir las escaleras, pasaron junto a Susan Nunnery, que bajaba. La acompañaban dos hombres que Atwater no conocía. Mientras pasaba, Atwater dijo:

—Buenas noches.

—Buenas noches —dijo ella.

Estaba bastante oscuro y ella no lo miró. Luego se volvió de repente y por un momento se detuvo. Ladeó la cabeza y lo observó. Dijo:

—Oh, buenas noches.

Continuaron el descenso. Barlow le dijo a Pringle:

—¿Por qué hurgabas en el bolsillo de Scheigan? ¿Conseguiste algo de valor?

—Sólo ponía una de mis tarjetas.

—¿Tu tarjeta personal?

—Una tarjeta para mi exhibición privada.

Barlow dijo:

—Qué buena idea. Seguramente comprará todo el lote. —Respiró profundamente—. Ojalá le hubiera dado mi dirección —dijo. Y después agregó—: Esa fue una buena idea. —Estaba impresionado.

La habitación se había vaciado bastante cuando volvieron. Lola todavía estaba sentada en el sofá. Atwater se había olvidado de ella y se sorprendió al verla otra vez tan de repente. Se sentía colmado de intensa irresponsabilidad hacia todas las criaturas humanas. No quería hablar con nadie más por el resto de la noche. Quería irse a su casa, a la cama. Lola dijo:

—¿Le consiguieron un taxi a tu amigo?

—Sí, le conseguimos un taxi.

—Supongo que deberíamos irnos pronto.

—Tal vez deberíamos.

Trató de recordar adónde iban a ir. ¿No había ningún lugar abierto a esta hora, verdad? El anfitrión de cara enrojecida daba vueltas por la habitación. Su esposa había desaparecido, y les dijo:

—Deseo por el amor de Dios que vayan a sus casas a dormir. ¿Tienen alguna idea de la hora que es? ¿O quieren desayunar aquí?

Barlow dijo:

—No quedará algo así como un poco de soda por ahí; si no lo vuelvo a ver, muchas gracias por una fiesta realmente muy agradable.

Le dijo a Atwater:

—¿No ha sido una buena fiesta?

—Estupenda.

Barlow dijo:

—Ha sido una fiesta estupenda. Ojalá Undershaft hubiera estado aquí.

—Sí.

—¿No te parece que la habría disfrutado?

—Sí, creo que sí.

—Yo también —dijo Barlow—. Estoy seguro de que sí.

Lola dijo:

—Ya nos vamos, ¿no?

—Vamos —dijo Atwater.

Se sentía adormilado, pero se levantó del sofá y se dirigió a uno de los dormitorios al otro lado del pasillo, donde había dejado su sombrero. En el dormitorio encontró a un hombre acostado boca abajo sobre la cama. Atwater lo examinó y notó que era el hermano de Barlow. Alguien había pisado el sombrero de Atwater. Se sentó en una silla y empezó a enderezarlo. Se sentía adormilado y enojado. El hermano de Barlow abrió los ojos. Miró a Atwater.

—Mantengamos la calma y el orden —dijo.

Atwater salió al pasillo. Barlow se había parado ahí a mirar unas litografías que colgaban de la pared. Dijo:

—No has visto a mi hermano naval en algún lado, ¿no?

Atwater dijo:

—Sí. Está en ese cuarto descansando.

4

Una vez en la calle caminaron un rato. Hacía un poco más de frío. Alguien había tirado una botella en el pavimento frente a la casa, y el vidrio crujió bajo los pies de Atwater al pasar por ahí. Un taxi avanzó lentamente por el costado y se metieron dentro. Lola estaba aletargada y dormitó en su hombro, y Atwater se preguntó si la había noqueado el último trago o si había sido el aire tras el calor de la fiesta. Las calles estaban vacías excepto por los hombres con sombreros de Buffalo Bill y botas altas de goma, que avanzaban manguereando con agua la calzada. El taxi rugió como si estuviera a punto de romperse. Lola se despertó un poquito. Dijo:

—¿Vives cerca de aquí?

—Sí.

—Yo también.

—Trabajo en un museo —dijo Atwater. Se estaba quedando dormido y le pareció que debía decir algo. Había empezado a deprimirse.

—Debe ser un trabajo muy interesante, ¿no?

—No.

—¿De verdad?

—A menudo pienso en huir hacia el mar.

—Yo creo que debe ser muy interesante.

—¿Lo crees?

—Sí —dijo—. Creo que sí.

Rogó que no fuera a empezar con Bertrand Russell otra vez. El taxi se detuvo. Salieron y subieron las escaleras que llevaban a su departamento.

—¿Vives aquí, entonces?

—Sí.

—Qué linda habitación —dijo ella. Ahora estaba totalmente despierta. Se sentó en el sofá. Atwater también se sentó en el sofá, pero sólo porque las sillas de la habitación eran demasiado incómodas. Tenía sueño y no pudo recordar por qué había invitado a esta chica a su departamento. La miró y pensó que se parecía a un gnomo.

—¿Quieres un trago?

—¿Qué tienes?

—Creo que hay un poco de gin.

—¿Qué más?

—Puede que haya algo de soda.

—Tomaré gin y soda.

Atwater le sirvió un vaso con un poco de gin y soda.

—Qué sorprendente que no nos hayamos conocido antes.

—Sorprendente.

—¿Conoces a Gwen Pound? —dijo ella.

—La he visto.

—Vivo con ella.

—Ya veo.

Se sentaron en el sofá.

—¿Te gusto?

—Eres un amor.

—Qué sorprendente que no nos hayamos conocido antes.

Atwater se preguntó por qué no la estaba pasando mejor. Lola daba nuevas señales de adormecimiento. Apoyó las piernas sobre el sofá.

—Me encanta tu departamento —dijo—. ¿En qué consiste? —Tenía unos tobillos excelentes. Atwater sintió sueño y desinterés.

—¿Tomas otro trago?

Tomó otro trago e hizo una mueca.

—¿Y tus libros?

Atwater se puso de pie. No fue capaz de hacer todo el circo de los libros. Tenía demasiado sueño. Dijo:

—Están estos. Y después están aquellos.

—Querido —dijo ella.

—Querida —dijo él, y le dio una palmadita en la cabeza y la besó.

—¿Lees mucho? —dijo ella.

—A veces.

—Yo también.

—¿De verdad?

Terminó su vaso e hizo una mueca otra vez.

—Querido, me siento tan mal.

Atwater dijo:

—No puedes vomitar aquí. Esta es mi sala de estar.

—Pero tal vez tenga que hacerlo.

—No, no. No puedes.

—En cualquier caso, no tomaré otro trago.

—¿Un cigarrillo, entonces?

—No, ni un cigarrillo.

—Es mejor que te vayas a la cama.

—¿Debería?

—Sí, si no te sientes bien.

—Tal vez debería.

—Sí, creo que será mejor.

Lola no se veía bien. Estaba pálida y desprolija y tenía demasiado polvo sobre el lado izquierdo de la nariz. Y aun así el rústico contorno de su cara la hacía en un cierto sentido algo atractiva. Se la veía curiosa, pero poco saludable.

—Quizás debería volver.

—Creo que sí.

—Volveré.

—¿Llamo un taxi?

—No.

Atwater dijo:

—Yo también tendré que ir a la cama pronto o mañana estaré muy disfuncional.

—Entonces me iré.

—Debemos volver a vernos.

Bajó con ella las escaleras. Afuera ya había luz y las casas se

veían curiosamente grisáceas, como el telón de fondo de una escena de película. Todo parecía irreal y temporario. El aire todavía estaba fresco, pero iba a ser otro día caluroso. Un taxi esperaba al final de la calle.

—¿Quieres que te lleve de vuelta? —dijo Atwater con poca convicción.

—No —dijo ella—, caminaré.

—Adiós.

—Adiós.

Se besaron. Ella avanzó unos pasos y se dio vuelta para decirle adiós con la mano. Atwater la saludó. Luego se dirigió hacia la casa y subió las escaleras nuevamente. Guardó el gin en el armario de la sala de estar y fue a su cuarto y corrió las cortinas. El sol las atravesaba, pero no tanto como para ver bien, así que encendió la luz. Se cepilló los dientes, se desvistió y entró en la cama. Los pájaros cantaban en el jardín trasero, lo que durante un rato impidió que conciliara el sueño.

5

Sentado en su oficina en el museo, Atwater leía un libro. Las paredes del cuarto eran de color beige y verde oliva. Mientras leía pensaba en la fiesta de la noche anterior. Leyó:

«… la conexión isomórfica entre el orificio de un vaso y el agujero de una guitarra resulta de una comparación unilateral, dado que la relación existe entre dos objetos, prácticamente idénticos…».

Ahora tenía claro que había sido un error invitar a Lola a su departamento. Lo había obligado a quedarse despierto hasta muy tarde, por lo que esta mañana no sentía interés alguno en la crítica práctica. Absolutamente ninguno. Pensaba en esta pérdida de interés cuando entró Nosworth. Nosworth dijo:

—Buenos días, Atwater. Te ves pálido.

—Comí langosta anoche. Tal vez me envenené.

—Yo tampoco me siento especialmente bien —dijo Nosworth—. Me han vuelto esos dolores punzantes en la espalda.

—¿Sí?

—Sí —dijo Nosworth. Se acercaba a los cincuenta, y era muy alto y de color amarillento. Era un buen arqueólogo, o eso decían, y

llevaba puesto un cuello rígido demasiado grande para él. Su cara amarillenta se destacaba contra el látex beige de la pared. Se quedó inmóvil, sin hablar, cargando varios libros pesados bajo el brazo, como petrificado, o como si hubiera acabado de salir de la Cámara de los Horrores. Atwater dijo:

—Necesito una silla giratoria. ¿Crees que podrías mencionarlo?

—Haré lo posible. Tardé nueve años en conseguir la mía. Pero lo intentaré. Desde mi punto de vista es el sobrecalentamiento y la falta de calefacción de los cuartos lo que hace que trabajar aquí sea tan difícil.

—Debe inclinarse hacia atrás.

—Las de ese tipo todas se reclinan —dijo Nosworth. Se sentó junto al escritorio de Atwater y empezó a tomar notas en una agenda de bolsillo. Atwater siguió leyendo:

«… de hecho, es solo después de haber concebido su metáfora que la somete a pruebas, mecánicas por ejemplo, que él, ese incuestionable técnico plástico de la actualidad, posteriormente estudia, organiza, coordina y explota. Ningún vocablo técnico, por lo tanto, ni terminología, mucho menos cualquier estilización…».

Nosworth dijo:

—Empecé a sentir esos dolores hace unos cinco años. Me había ido de excursión al Distrito de los Lagos con un tipo del King's College.

No levantaba la vista. Escribía en su cuaderno. Escribía muy rápido, como si quisiera distraer sus pensamientos de las malignidades de su cuerpo. Atwater pensaba en la fiesta y apartó su mente de la identificación de los síntomas de Nosworth. Pero miraba a Nosworth escribir. En esto entró un chico con una tarjeta. Se la entregó a Atwater. Estaba sucia y encima tenía escrito: *Dr. J. Crutch.*

—¿Qué quiere?

El chico, un joven de condición enfermiza, demasiado grandote, con una oreja deformada y pecas, permaneció allí de pie, entrelazando y separando las manos con actitud sombría.

—¿Qué quiere? —dijo Atwater otra vez y, al notar que el chico tenía algo en la boca, desvió la mirada. Después de pensar un poco, el chico dijo:

—Quiere verlo.

—¿A mí personalmente?

—Pidió hablar con alguien.

—¿Tiene entrada de estudiante?

—Ajam.

Atwater se dirigió a Nosworth, que seguía anotando sus compromisos.

—¿Podrías ocuparte tú?

—No.

—Dile que las entrevistas personales se dan únicamente con cita previa. Si insiste, averigua los detalles.

El chico se fue. Atwater esperó que todo saliera bien. Nosworth dijo:

—Algunas noches no puedo dormirme. Termino cayendo a eso de las dos o tres de la mañana y despierto de nuevo alrededor de las cuatro. Entonces empiezan los dolores. Arrancan en la parte inferior de la columna vertebral y se extienden lentamente hacia arriba por la espalda. A veces la pierna izquierda me duele todo el tiempo.

—Esta mañana veía manchas. Igual supongo que ya pasará.

—No te ves bien —dijo Nosworth, y estaba a punto de continuar con su propio diagnóstico cuando el chico volvió. Todavía tenía algo en la boca. Chicle, sospechó Atwater. El chico dijo:

—El señor quisiera hablar con alguien acerca de la exhibición en la Sala 16.

El hombre era evidentemente una molestia profesional.

—¿Las que están en la vitrina B?

El chico asintió con la cabeza. Atwater se irritó. Al final era siempre imposible terminar una lectura seria, con Nosworth que hablaba de su salud y la gente molestando todo el tiempo. Nosworth levantó la vista de su libro y dijo:

—Le advertí a la Comisión Permanente que tendríamos problemas con esas figuras subalternas usadas en los ritos iniciáticos. Por supuesto, no tuvieron en cuenta mi consejo. Todos dijeron que la sala era demasiado oscura para que alguien fuera capaz de notarlas.

—Yo mismo las noté —dijo Atwater—. Especialmente la de la izquierda.

—Uno de estos días —dijo Nosworth—, se repetirá lo que ocurrió en esa habitación hace dos años.

—O peor.

—Aun así, supongo que será mejor que lo veas.

Atwater le dijo al chico:

—Dile que espere. Iré a verlo apenas pueda. Dale una silla.

—Necesita reparación.

—¿Qué cosa?

—La silla de la sala de espera.

El chico se encorvó.

—Espera un momento —dijo Nosworth—. ¿Qué le pasó a Miller esta mañana?

—Venas varicosas —dijo el chico—. Le agarran cada tanto a toda su familia.

Se marchó.

—En este edificio no hay disciplina —dijo Nosworth—. Absolutamente ninguna. No me quejo, sólo expongo un hecho.

Atwater cerró su libro. Era uno de esos días en que no estaba de humor para leer. Las letras aparecían y desaparecían en la página impresa. Dijo:

—El tiempo está muy pesado.

—Es bastante así —dijo Nosworth—. Cuando los dolores se han extendido por toda la espalda y las piernas me duelen, se me seca bastante la boca. Cuando pasa eso sé que se me viene encima un mal momento. A veces sucede tan seguido como dos veces a la semana.

—Es una situación desesperada.

—Pero seguro te estoy aburriendo. ¿Qué haces esta noche? Podríamos cenar juntos e ir al cine. Quiero ver *Ella era una chica fácil*.

—Ceno con la señora Race.

Nosworth sacudió la cabeza. Dijo:

—Vaya. Bueno, espero que sea una buena cena.

El chico entró de nuevo y le entregó a Atwater un documento grasiento doblado en cuatro. Como un robot doméstico, se paró a cierta distancia y lo sostuvo en dirección a Atwater con el brazo extendido. Atwater lo tomó de la mano del chico, apenas a su alcance.

—¿Qué es esto?

—El señor me dijo que se lo diera.

Atwater tomó el papel y lo desdobló. Era un folleto y decía: «Una breve introducción a un tratado expositivo sobre, y un examen crítico de, los primeros acuerdos internacionales para la propuesta de unificación de los cálculos craneométricos y cefalométricos: junto con algunas instrucciones y sugerencias para recoger información más exacta y especímenes adecuados para las

mediciones antropométricas a realizarse en sujetos vivos para la antropología física: por J. Crutch, M.R.C.S., etc.».

Atwater le entregó el folleto a Nosworth, ya que le pareció un método más rápido que leerlo en voz alta. Nosworth le dio un vistazo y dijo:

—Ahora que lo pienso, creo que vino hace unos cinco años. Pero lo entrevistó Huntly. Fue antes de que muriera Huntly, se ve.

—Supongo que está loco.

—Oh, sí, bastante, imagino. Pero no creo que te distraiga mucho tiempo.

Atwater bajó su libro, marcó el lugar con un pedazo de papel secante, y enfiló hacia la sala exterior.

El visitante estaba ahí parado, sonriendo apaciblemente para sí. Tenía alrededor de sesenta años y vestía un impermeable y un sombrero ridículo. Era evidente que había comprado el impermeable cuando era joven y desde entonces lo había usado mucho. Tenía un bigote blanco y lucía definitivamente sucio.

—¿Puedo ayudarlo?

—¿Ayudarme?

—Sí —dijo Atwater—, ayudarlo.

—Oh, sí. Por supuesto.

Como había solo una silla, demasiado insegura para sentarse durante el tiempo que fuese, ambos se quedaron de pie. Atwater dijo:

—¿Decía usted?

El viejo con bigote blanco, en síntesis el Dr. Crutch, desvió la mirada y sonrió un poco avergonzado.

—Era un asunto sin importancia.

Y después habló en voz baja sobre su vida y de lo útil que podría ser para el museo. Atwater se preguntó cuánto tiempo habría pasado y si se trataba de un lunático o de una molestia un poco más seria que le traería problemas. No escuchó. Sabía que lo mejor que podía pasar era no tener que oír todo otra vez. Sopesó otras cosas. Logró desconectar por completo el pensamiento, como quien oye las palabras de un maestro de escuela. Se perdió en sus introspecciones. El viejo, el Dr. Crutch, continuó hablando hasta que su contorno se volvió borroso. Ante los ojos de Atwater se convirtió, una tras otra, en las personas que habían estado en la fiesta y viceversa. Al fin se detuvo, sin aliento, jadeando.

—Como puede ver —dijo—, tengo muchos títulos.

—Desafortunadamente, los títulos no son suficientes.

—¿No son suficientes?

—Insuficientes.

—¿No cree que pueda ser de alguna utilidad para ustedes?

—No de utilidad, para serle sincero. Por supuesto, si quisiera dejar su dirección…

—¿No hay ningún proyecto interno de investigación en curso?

—Me temo que por el momento no.

—Y por otra parte —dijo el Dr. Crutch—, esas vitrinas en la Sala 16, quería hablarle acerca de ellas.

—Sí.

—Verá, estoy escribiendo un libro sobre el tema. Usted sabe a qué tema me refiero, por supuesto.

—Por supuesto.

—Se trata de un tema que hay que manejar con sumo cuidado para evitar cualquier ofensa.

—Supongo que sí.

—Creo que podría encargarme de eso.

—Hay un trabajo de referencia.

—Complementaría el trabajo de referencia.

Atwater se balanceó suavemente, vislumbró un enrejado ante sus ojos. Su boca estaba curiosamente seca. Volvió a preguntarse cuánto tiempo había pasado. Los ruidos de la fiesta martillaban sus oídos. El viejo siguió el curso de sus propios pensamientos y dijo:

—No creo que haya leído alguno de mis libros, ¿no?

—Casualmente, no. Me cuesta mucho encontrar tiempo para la lectura.

—No me sorprende. Aunque imagino que escribe.

La situación no daba la impresión de avanzar. Atwater dijo:

—Sí. Pero también para eso tengo muy poco tiempo. Vea, siempre estoy ocupado.

El Dr. Crutch dijo:

—Todos estamos un poco inspirados. —Y al captar la expresión de Atwater añadió—: Espero no estar desperdiciando su tiempo.

—No es cuestión de mi tiempo. Mi tiempo está siempre a su disposición. Pero el gobierno. Nuestro deber para con el Estado. *Pro bono publico* y todo eso.

—¿Entonces no piensa que pueda ayudarme?

—Si fuera capaz de decirme exactamente lo que quiere.

—Bueno, si pudiera prestarme un momento, sucede lo siguiente

—dijo el doctor, pero no habló. Miró pensativamente la cabeza de Atwater.

—¿Sucede qué?

—Iba a sugerir que esas imágenes en la Sala 16, que sería capaz de darles uso.

Una película atravesó la mente de Atwater, o más bien un rollo interminable, una lúgubre procesión de primeros planos, de todos los problemas que tendría si al doctor le permitían examinar las efigies con sus propias manos. Atwater dijo:

—Me temo que es muy difícil conseguir el permiso para ver las piezas fuera de sus vitrinas. Pasará mucho tiempo antes de que la Comisión Permanente pueda evaluarlo y aun así podrían negarse.

El doctor sonrió otra vez de una manera avergonzada. Dijo:

—Iba a sugerir que se deshiciera de ellas y me las otorgara.

Esto fue decisivo. Atwater se esforzó intensamente para no manifestar el acuciante alivio que lo invadió a pesar del zumbido y repiqueteo en los oídos y las imágenes de luz y fuego ante sus ojos. El Dr. Crutch se había declarado. El hombre había demostrado que era un lunático genuino y no un caso límite que podría traerle problemas a todo el personal. Era un demente. Nato. El final ya se vislumbraba.

—Me temo que no podemos venderlas. Nunca vendemos nada, sabe.

—¿Nunca?

—Nunca —dijo Atwater. Y agregó—: Nos lo impide la Ley del Parlamento.

—¿De verdad? —dijo el Dr. Crutch—. ¿Es realmente así?

—Sí.

—Hay demasiadas leyes en el libro de estatutos. Sería bueno que eliminaran algunas.

—En efecto.

—Necesito esas imágenes. Las necesito para mi libro. Las necesito para mi libro. Podría ofrecerle un muy buen precio.

—Imposible, me temo.

Tal vez podríamos llegar a algún arreglo.

—Me temo que no es posible hacer ningún arreglo en los términos que usted sugiere.

Había llegado el momento de actuar. Atwater dijo:

—Desafortunadamente tengo una cita. Lamento haber sido de tan poca utilidad.

Acto seguido salió de la sala con la mayor rapidez que pudo. Tal vez había logrado salvar la situación. Esperaba que transcurrieran de nuevo cinco años antes de que el Dr. Crutch reapareciera.

Regresó a su escritorio. Nosworth se había ido a su oficina. Todavía tenía que atravesar la mañana, y Atwater pensó en varias de las cosas que constituían su deber. En primer lugar tenía que preparar el borrador sobre los totems. Eso no era urgente. Podía, de hecho, esperar. Se le ocurrió empezar a escribir una novela, pero su cerebro se encontraba casi paralizado y arrancar en falso habría sido un error. Había que ocuparse de varias cartas. Invitaciones inaceptables, facturas, exigencias concretas de dinero. Esto tendría que aguardar una respuesta un par de días más porque esa mañana no se sentía bien. Después estaba la posible distracción de escribir una carta a Undershaft en Nueva York. Ese tipo de cosas despejaban la mente. Cristalizaban las ideas. La expresión de los chismes sobre el papel ponía las cosas en su justa perspectiva. Además quería saber más acerca de la vietnamita. O podía escribirle a su hermana, que estaba infelizmente casada con un hombre en la caballería india. Pero tampoco eso le daba muchas ganas. En cambio se sentó y pensó en la existencia y en sus dificultades.

Al rato sonó el timbre del teléfono. Atwater se sobresaltó. Para entonces el secreto de la vida le había parecido no demasiado lejano. Unos minutos más y habría podido captar la realidad absoluta. Pero ahora las cosas se habían alejado como nunca antes. Años de pensamiento, años de trabajo, años de disipación no volverían a traer la concepción tan cerca de nuevo. Levantó el auricular.

—… hablando… Lo siento, no escucho… ¿quién?… ¿quién?… *¿quién*?…

La voz en el otro extremo de la línea se hizo más débil. Atwater tomó conciencia de que estaba perdiendo el interés. Los ruidos que le daban vuelta la cabeza habían comenzado una vez más. Escuchó. De quién podría ser la extraordinaria palabra bisílaba que trataba de decir la mujer (¿o era un hombre?) en la otra punta. Y entonces, de repente, lo entendió. El nombre era Lola.

—… sí… por supuesto, me encantaría… sí… sí… no, por supuesto que no… El martes, entonces.

Colgó el auricular. El mundo comenzaba a imponerse de nuevo. Una vez más las cosas materiales se forzaban a sí mismas hacia adelante. Anotó en su cuaderno la visita del martes. Se preguntó

qué iría a hacer con ella, y pensó en la sombría aventura intelectual que había tenido con la esposa de su dentista poco después de mudarse a Londres.

Volviendo a asuntos más inmediatos, estaba la proyectada traducción del extenso discurso del profesor finlandés. Esto era urgente, debía tenerlo listo para el viernes siguiente. Tenía que ocuparse de organizarlo de alguna manera. Había otro asunto aún más importante sin resolver. Tenía que hacer reajustar la conexión de la nueva caldera de su departamento. Esta tarea se dividía en varias etapas: a saber, cartas al y del propietario; cartas al y del gasista; y, debido a una complicación autónoma, cartas al y del plomero. Estas secciones principales se complicaban aún más por la muerte del plomero original, un anciano enfermizo que lo había obligado a emplear a una nueva empresa de plomeros que había comprado el fondo de comercio del negocio y, estrechamente vinculado a esta eventualidad, por un cambio en el área administrativa de los gasistas, que se combinaron para retrasar el asunto y aumentar el tamaño del *dossier*. Atwater consideró que la reorganización de la correspondencia y la escritura de una carta aguda dirigida al propietario, un mercero jubilado que vivía en Berkhamsted, sanearían su cerebro. Mientras ponderaba la composición de las primeras líneas de la carta, el chico entró de nuevo y le entregó una tarjeta. Estaba sucia y encima tenía escrito: *Dr. J. Crutch.*

El sinvergüenza la presentó asumiendo la actitud de un mago que con la intención de pasar a algo de interés más general realiza un truco conocido y más bien irritante con cierta rapidez.

—¿De nuevo?

—Quiere su libro.

—¿Su libro?

—El libro que le dio.

—¿Me dio un libro?

—Doblado. Yo lo traje —dijo el chico, con gran esfuerzo mental y moviendo la comida diagonalmente a través de la boca para así agruparla en un semicírculo en la parte inferior de su mejilla.

—El folleto —dijo Atwater—. ¡Dios! El folleto.

El folleto había desaparecido. En el escritorio de Atwater se extendían los informes de la Sociedad de Costumbres del Viejo Mundo, 1906-8 y 1911-13. También había algunas cartas; varios catálogos de libros de segunda mano; algunos horarios; listas de

vinos; recortes de prensa; fotografías de trajes de la cultura minoica; cajas de sobres; pedacitos de papel secante; y algunas etiquetas. El tacho de basura también estaba lleno. Atwater buscó. Buscó en el piso, el tacho de basura y su bolsillo. Incluso el chico miró a su alrededor en gesto de ayuda silenciosa. El folleto había desaparecido. Atwater entró en la oficina de Nosworth. Nosworth escribía.

—¿Tienes el folleto?

—¿Qué folleto?

—Sobre la unificación de los cálculos craneométricos y cefalométricos.

Nosworth continuó escribiendo. Traducía poemas del danés por dinero. Dijo:

—Mi querido Atwater, ¿de qué diablos estás hablando?

—El papel que dejó el lunático.

—¿El lunático?

—El que vino esta mañana.

—¿Sir Gregory Williams?

—No, no, no. El que dijiste que vino hace cinco años.

—¿Una historia que te estaba contando?

—El Dr. Crutch.

—Oh, sí —dijo Nosworth. No estaba interesado.

—¿Sabes qué pasará si no lo encontramos?

—¿Qué?

—De ahora en adelante vendrá todos los días hasta que lo envíen a un asilo, lo que puede tardar varios años.

—Tú puedes con él.

Nosworth escribía continuamente. Dijo:

—Quiero un atributo del mar. *Oscuro como el vino*, por ejemplo. Pero eso no servirá. ¿Se te ocurre algo?

Atwater quemó su último cartucho.

—Estoy por tomarme licencia.

Nosworth hizo una pausa y miró hacia arriba. Dijo:

—¿Por qué habría yo de tener el folleto?

Registraron la habitación. El chico, que se había perdido detrás de Atwater, también miraba furtivamente por todas partes. El folleto no aparecía.

—¿Tus bolsillos? —dijo Atwater.

Nosworth dio vuelta sus bolsillos. Contenían una serie de objetos insospechados, pero el folleto no estaba entre ellos. Después

Nosworth examinó su billetera. El folleto estaba ahí, doblado entre dos billetes de diez chelines.

—Es más que extraño —dijo Nosworth, y siguió traduciendo. Atwater le dio el folleto al chico.

—Corre, o el señor se habrá ido.

Atwater caminó despacio hacia su escritorio. Era una mañana difícil. Pero tomó una lapicera y empezó a escribir una larga carta de queja al propietario sobre el tema de la caldera. Lo colmaba una sensación de malestar. En medio del primer párrafo alguien se paró a su lado y lo interrumpió. Era el chico. El chico hizo un curioso sonido con sus labios, lengua y dientes, un chirrido lastimoso y especial producido por una abrupta entrada de aire y previsto a la vez para atraer la atención de Atwater e indicar que ya no había tanta comida dentro de su boca.

—¿Y bien?

—El señor dejó dicho que no podía esperar. Regresará mañana o al día siguiente.

—¡Maldito!

El chico se marchó. Nosworth entró en la habitación. Dijo:

—¿Qué día de la semana es?

—Sábado.

—Oh, ¿sí?

—Creo que sí.

La mañana pasaba con lentitud. Atwater rompió la carta para el propietario. Se acercó a la ventana y, abriéndola, se asomó y observó a la gente. De pronto hubo un soplo de aire débil que hizo que los árboles se balancearan ligeramente. Unos estudiantes hindúes en pantalones de franela gris correteaban sobre el pasto. Sus voces llegaron hasta la ventana:

—Eso está bien, compañero, aunque es muy decente de tu parte.

Atwater, pensando en la amistad, recordó que esa tarde tomaba el té con Barlow. Volvió a su escritorio y de nuevo agarró su libro y empezó a leer:

«… atraído instintivamente hacia la renovación constante de los datos de su imaginación, se cuida de no tomar ciertos productos del uso de aquellos datos como base para nuevos trabajos. La forma que presta a una metáfora particular, o a ciertas relaciones específicas de volúmenes conectados estrecha o distantemente, nunca es dada a priori a los elementos de una imagen, sino pura y simplemente como consecuencia de los desarrollos requeridos por la composición

de una imagen…».

6

Barlow tenía dos habitaciones y una cocina. En una de ellas había una cama y toda su ropa, que estaba sobre el piso. El otro cuarto era más grande. Barlow lo usaba como estudio y tenía un silloncito victoriano en el medio y un colchón en la esquina contra una pared y lienzos dentro y fuera de los marcos contra las otras paredes. Sophy abrió la puerta. No vivía ahí pero Barlow le había dado una llave. Cuando vio a Atwater dijo:

—Qué tal, William.

—Hola, Sophy.

—Barlow todavía no llegó.

Ella sonrió. Era rubia y regordeta, la chica de un pintor, una suerte de Eva de Tintoretto. Tenía algún tipo de trabajo en una tienda de ropa. Entraron al estudio. Atwater se quitó el sombrero y se sentó en el silloncito. Sophy, a punto de reventar de su vestido, se quedó mirándolo con las manos en las caderas. Siempre se paraba en buenas posiciones, mejor aún que una modelo entrenada, distribuyendo el peso en lugares improbables.

—¿Héctor hizo más retratos tuyos?

—No viste este, William —dijo ella. Llamaba a los amigos de Barlow por sus nombres de pila, no así al propio Barlow. Él era demasiado importante. Sacó una tela del montón junto a la chimenea. Era un desnudo de ella, sentada en una silla de cocina con un pedazo de tela de algodón como fondo. Dijo:

—Es lindo, ¿no?

—Ponlo en el marco.

Lo deslizó dentro de uno de los marcos contra la pared y lo colocó en el caballete. Retrocedió unos pasos y con ojos ciegos lo contempló junto a Atwater, sonriendo un poco para sí, como si la sorpresa le impidiera creer, en realidad, en el fenómeno de la pintura y el lienzo.

—Voy a preparar el té. Barlow estará por llegar.

Se fue, dejando la puerta abierta detrás de ella, y escuchó su traqueteo sobre los platos, porque era torpe en sus movimientos.

—¿Te gustó la fiesta? —dijo desde la cocina.

Aunque Barlow no la llevaba a fiestas, siempre mostraba un sumiso interés en ellas.

—Estuvo bien.

—Barlow estaba muy raro después de la fiesta.

—¿Sí?

Atwater miró alrededor de la habitación, vacía pero al mismo tiempo llena de cosas. No era muy diferente de un depósito, todo ahí parecía temporario, y era como si las cosas hubieran tomado su posición actual solo por unos minutos y las hubieran dejado ahí porque nadie se había tomado el trabajo de ponerlas en otro lugar. Las pinturas de Barlow eran buenas, pero había demasiadas por todas partes. Había algunos libros. No muchos. Uno de ellos, notó Atwater, era *Así habló Zaratustra*. Sophy trajo el té, y lo servía cuando llegó Barlow.

—Perdón por llegar tarde —dijo—. Acabo de vomitar en un callejón.

Besó a Sophy y dijo:

—¿Está listo el té?

Sophy dijo:

—Lo acabo de hacer. William ha estado aquí sólo un minuto.

Barlow dijo:

—Fui a ver a Pringle. Me mostró todo su trabajo de los últimos cinco años.

Sophy dijo:

—Llamó esta mañana y me invitó a tomar el té en su estudio hoy.

—Qué diablos. ¿A la tienda?

—Sí.

—¿Cómo sabía el número? ¿Le dijiste el nombre de la tienda?

—Hablaban de eso la otra noche. Supongo que miró el número en la guía.

—¿Qué le dijiste?

—Dije que no podía porque iba a tomar el té contigo.

—¿Qué dijo?

—Dijo que llamaría de nuevo.

—Yo en tu lugar no iría —dijo Barlow—. Es un hombre temperamental. No te caerá bien.

—Él no me interesa especialmente.

—Es horrible.

Sophy tomó la tetera otra vez y empezó a servir el té. Barlow

giró hacia Atwater y puso los ojos en blanco.

—Come un poco de torta. Está más bien rancia.

Atwater dijo:

—¿Conoces bien a Susan Nunnery?

—¿Qué ha estado haciendo?

—Alguien hablaba de ella anoche.

—Ah, sí. Ahí estaba anoche, ¿no?

—Sí.

—¿Todavía vive con Gilbert?

—¿Vivía con él?

—No sé —dijo Barlow—. Tal vez no. No puedo seguirle el ritmo a las chicas así.

Atwater bebió su té. Sophy fue a buscar más agua caliente. Barlow dijo:

—Miriam estuvo aquí ayer. Realmente creo que debería casarme con ella.

—¿Por qué? ¿Se han acostado?

—No.

—¿Por qué no?

—No pensé que le gustaría.

—Es una chica agradable.

—Sí, de hecho debería casarme con ella.

—¿Se ven muy seguido?

—No, no mucho.

Sophy entró de nuevo. Dijo:

—La tetera tiene una filtración. Tendremos que conseguir otra.

—Compraré una —dijo Barlow. Le dijo a Atwater—: ¿Te conté que vendí algunas cosas la semana pasada? Entre ellas la pequeña cabeza de Sophy.

Sophy dijo:

—La que es como yo.

—Sí. La que es como tú.

Atwater dijo:

—¿Qué pasó con tu hermano después de que me fui anoche?

—Esta mañana tomó su tren.

—¿Cómo estaba?

—Se veía bien.

—Para mí no se veía nada bien —dijo Sophy—. Pobre chico.

—Le temblaba un poco la mano durante el desayuno.

—Se veía mal —dijo Sophy. Cabeceó.

—Se recuperará —dijo Barlow—. Estará bien en cuanto vuelva a la sala de oficiales o a la sala de armas o al camarote de proa, donde sea que las personas como él viven cuando están en su barco.

—Fue una buena fiesta.

—¿Con quién te fuiste?

—Se llama Lola.

—¿Quién es?

—Hace carteles.

—Me lo imaginaba —dijo Barlow—. Nunca podrás deshacerte de ella. Nunca te deshaces de chicas vestidas así. ¿Qué tal es?

—Dice que lee bastante a Bertrand Russell.

—Nunca podrás deshacerte de ella. ¿Cómo llegó a la fiesta?

—Wauchop la llevó.

—Es una de las mujeres de Wauchop, ¿verdad?

—Va a sus clases.

—Wauchop aparece de pronto con mujeres así —dijo Barlow—. Y después las personas como tú y yo tenemos que gastar todo nuestro tiempo libre y dinero entreteniéndolas.

—Sí.

—¿La verás de nuevo?

—Llamó esta mañana.

—¡Qué dije!

—Le tomé algo de cariño.

—Estás loco. Aunque no discutiremos pequeñeces como esa. ¿Vienes al cine con Sophy y conmigo esta noche?

—Ceno con Naomi Race.

—Bueno, es una comida —dijo Barlow—. Previene los dolores de hambre. Por lo menos en general. Recuerdo que una vez no lo hizo. Fue durante un período de depresión comercial. Me terminé las almendras saladas.

Sophy prendió el cigarrillo de Atwater con un fósforo largo. Abajo sonó el timbre. Barlow dijo:

—Ve y mira a través de las cortinas y fíjate quién es, Sophy.

Sophy dejó su té y miró a la calle entre la cortina y la ventana. Observó por un tiempo y después dijo:

—Fotheringham.

—Oh, es Fotheringham, ¿no?

—Creo que me vio. Saludó.

—¿No estaba tambaleándose?

—No.

—¿Estás segura?

Sophy dijo:

—Bueno, sí, claro. —Se rio.

—Ve y abre la puerta —dijo Barlow—. Déjalo entrar si está razonablemente sobrio.

Atwater dijo:

—Lo vi con Undershaft una o dos veces.

—Debes haberlo visto miles de veces. Yo lo veo cada vez que salgo de la casa.

—Estuve con él y Undershaft toda una noche mientras trataba de persuadir a Undershaft de escribir un artículo sobre música ocultista para su diario.

Barlow dijo:

—Es uno de los sub-editores de un diario espiritista. Dice que de todas las categorías la que menos le gusta es la espiritista. No importa mucho, porque está ahí sólo para ayudar a preparar las páginas de publicidad, y, como él mismo dice, el trabajo es meramente temporario, así que ¿por qué quejarse? Lo ha estado haciendo sólo durante cinco años.

—Debe ser un trabajo en términos generales agradable.

—Quería que hiciera una serie de dibujos de espiritistas famosos, pero tiende a perder interés a medida que progresa la tarde.

Oyeron a Fotheringham hablarle a Sophy todo el trayecto por las escaleras. Entró en la habitación delante de ella, un hombre joven de constitución robusta con mejillas muy rosadas. No se había afeitado todavía y llevaba un sombrero bombín y un paraguas desenrollado. El aura de las pendientes más bajas del periodismo lo envolvía como un vapor. Con una ligera vacilación de modales le dijo a Barlow:

—Querido y viejo amigo, voy a ser tremendamente grosero. ¿Te importa si uso tu teléfono de inmediato, Héctor?

—Ahí sobre la caja de embalaje.

Fotheringham tomó el auricular y marcó un número. Sonrió a Sophy.

—Terriblemente grosero de mi parte. Lo siento, Sophy —dijo, y después—: … aló, querida… sí, lo sé… me dio mucha pena… realmente estaba… sólo un poco… no, me temo que no puedo… sí, por supuesto… en otro momento… adiós, querida… adiós. —Colgó el auricular.

—Pobrecita —dijo—. Odio decepcionarla. Pero ahí está. A veces uno tiene que ser cruel para ser amable, aunque me temo que suena terriblemente presuntuoso decir algo así.

—¿Ustedes se conocen? —dijo Barlow.

Atwater dijo:

—Nos encontramos con Undershaft. ¿Sabes que ahora está en los Estados Unidos?

Fotheringham dijo:

—Y le va muy bien, según escuché.

—Está haciendo algo de dinero.

—Espero verlo pronto —dijo Fotheringham—, porque yo también parto hacia allá.

—¿Cuándo vas? —dijo Sophy. Fotheringham le parecía bastante fascinante. Era el único hombre que lograba capturar su atención desviándola de Barlow durante unos minutos, y por alguna razón el único hombre que Barlow nunca había considerado como un rival potencial.

—No he fijado la fecha exacta todavía. Pero será muy pronto.

—¿Dejas tu trabajo actual?

—No conduce a ninguna parte, ya sabes.

—¿Por qué no estabas en la fiesta? —dijo Barlow, que había empezado a afilar unos lápices con un cuchillo de mesa.

—¿Fiesta? —dijo Fotheringham—. ¿Qué fiesta?

—La fiesta de anoche.

—Oh, la fiesta de anoche. Me dirigía hacia allí, pero por algún motivo nunca llegamos. Me quedé hablando con un hombre que encontré en un pequeño bar del Strand, donde no va casi nadie.

—¿Duró toda la noche?

—Me llevó a un lugar que conocía llamado Ginger's Club. En verdad no era muy alegre.

Barlow bajó el cuchillo de mesa. Dijo:

—Sophy, dale al hombre un poco de té. No te quedes sentada mirándolo boquiabierta.

—No, no —dijo Fotheringham—. No para mí. Nunca tomo eso.

—En cualquier caso, ¿qué trabajo esperas conseguir? —dijo Barlow levantando el cuchillo de nuevo y hablando como si prefiriera no saber qué trabajo iba a conseguir Fotheringham. Le hubiera gustado ejercer sobre Fotheringham, como sobre Pringle, una dominación, pero cierta agudeza proteica, bien camuflada, hacía a Fotheringham inmune a sus influencias. Fotheringham dijo:

—Realmente me gustaría que fuera algo al aire libre. Un lugar donde uno se levanta por la mañana temprano sintiéndose realmente fresco y sale y hace algo extenuante y regresa a eso de las once y toma una pinta de cerveza en el pub y después continúa trabajando hasta el almuerzo y pasa el resto del día desempolvando quizás a los clásicos.

—¿Los clásicos?

—Oh, Marlowe y esos, ya sabes. Villon y demás.

Sophy dijo:

—Es una lástima que no vayamos al campo cada tanto.

Barlow dijo:

—Sabes que siempre me enfermo si salgo de Londres poco tiempo.

—Tal como están las cosas —dijo Fotheringham—, nunca logro apartar un momento para leer sin interrupciones. Esos espiritistas me hacen trabajar duro, te lo aseguro, Héctor. A menudo envidio el tiempo libre que tienen ustedes los pintores.

—Toda la vitalidad de un pintor se va en tratar de vender sus cuadros. Y lo sabes muy bien.

—Vitalidad —dijo Fotheringham—. Es eso, justamente. Una de las razones por las que quiero ir a los Estados Unidos es que escuché que allí todos tienen una vitalidad maravillosa.

Atwater dijo:

—Debes conocer a un amigo nuestro llamado Scheigan. Tiene mucha vitalidad.

—¿Podrá conseguirme un trabajo?

Barlow dijo:

—Si ambos logran conocerse en un momento de sobriedad, se verá obligado a hacerlo.

—Saben, quizás les parezca algo presumido, pero creo que soy un poco demasiado bueno para mi trabajo actual.

—Te puedes quedar con el treinta y tres y un tercio por ciento de comisión de cualquier cuadro que vendas para mí. Es todo lo que puedo ofrecer.

—Ahora presta atención. Puede que no sea tan talentoso como tú, Héctor, o tan hermoso como Sophy, pero ¿no les parece que me están desaprovechando?

—No. No lo creo en lo más mínimo.

Fotheringham se rio. Dijo:

—Estás bromeando. Habla con seriedad.

—No bromeo. Tienes hasta suerte de tener un trabajo.

—No hablas en serio, ¿no?

—Muy en serio.

—No, es absurdo —dijo Fotheringham—. No te creo cuando dices cosas como esas.

—No es absurdo para nada.

—En cualquier caso, tengo que encontrar un trabajo. Me gustaría encontrar algo que me ponga en contacto con la gente que realmente importa. Autores, etc.

Barlow suspiró. Dijo:

—Sophy y yo vamos al cine a las seis y media. Después vamos a ir a cenar. ¿Salimos a tomar algo?

—Pero espera un momento, Héctor. ¿Realmente crees que no estoy perdiendo el tiempo en el diario?

—Todo el mundo pierde el tiempo en ese diario.

—Me estás insultando directamente, Héctor.

—Esa es mi intención.

—Sabes, te pasas de la raya. Las personas que no te conocen tan bien como yo nunca adivinarían que estás bromeando.

Barlow agarró un sombrero pequeño de forma extraña de al lado del teléfono.

—Ahora nos vamos a tomar un trago —dijo. Se puso el sombrero en la cabeza.

—Eres un caso perdido —dijo Fotheringham, y se rio.

—Vamos.

Bajaron las escaleras y salieron a la calle. Barlow dijo:

—¿Adónde vamos?

Fotheringham dijo:

—Conozco un lugar.

—¿Está lejos?

—A la vuelta de la esquina.

Caminaron por la calle, Fotheringham balanceando su paraguas desenrollado y silbando bajito a través de los dientes. Llegaron. No había nadie más en el bar, que era elegante y tenía cortinas recargadas con pedrería. La camarera lucía un ondulado permanente muy elaborado. Le dijo a Fotheringham:

—¿Y cómo te sientes, jovencito?

—Maisy, te debo una disculpa por la otra noche.

—Continúa.

—Está bien, Maisy.

—¿Qué me vas a decir ahora?

—Bien —dijo Barlow—, ¿qué vamos a beber? Fotheringham dijo:

—No, yo invito.

La camarera trajo las bebidas. Le dijo a Fotheringham:

—Eres de terror, sabes.

—No digas eso, Maisy.

—No vuelques tu bebida —dijo ella.

—Maisy, ¿estuve tan molesto?

—Sin duda.

Fotheringham le dijo a Barlow:

—Es espantoso. Uno toma dos tragos y se convierte en alguien molesto.

—Estás peligrosamente cerca de ser alguien molesto antes de tomar dos tragos.

—Basta, por favor, Héctor —dijo Fotheringham. Le dijo a Atwater:

—¿Cenas con alguien esta noche?

—Con Naomi Race.

—De lo contrario podríamos haber cenado juntos. Pero dale a Naomi mis cariños. Puede que la vea en su casa más tarde en la noche.

Barlow dijo:

—Bueno, Sophy y yo nos vamos al cine. ¿Pedimos otra ronda antes de irnos?

Pidieron otra ronda. Barlow y Sophy se levantaron para marcharse. Fotheringham dijo:

—Adiós, querido y viejo amigo. Adiós, Sophy, mi querida.

—Vuelve a casa algún otro día —dijo Barlow.

—Lo haré, lo haré.

Salieron. Fotheringham dijo:

—Qué chica tan agradable es Sophy. Ojalá pudiera encontrar a alguien así.

—Debe haber otras.

—Tienes razón. Hay otras. La pregunta es dónde encontrarlas.

Atwater no respondió. Miró a su alrededor, el bar estaba recubierto de espejos labrados con letras rojas y azules y doradas. También había una fotografía del Príncipe de Gales prendiendo un cigarrillo.

—Ah —dijo Fotheringham—: *Où sont-elles, Vierge souvraine?*

Mais où sont les neiges d'antan?

—¿Dónde, de hecho?

—Diría que esa chica está enamorada de Héctor.

—Diría que sí.

—No es que esté pensando en ponerme a competir con Héctor. Pero estar al tanto siempre es interesante.

—Sí.

La camarera, que estaba apoyada sobre los codos y los miraba, dijo:

—Todavía no se ha disculpado como debería, señor Fotheringham.

—No te burles de mí, Maisy.

—¿Burlarme, dices?

—Sí, Maisy.

—Lárgate.

—No, Maisy, no.

La camarera se rio. Después agarró un trapo y lo restregó sobre la mesada, mojada donde había desbordado el gin de Atwater al agregarle la menta. No era una chica linda, pero tenía una cara sensible y el pelo muy rizado. Cuando la mesada quedó seca por completo se volvió hacia el otro lado de la barra donde estaban los aperitivos y empezó a cortar unos sándwiches de jamón. Fotheringham suspiró. Dijo:

—En momentos como este a menudo pienso en lo poco que tenemos por delante, hombres jóvenes como tú y yo.

Giró el vaso con el índice y el pulgar. Se había entristecido repentinamente. Atwater dijo:

—¿Otra vuelta?

—Por favor. ¿Qué tenemos ante nosotros? Una vista de la ineficiente ventilación del bar. Un ejército de periodistas atrozmente achispados.

—No pienses más en eso.

—Un millón de camareras diciendo todas lo mismo.

Atwater cabeceó.

—Un trago tan repugnante que hasta es difícil de bajar. Mujeres que no cesan de atormentarnos.

—¿Pero los Estados Unidos?

—Ah —dijo Fotheringham—, los Estados Unidos. Pero en realidad no he fijado la fecha todavía.

—¿Eso importa?

—Es posible.

—¿Por qué?

—Me preguntas por qué —dijo Fotheringham—. En cambio te pregunto, ¿adónde irá todo si voy hacia allá? —Se había puesto muy sombrío—. ¿Adónde irá todo? Te pregunto eso, Atwater.

—No lo sé.

—No. No sabes. No sé. Nadie sabe. Tan solo seguimos y seguimos y seguimos y seguimos.

—Es cierto.

—Nos sentamos aquí mientras podríamos estar haciendo grandes cosas, tú y yo.

—¿Podríamos?

—¿Sabes lo que estamos haciendo?

—No.

—¿Te lo digo?

—Sí.

—Estamos desperdiciando nuestra juventud.

—¿Lo crees?

Fotheringham dijo:

—A cada minuto se evaporan preciosos segundos. Llega la hora. A cada instante nos acercamos un poco más a la cita con nuestra perdición.

—¿Que es…?

—¿Podrás soportar escucharlo?

—Sí.

—No puedo decírtelo. Es demasiado horrible.

—Insisto.

—Para algunos, un asiento en la esquina de un club bajo la exigua cobertura de una hoja de diario. Para otros, las voces de los niños, con demasiada frecuencia ensordecedoramente estridentes.

—Tenemos el presente.

—Esta noche —dijo Fotheringham—, soy un hombre obstaculizado por su futuro. Para mí no existen el presente ni el pasado.

—Trata de no darle muchas vueltas.

—Ahora empiezo a darme cuenta de lo que Héctor quería decir cuando dijo que no creía que fuera demasiado bueno para mi trabajo.

—Nunca habla en serio.

—No —dijo Fotheringham—. No. Amable, dulce de tu parte

decir eso. Pero si las palabras de Héctor no significan nada para él, han llegado a significar mucho para mí. Qué hombre. Talento. Usar la palabra genio no sería excesivo. Incontables mujeres hermosas. El mundo a sus pies. ¿Y qué soy yo? ¿Qué hago yo? ¿Qué puedo decir? Sabes, a menudo me maravilla estar en contacto con hombres como tú y Héctor.

—Mi estimado Fotheringham.

—Lo digo en serio.

—No es cierto.

—Sí, sí.

—No digas eso.

Fotheringham levantó los dos vasos. Dijo:

—Lo diré y lo repetiré.

—No, no. No lo repitas.

—Sí —dijo Fotheringham—, lo diré otra vez, y más de una vez de nuevo, cuán afortunado me considero de tener tan buenos amigos como los que tengo; y diga lo que diga la gente sobre la amistad, y nadie sabe mejor que yo que es una cualidad que en estos días con frecuencia se califica como inferior a esas conexiones emocionales temporales entre tal o cual sexo que tienen sus bases en tierra tan efímera como la arena de la playa, aun así es finalmente una cosa, de hecho es la cosa, de la que depende a la larga la felicidad de los hombres como tú y yo, si me perdonas por un momento que nos clasifique en conjunto, en esta lucha, este Armagedón loco, caótico, este frenético, febril esfuerzo que nosotros, tú y yo, sabemos que es la vida; y cuando por fin llegamos a esas grises tierras baldías, terribles y escalofriantes, de desesperación sin esperanza, la depresión insoportable y la completa ausencia de humor a la que nos conducen inevitablemente la bebida y las deudas y las mujeres y el exceso de tabaco y la falta de ejercicio y todos los miles de placeres innecesarios, inútiles, desgastantes y nunca suficientemente lamentados de nuestras casi peor que fútiles vidas, cuando la vasta y absolutamente impenetrable niebla de clichés o, en el caso de algunos, del dogma que nos envuelve y nos cubre por completo, cuando hemos resignado el último débil esfuerzo para mantener algo remotamente similar a las apariencias y nos hemos hundido de hecho en esas horribles profundidades babosas de degradación y miseria y bajeza a la que llegan quienes venderían su nombre, su intelecto, su amante, su vieja escuela, su propio honor por el precio de una

cerveza; cuando el amor ha llegado a ser lo mismo que la forma más aburrida de lujuria, cuando el poder es lo mismo que el más inútil montón de dinero, cuando la fama es lo mismo que la clase más vulgar de publicidad, cuando nos sentimos exiliados para siempre de las agradables pasturas de la indiferencia cortés (disculpa esta frase), que es, supongo, la sola y realmente la única mitigación y excusa posible para la incoherencia desenfrenada de esta existencia nuestra, será entonces, y solo entonces, que comprenderemos plenamente, que nos daremos cuenta en su totalidad de que en breve conoceremos con algún grado de precisión… ¿qué decía? Creo que perdí el hilo.

—Amistad.

—Sí, eso, por supuesto. Lo siento. Que nos daremos cuenta de lo que la amistad significa para cada uno de nosotros y para todos nosotros, y cómo eso era, y solo eso, lo que hacía que todo valiera la pena.

—¿Que valiera la pena?

Fotheringham realizó un gesto amplio con las manos.

—Todo —dijo.

—¿Como… por ejemplo?

—No soy un tipo religioso. No sé nada de ese tipo de cosas. Pero debe haber algo más allá de todo este asunto del sexo.

—Sí.

—¿Lo crees?

—Oh, sí. Es muy probable. ¿Por qué no?

—¿Pero qué?

—No puedo serte útil.

—No puedes.

Atwater dijo:

—¿Qué fue lo que te deprimió tanto?

—¿Deprimió?

—Sí, deprimió.

Fotheringham terminó su bebida de un trago. Dijo:

—Supongo que debo haber sonado bastante deprimido. Verás, tuve un almuerzo muy pesado.

—Ya veo.

—Ya sabes, una comida pesada siempre te desinfla.

—A esta hora de la tarde.

—Sí —dijo Fotheringham—. A esta hora de la tarde. Sabes, temo haber estado aburriéndote.

—Ni un poco.

—Siento que lo hice. Debes perdonarme. ¿Me perdonas? Di que me perdonas, Atwater.

—Te perdono.

—El tiempo está muy pesado para comer y beber tanto en mitad del día.

—¿Con quién almorzabas?

—Almorcé con George Nunnery. Sin duda lo conoces. —¿Es pariente de la chica con el mismo apellido?

—Es su padre. ¿La conoces, entonces?

—Me la he encontrado.

—Es linda, ¿no crees? No llego a decidir cuál es la mejor, ella o Harriet Twining.

—Las dos son muy atractivas.

—Tendrías que conocer al viejo Nunnery.

—Me gustaría.

Fotheringham dijo:

—Es uno de esos hombres brillantes cuya mente se ha puesto completamente en blanco.

—¿Sí?

—Puedes imaginar qué tan buena compañía es.

—Sí, claro.

—Todo el cerebro y el conocimiento ahí y nunca el menor peligro de que vaya a convertirse en una molestia. —Maravilloso.

—Como dices, maravilloso.

—¿Cuándo me llevarás a verlo?

—En cualquier momento. Llámame.

Atwater dijo:

—Lo haré. Ahora tengo que irme.

—¿Por qué?

—Ceno con Naomi Race.

—No puedes irte aún.

—Tengo que hacerlo.

—No —dijo Fotheringham—. Por favor, no te vayas.

—Tengo que irme.

—No puedes dejarme así.

—Desearía no tener que irme.

—¿Tomas uno más?

—No.

—Sí, sí. Es necesario.

—No, no puedo.

—Insisto, William —dijo Fotheringham—. Porque te llamaré William. Insisto.

—No, no, no puedo.

Repentinamente resignado, Fotheringham dijo:

—Llámame, entonces.

Le dijo a la camarera:

—Maisy, deja de cortar todo ese jamón y dime exactamente qué hice la otra noche.

7

—Tuve que demorar un poco la cena —dijo la señora Race—. No tuve tiempo de avisarte.

No se había cambiado todavía, pero esa noche estaba en su mejor versión, y Atwater notó que se había arreglado el pelo de otra manera. Nadie sabía cuántos años tenía o algo sobre su difunto marido, excepto que había conocido a Rossetti y que la señora Race había asistido al primer Jubileo con él poco después de casarse. Solía invitar a Atwater a cenar una vez cada dos meses. Atwater dijo:

—Te vi en la fiesta anoche. Quise hablar contigo, pero había demasiada gente.

—Esta noche van a venir todos —dijo la señora Race—. Harriet Twining, Walter Brisket, Wauchop. Después hay otra mujer cuyo apellido nunca logro recordar. Se llama Jennifer. No te caerá bien. A mí no me cae bien.

—¿Por qué la invitaste?

Mecanografía mis cosas. Su ambición era conocer a Wauchop. Lo admira muchísimo.

—¿Como pintor?

—Sí. Especialmente su obra más simbólica.

—¿Ese es todo el grupo?

—Ese es todo el grupo —dijo la señora Race—. Y ahora debo ir a cambiarme. Encontrarás algunos libros ahí, y todas las bebidas están en el armario.

Se calzó la bata china y subió. Atwater la escuchó llamar a la sirvienta. Se acercó a la biblioteca y, como había un conjunto de

novelas decadentistas de fin de siglo a la altura de sus ojos, agarró *El fracaso de Dios* y se sentó en el sillón. Todavía leía la historia del idiota del pueblo y el circo ambulante cuando llegó la mujer llamada Jennifer. Tenía unos treinta y dos años y huesos grandes, iba ataviada con un vestido color terracota y aros en las orejas. Atwater sirvió un poco de jerez y le dio un cigarrillo. La señora Race siempre tenía cigarrillos rusos que sabían a frutillas con crema. Hablaron un poco, y Jennifer acababa de decir que estar en un museo debía ser un trabajo muy interesante cuando Harriet y Brisket entraron juntos. Harriet dijo:

—Encontré a Walter en la calle preguntándole al policía cuál era la casa. ¿No, querido? Como si no hubieras venido miles de veces.

—Acá está Naomi —dijo Brisket—. Tú y tus indirectas.

La señora Race, enfundada en un vestido negro cubierto de vistosos broches y otros miles de detalles, se detuvo un momento en la puerta para darle ímpetu a su entrada. Después aceleró los pasos, diciendo:

—¿Cómo estás, Harriet querida? ¿Y tú, Walter?

Brisket dijo:

—Qué lentejuelas, Naomi. Estoy verde de envidia.

—Y Jennifer —dijo la señora Race—. ¿Todos se conocen? Por supuesto que sí.

—¿A quién más esperamos, Naomi? —dijo Harriet.

La señora Race dijo:

—¡Wauchop! Siempre llega tarde.

Sirvió un poco más de jerez. Jennifer dijo:

—No, no, en serio. Me voy a emborrachar.

Mientras esperaban a Wauchop, Brisket habló sobre su veraneo y Harriet habló sobre la mejor manera de contrabandear perfume. La señora Race dijo:

—Tengo un licor especial de los Balcanes que tienen que probar todos después de la cena.

Harriet dijo:

—¿Quién era esa rareza de pelo rojo con la que estabas anoche, William?

Atwater dijo:

—Se llama Raymond Pringle.

—¿De verdad?

Oyeron llegar a Wauchop, que fue incrementando la intensidad de su risa a medida que avanzaba por las escaleras hasta entrar en

la habitación con la fuerza de un rugido hecho de carcajadas. Besó a la señora Race en la frente y envolviendo las manos de Harriet en las suyas, las balanceó hacia delante y hacia atrás, diciendo:

—Ya estamos cosechando nueces en mayo, nueces en mayo, nueces en mayo.

Jennifer parecía muy entusiasmada. Era consciente de estar presenciando la vida. Harriet dijo:

—Estás engordando, Wauchop. ¿Y qué diablos le pasó a tu cara?

—Ah, ja —dijo Wauchop—, pensé que lo notarías. Me la masajearon esta tarde. Puede que este año me deje crecer la barba.

Jennifer dijo:

—Saben, creo que más hombres deberían usar barba, aunque supongo que a algunos les quedaría algo extraña y que no serían para nada capaces de llevarla bien.

Atwater habló durante un breve lapso sobre la barba en la historia. Nadie escuchó. Harriet dijo que no le gustaba la barba en hombres ni en mujeres. Llamaron a cenar. Bajaron al comedor, que estaba en la parte de atrás de la casa y era pequeño, con un dibujo de Conder muy bueno y una de esas figuras de Staffordshire de San Pedro en la repisa de la chimenea. Wauchop se sentó a la derecha de la señora Race, junto a Harriet, y Brisket a su izquierda, al lado de Jennifer. Atwater se sentó en la cabecera. Wauchop dijo:

—¿Y cómo nos sentimos todos después de la fiesta?

Se rio mucho.

—No muy bien, supongo —dijo—. Algunos de nosotros.

Entonces les contó todo lo que le había pasado en la fiesta. Brisket lo interrumpió a intervalos regulares.

—Qué encantadora se veía Susan Nunnery —dijo la señora Race —. De veras me pareció que estaba deslumbrante. Dijo que esta noche vendría a verme.

Wauchop dijo:

—Es una chica estupenda, Susan.

—Se peleó con Gilbert —dijo Harriet—. Y no la culpo. Alguien debería fusilar a ese hombre. De hecho tal vez un día le dispare yo misma.

—¿Era su amiga? —dijo Atwater.

—Mi querido, ¿cuándo llegaste? —dijo Harriet—. ¿Cómo se veía el campo? ¿Está el pasto tan verde como siempre?

—Parece un poco errática —dijo la señora Race.

—*Souvent femme varie* —dijo Wauchop—. Pero no sé qué

haríamos sin ellas.

Jennifer dijo:

—¿Realmente piensa que somos todas así, señor Wauchop?

Wauchop demoró demasiado preparando su respuesta y su voz se perdió en el timbre del teléfono. La señora Race fue a la mesita donde estaba el aparato debajo de una muñeca vistiendo un miriñaque rosa, y levantó el auricular. Escuchó y dijo:

—Es para ti, Harriet.

—Tan popular —dijo Brisket.

La señora Race le pasó el teléfono a Harriet, que se sentó junto a la mesita.

Jennifer expresó cuánto admiraba los cuadros de Wauchop. Harriet dijo:

—… sí, querido… me encantaría… podría ser peor… ahí estaré.

Volvió a la mesa. Dijo:

—Me temo que tendré que irme temprano después de la cena, Naomi. No te enojas, ¿verdad?

—¿Es una fiesta? —dijo Brisket.

Harriet dijo:

—No te llevaría conmigo aun si lo fuese, corazón.

—No quería ir, de todos modos —dijo Brisket—. No sin saber más al respecto. Tengo mi orgullo, aunque no lo creas.

Wauchop miró a Brisket al otro lado de la mesa como si no le cayera muy bien. Brisket devolvió la mirada a Wauchop con su expresión de ávida indagación. La señora Race hablaba de todos los libros que había estado leyendo. La cena era uniformemente insípida excepto por el Sauternes, que estaba bien pero tibio. Atwater dijo:

—¿Creo que conoces a Nosworth de mi museo, Naomi?

Jennifer le dijo a Wauchop:

—Le decía al señor Atwater que pienso que su trabajo debe ser sumamente interesante.

—Pero por supuesto, un amor —dijo la señora Race—. Tenía unos tobillos tan lindos, aunque no sé por qué lo digo, ya que no lo he visto desde antes de la guerra. ¿Cómo está?

—Bastante desmejorado.

—Desde ya, es un hombre que carece completamente de vicios —dijo la señora Race—. Aunque confieso que una vez lo sorprendí merodeando en la costa de Roedean, cerca del colegio para chicas, cuando veraneaba en Brighton. Dijo que estaba en una excursión.

—¿Les gustan los colegios de chicas, no? —dijo Brisket, mirando a Wauchop. Wauchop simuló no haber oído. Harriet dijo:

—Mi querido Walter, no seas absurdo.

Jennifer le habló a Wauchop sobre sus cuadros. Harriet le habló a la señora Race sobre zapatos.

La señora Race dijo:

—Este es el licor. Viene de los Balcanes. Deben probarlo. Algunos piensan que es delicioso. Tomarás un poco, ¿no es así, Wauchop?

Atwater le habló a Brisket sobre la última aventura amorosa de Pringle.

—Sabes que nunca me niego a un trago, Naomi —dijo Wauchop.

Harriet dijo que no bebía licores salvo brandy, y Brisket dijo que su médico le había prohibido beber en absoluto cualquier licor. Los otros bebieron un poquito.

—*Salute* —dijo la señora Race.

—Por nuestras mujeres —dijo Wauchop.

Todos bebieron. Atwater no lo escupió porque estaba acostumbrado a tomar bebidas desagradables y porque sólo había dado un sorbito, y además habría tratado de no hacerlo aun cuando hubiese bebido más que un sorbo, por consideración a los sentimientos de la señora Race. Wauchop engulló su copa de un trago y empujó la silla hacia atrás y se cubrió la boca con la mano. Atwater, desde el borde de la mesa, vio el cuello de Wauchop cambiar de color.

—¿Te doy unas palmaditas en la espalda? —le dijo Brisket a Wauchop, pero no se aventuró a intentarlo. Observó con los demás la cara de Wauchop y sus venas hinchándosele en la frente.

—¿No te gusta? —dijo la señora Race—. Algunos piensan que es muy bueno.

—Me parece un poco dulce —dijo Atwater—, encendiendo otro cigarrillo y terminando los restos de su café.

Jennifer lo había soportado bien. Como Atwater, solo había dado un sorbito y se quedó ahí sentada con la cara enrojecida.

—Pronto te sentirás mejor, Wauchop —dijo Harriet—. Lo tomaste demasiado rápido.

—¿Anoche en la fiesta Susan Nunnery era la del vestido rojo? —dijo Atwater.

La señora Race dijo:

—¿No la conoces? Puede que venga esta noche. Bebe un poco de

agua, Wauchop. Te sentirás mejor.

Harriet dijo:

—Bueno, ahora debo irme. Naomi, perdón por volar tan temprano. Nos vemos pronto. Te llamaré.

—¿En serio debes irte, Harriet?

—Sí, querida, en serio —dijo Harriet—. Le besó la mano y salió por la puerta. La señora Race se dirigió al grupo y dijo:

—Es deliciosa, ¿no? Un toque de exotismo, claro, pero eso es una gran ventaja estos días. Podría llegar muy lejos si se tomara la molestia.

Brisket dijo:

—Algunos de los mejores de nosotros somos poco ambiciosos.

—Deberías sacarte el cuello —le dijo Atwater a Wauchop—. Estoy seguro de que a Naomi no le molestará.

—Sí, sácate el cuello, Wauchop —dijo la señora Race—. Si realmente te sientes mal. No me gusta oírte toser de esa manera. Subamos y te lo quitas ahí en el otro cuarto.

—Puedo darte una mano para subir las escaleras —dijo Brisket, pero Wauchop, aún silente, lo apartó.

En la sala de estar, la señora Race encendió el tocadiscos. A menos que alguien se lo impidiera, solía poner Wagner, pero esta noche puso los discos que había comprado durante la guerra. Eran en su mayoría grabaciones ruidosas y prefirió usar agujas altas para que el tocadiscos ahogara en la medida de lo posible la tos de Wauchop. La señora Race le dijo a Brisket:

—¿Mirarías esta pila? Esta noche no veo bien y quisiera que todos escucharan *Bélgica le puso un freno al Kaiser*.

Jennifer dijo:

—Me encantan estas viejas canciones de guerra, ¿a usted no, señor Wauchop?

Ella había desistido de tomar el resto del licor y pronto se había recuperado del primer sorbo. La señora Race le había insistido a Atwater que llevara el suyo arriba, pero él había aprovechado la búsqueda de los discos para tirarlo en un florero lleno de tulipanes. Wauchop no contestó, aunque manifestó su mejoría haciendo un movimiento de cabeza. Se quedó sentado sin el cuello, su pescuezo intensamente rojo.

—¿Adónde iba Harriet?

La señora Race dijo:

—Con Gosling, supongo. A menos que ella se porte bien, eso no

durará mucho.

—Anoche estaba con un norteamericano llamado Scheigan.

—¿Sí? —dijo la señora Race—. ¿Cómo te sientes ahora, Wauchop?

Wauchop dijo:

—Tengo una rana en la garganta.

El licor de los Balcanes lo había apagado considerablemente. Cada tanto los discos se trababan.

—Esta es una de las gemas de la colección —dijo la señora Race, poniendo *Yip I Addy I Ay*.

Wauchop se sentó con amargura, sin el cuello.

Brisket dijo:

—¿Has oído algo de Undershaft, Naomi?

—¿El tailandés?

—Sí.

La señora Race dijo:

—Creo que es tan sensato.

La noche había adquirido cierta melancolía. Wauchop lucía recuperado, pero sin cuello. Atwater y Brisket hablaban sobre Pringle. Jennifer inspeccionaba los discos. Abajo sonó el timbre. La sirvienta entró.

—La señorita Nunnery —dijo.

Susan Nunnery entró muy rápido. Vestía ropa de día y un sombrero. Dijo:

—Qué tal, Naomi. No sabía que era una fiesta. Solo pasaba por aquí para decirte buenas noches. Estoy tan cansada que debo irme a la cama de inmediato.

La señora Race dijo:

—No creo que conozcas a Jennifer. ¿Conoces a los demás, cierto?

—Sí, conozco a los demás —dijo. Miró a Atwater. Él tuvo de nuevo la impresión de que ella no pertenecía a la habitación ni al contexto en el que estaba. Parecía separada del resto, como alguien en otra dimensión. La miró sin pensamientos específicos, excepto el de sentirla separada del resto. Se preguntó por qué lo hacía sentir así. Susan Nunnery dijo:

—¿Por qué no tienes puesto el cuello, Wauchop?

Brisket dijo:

—Wauchop acaba de tener un ataque. Pensamos que tendríamos que deshacernos del cuerpo.

Wauchop dijo:

—Ah, Susan. Últimamente no nos cruzamos nunca.

En los últimos minutos se había recuperado bastante y casi había conseguido controlar la tos.

—¿Por qué será? —dijo ella.

—Si Wauchop hubiera muerto —dijo Brisket—, hubiéramos tenido que coserlo dentro de un saco y arrojarlo desde el Embankment.

—Harriet estuvo aquí —dijo la señora Race—, pero se fue muy temprano.

—¿Harriet Twining?

—Va a terminar mal, si no se cuida.

—¿Qué ha estado haciendo?

—Ha estado muy imprudente —dijo la señora Race, a quien evidentemente la conducta de Harriet esa noche la había irritado.

Susan Nunnery dijo:

—Bueno, debo irme a la cama. De veras me tengo que ir. Hace un mes que no duermo. Solo vine a decir buenas noches.

—Yo te llevo, Susan —dijo Wauchop—. También debo partir. Espera un momento que me ponga este cuello.

—Oh, ¿se va, señor Wauchop? —dijo Jennifer.

—No te molestes —dijo Susan Nunnery—. Sabes que no te queda de camino.

Wauchop hizo un gesto para demostrar cuán placentero y poco problemático sería llevarla en un taxi con él. Se había recuperado considerablemente.

—Bueno, buenas noches, Naomi.

Ella se giró.

—Adiós —dijo.

Wauchop se acercó al espejo, una pieza estilo Imperio con cristal del período, para controlar que su corbata estuviera derecha. Durante unos segundos examinó las deformaciones color gris que el cristal ejercía sobre su cara. Jennifer dijo:

—¿Puedo ayudarlo, señor Wauchop?

Atwater le dijo a Susan Nunnery:

—¿Cuándo te veré otra vez?

—Podríamos encontrarnos.

—¿Estás en la guía?

—Sí —dijo ella—, estoy en la guía. Con el nombre de George Nunnery.

Brisket dijo:

—Debes cuidarte de Wauchop esta noche. No se siente bien. Tomaré el autobús donde paran los taxis, así que caminaré con ustedes hasta ahí. De hecho, pensándolo bien, podrían alcanzarme un trecho.

—Sí, claro que sí —dijo Susan.

—Adiós —dijo la señora Race—. Vuelvan pronto.

La señora Race, Atwater y Jennifer se quedaron solos. Jennifer dijo:

—Qué hombre tan agradable es el señor Wauchop. Qué hombre tan agradable. Y sé muy bien cómo son estos grandes hombres. Son siempre un manojo de problemas.

—Wauchop sería inobjetable —dijo la señora Race—, si no hablara tan alto. A mí no me molesta lo que dice, a diferencia de otras personas. Pero grita tanto.

—Y que un pintor tan conocido sea así de sencillo —dijo Jennifer—. Para nada presuntuoso. Los grandes hombres son en realidad como niños, ¿no le parece, señor Atwater?

—Sí.

—Claro que todos los hombres son como niños grandes. Eso es lo que siempre le digo a mi hermano y siempre dice que estoy muy equivocada, y supongo que está de acuerdo con él, ¿no, señor Atwater?

—Sí.

—Pero sabe que es así.

—¿Somos así?

—Sí, claro, ustedes son todos así —dijo Jennifer—. ¿No es verdad, señora Race?

La señora Race dijo:

—Te ves soñoliento, William.

8

—¿Y cómo estaba la señora Race? —dijo Nosworth.

Atwater dijo:

—Goza de buena salud.

—¿Quiénes estaban?

—Wauchop, entre otros.

—¿Sí? Vaya, vaya.

—Eres muy quisquilloso con la gente que conoces.

Nosworth dijo:

—Las personas quisquillosas con sus conocidos son unas incivilizadas. Nobles incivilizadas.

Afuera llovía y llovía y llovía. El agua fluía por las canaletas del museo y una mancha de humedad empezó a aparecer en la esquina superior de la pared que enfrentaba el escritorio de Atwater. Ese día el museo estaba lleno de gente que había ido a refugiarse de la lluvia, gente que jamás había pisado un museo, que vagaba dejando charcos de barro, intimidada por las exhibiciones e intercambiando bromas cohibidas entre sí. Atwater, que había pasado la mayor parte del domingo acostado en la cama, se sentía cansado. Lo meditó durante un rato y después llamó por teléfono a Susan Nunnery y la invitó a cenar. Lola llamó más tarde para cambiar el día de su visita.

PARTE II
Perihelio

9

Cuando fue a ver a Lola, Gwen Pound, a quien Undershaft había definido una vez como el tipo de chico capaz de ganar una beca de Química, abrió la puerta. Ella y Atwater se conocían de vista. Atwater dijo:

—¿Está Lola?

—No se encuentra en este momento.

—Supongo que regresará pronto, ¿no?

—¿Te esperaba?

—Sí —dijo Atwater—. Ella me llamó.

—¿Lo hizo?

—Sí.

—Entra —dijo Gwen Pound—. Volverá pronto. Atwater entró. La habitación tenía cositas clavadas en las paredes y dos grandes velas de color rojo sobre la repisa.

Había un diván, pero ese era el único lugar donde uno podía sentarse. Gwen Pound dijo:

—¿Querrás un cigarrillo? Me temo que no hay nada para tomar.

Atwater se sentó. Ella dijo:

—¿No has venido aquí antes, verdad?

—No. ¿Hace mucho que viven aquí?

—Casi dos años.

Ella dijo:

—Lamento mucho que no tengamos nada para darte de tomar.

—No quiero un trago, en verdad.

—A veces tenemos bebidas aquí —dijo ella—. Pero siempre se las toman.

—Oh, sí, lo sé.

—Siempre me parece horrible no tener nada que ofrecer a las personas cuando vienen.

—No pasa nada, en serio.

—Oh, sí, me parece horrible.

Ella dijo:

—Lola no tardará en llegar, espero.

Atwater dijo:

—Debería llegar en breve, porque me dijo que viniera más o

menos a esta hora.

—¿Ella te llamó?

—Sí, me llamó ella.

Gwen Pound dijo:

—No te molesta que siga haciendo esto, ¿verdad? Tengo que usarlo esta noche.

Atwater dijo:

—Por supuesto que no. Qué bonitas son aquellas velas.

—Sí, son lindas, ¿no?

—Me gustan bastante las velas en la habitación.

—Sí, son lindas.

—Por supuesto, el único momento en que realmente uso las velas es cuando se corta la luz, que es bastante seguido.

—Nosotras las preferimos. Dan una luz tan agradable.

Lola llegó poco después. Había comprado una botella de jerez. Le sonrió a Atwater.

—¿Llegaste hace siglos, William? —dijo ella.

Gwen Pound dijo:

—Qué bueno que hayas conseguido eso. Le decía que me daba mucha pena que no tuviéramos nada para tomar.

—¿Dónde está el sacacorchos? —dijo Lola.

—Dámelo —dijo Gwen Pound—. Yo la abriré.

Atwater dijo:

—Permíteme.

—No, yo la abriré.

—Por favor, déjame abrirla —dijo Atwater.

Lola dijo:

—Gwen la abrirá. Las abre muy bien.

Gwen enroscó bien hasta abajo y tiró del corcho. Salió casi entero y Gwen fue a buscar unas copas. Lola atravesó la habitación hacia él. Él tomó su mano. Ella dijo:

—Perdón por hacerte esperar. ¿Cómo te llevaste con Gwen?

—Bien.

—¿Sí?

—Sí.

Gwen volvió con las copas. Todavía tenía la cara algo rosada por el esfuerzo de sacar el corcho de la botella de jerez, lo que la hacía menos repelente. Lola dijo:

—Consigue algo para filtrarlo, Gwen, así no lo servimos lleno de corcho.

Gwen sirvió tres copas de jerez a través de un pañuelo. Dijo:

—Tomaré un trago rápido antes de salir.

Lola dijo:

—¿Vas a salir, Gwen?

—Sí, tengo que salir.

—¿Adónde vas?

—Oh, debo ir a un lugar.

—¿En serio tienes que irte?

—Sí, de verdad.

—Lo siento tanto —dijo Lola—. Hubiéramos podido cenar todos juntos.

—No, tengo que salir.

—Tú no te tienes que ir, ¿verdad? —le dijo Lola a Atwater.

—No, no me tengo que ir.

—Debo irme en breve —dijo Gwen—. Solo quería quedarme para abrirles la botella.

—Qué dulce de tu parte, querida —dijo Lola—. ¿No fue muy dulce? —le dijo a Atwater. Atwater dijo que sí, que pensaba que sí. Gwen se alegró un poco con lo que dijo Lola. Dijo:

—Saben, creo que puedo sacar un corcho tan bien como cualquier hombre.

Lola dijo:

—Por supuesto que puedes, Gwen querida. Siempre dije que podrías —le dijo a Atwater—: Gwen puede sacar un corcho tan bien como cualquier hombre, ¿no?

Atwater dijo:

—Sí, por supuesto que puede. Hay hombres que ni siquiera saben cómo hacerlo. Y muchos corchos quedan dentro de la botella. A mí siempre me pasa.

—Gwen casi nunca los rompe —dijo Lola—. ¿No, Gwen?

—No, no los rompo seguido. Este es el primero que he roto en años.

—¿Adónde vas esta noche, querida?

—Oh, no creo que les interese mucho.

—¿Dónde, querida?

—Con ese viejo espantoso.

—Oh, Gwen.

—Esa criatura vieja y horrorosa. Tiene casi setenta años. No creerían las cosas que dice —dijo Gwen mirando de reojo a Atwater, que hizo una mueca convencional para expresar

desaprobación y sorpresa.

—Gwen querida, ¿es sensato?

—Sé cómo cuidarme, cariño.

—¿De verdad lo sabes, querida?

—Mejor que tú, cariño.

—No logro entender por qué ese viejo bruto revolotea tanto a tu alrededor.

Gwen dijo:

—Oh, no es en realidad tan malo. Tiene buenas intenciones y es muy amable.

—Pero ¿de veras?

—Oh, sí, tiene buenas intenciones.

—No estoy tan segura de eso.

—En fin, querida, es mi amigo y no el tuyo.

—Oh, no es para nada mi tipo, Gwen.

Gwen dijo:

—Bueno, ahora debo irme. Ya estoy bastante atrasada —y dijo a Atwater—: Adiós.

—Adiós. Ojalá volvamos a encontrarnos pronto.

Gwen se marchó dando un portazo.

—Ven y siéntate aquí —dijo Lola—. ¿No es agradable Gwen?

—Sí, ¿no?

—Es un amor —dijo Lola.

Más que nunca tenía el aspecto de un chico precoz. Atwater dijo:

—¿Vas a mostrarme algunos de tus carteles?

—Ahora no. Sentémonos aquí.

Atwater agarró su mano.

—¿Cuándo me viste por primera vez en la fiesta? —dijo ella.

—Oh, en cuanto entraste.

—Creo que a veces a las personas les pasa eso sin previo aviso, ¿no?

—Seguro que sí.

—¿Siempre estás enamorándote de la gente?

—Sí, siempre.

—Tonto.

—Estoy seguro de que todos se enamoran de ti —dijo él.

—No, no lo hacen.

—Estoy seguro de que sí.

Adoptando una voz seria dijo:

—¿No crees que la selección sexual es extremadamente

importante?

—Por supuesto.

—No —dijo ella—. Me estás lastimando. No hagas eso.

—¿Dónde vamos a cenar esta noche?

—Donde tú quieras.

—¿Dónde te parece?

—No —dijo ella—. No te doy permiso.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Lo haré.

Ella dijo:

—Me alegra que nos hayamos encontrado. Pero pórtate bien.

Lenta, pero muy deliberadamente, el siniestro edificio de la seducción, chirriante e incongruente, surgió como un vasto mecanismo de Heath Robinson controlado a dúo y tristemente torpe bajo el horizonte del convencionalismo. Obedeciendo a una suerte de agresiva destreza, sus emociones mutuamente adaptadas se sincronizaron hasta que el inevitable anti-clímax estuvo al alcance de la mano. Más tarde cenaron en un restaurante muy cerca del departamento.

10

Pringle caminaba de arriba abajo en su estudio. Caminaba con torpeza, como si las articulaciones de sus rodillas fueran flexibles y pudiera irse al piso en cualquier momento. Ningún sastre era capaz de hacer ropa a su medida, así que sabiamente había empezado a usar una especie de traje semielegante basado en lo fundamental en prendas adquiridas en los puertos franceses. El estudio era cómodo, con agua caliente y fría en una esquina para lavarse las manos después de pintar. Pringle dijo:

—Desde que vi por última vez a Olga he perdido el interés en las mujeres.

Atwater dijo:

—¿Qué pasó con Olga?

—No sé.

—El otro día la vi en la calle.

—Por otro lado no puedo evitar sentir que son algo necesarias.

—¿Qué?
—Las mujeres.
—Oh.
—Sí. Prescindes de ellas por un tiempo y después te encuentras pensando en ellas otra vez.
—¿Te parece?
—No por ahora. Puede que pronto.
—¿Qué tan pronto?
Pringle dijo:
—No sé. Bastante pronto, creo.
Se paseó por la habitación. Atwater dijo:
—¿Tienes en mente a alguien en especial?
—No. Nadie en especial.
—Olga me caía bien.
—Por un rato estuvo bien.
Atwater cambió de posición. La pierna izquierda se le había acalambrado. Pringle dijo:
—¿Por qué te mueves tanto?
—Es la silla.
—Es incómoda. Me senté ahí la otra tarde.
—Muy incómoda.
—Es española. La compré barata porque se le han roto algunos de los adornos de la parte de arriba.
—No se nota mucho.
—No se nota para nada —dijo Pringle—. ¿Olga estaba sola?
—Que yo sepa. Sólo la vi desde el autobús.
—Alguien la vio con un hombre moreno. Tenía un diente de oro.
—Cuando yo la vi estaba sola.
—Por supuesto, tal vez estaba yendo a verlo.
—O volvía de verlo.
—Sí. Bien podría haber estado volviendo.
—Tenía el aspecto de estar volviendo.
—En cualquier caso —dijo Pringle—, por el momento he terminado con ellas. Cada tanto uno ve a alguien que lo atrae, pero no pasa muy seguido. Por ejemplo, pensaba que esa chica con la que fuimos a la fiesta la otra noche (Harriet Twining, ¿se llamaba así?) era en cierto modo atractiva.
—La gente se vuelve loca por ella.
—Eso es absurdo, desde luego, porque no es para nada hermosa. Pero hay algo atractivo.

—Se parece un poco a Olga.
—En lo más mínimo. No tiene tan buena figura.
—Aun así, me recuerda a ella.
—Un tipo completamente diferente.
—Oh, no.
Pringle dijo:
—Son absolutamente diferentes. Es una locura sugerir que se parecen.
—La otra noche dijiste que ahora todas las mujeres te parecían iguales.
—Bien, cambié de opinión. Tengo todo el derecho a hacerlo, ¿no? Estás molestándome deliberadamente.
—No te irrites.
—¿Estás tratando de enojarme? No está resultando. No pasó nada que pueda hacerme perder la paciencia.
—En ese caso no tienes por qué enojarte. Sólo te molestó que dijera que Harriet se parece a Olga.
Pringle dijo:
—¿Por qué demonios debería importarme si se parecen o no? Ya me deshice de Olga y no conozco a Harriet Twining.
—Deberías llamarla uno de estos días —dijo Atwater.
—¿Llamar a quién?
—A Harriet Twining.
—¿Por qué?
—Creo que le gustaría salir contigo.
—No sé dónde vive.
—Yo sí.
—¿Sabes su número?
—Sí.
—Dámelo antes de partir —dijo Pringle—. Tal vez lo necesite en algún momento. Si hago una fiesta, por ejemplo.
—En tu lugar, tendría mucho cuidado con ella.
—Soy bastante capaz de cuidar de mí mismo.
—No me da la misma confianza.
—Tus opiniones no me interesan.
—Si te doy el número de teléfono —dijo Atwater—, insisto en darte también mis opiniones. Puedes tomarlo o dejarlo.
—Tomaré el número de teléfono y dejaré las opiniones.
—Entonces lo lamentarás.
—Ya veremos.

—Mientras tanto, ¿qué tal tu exposición?

Pringle dijo:

—Dicen que no son suficientes, así que tengo que pintar tres cuadros más para fines de la próxima semana.

—Tú eres capaz.

—Por supuesto que soy capaz. Pero es aburrido. Es el momento de tomar mi medicamento. Si lo dejo para más tarde probablemente lo olvide.

Atwater dijo:

—El otro día vi a Barlow. Hará una exposición en octubre.

Pringle dijo:

—Esa chica Sophy es una muchacha agradable. Tiene suerte de tener a una chica como esa.

—Sí, tiene suerte de tener una chica así.

—Creo que debería casarse con ella.

—¿Sí?

—Sí, creo que debería casarse con ella —dijo Pringle. Sacó con los dientes el corcho de la botella de medicamento y sirvió un poco del remedio en una taza china sobre la que se leía «Brighton, 1895». Dijo:

—He tomado la casa en el campo de la que te hablaba el otro día. Está cerca del pueblo donde vivía Undershaft.

Colocó la taza en sus labios y, poniendo los ojos en blanco, tragó la mezcla.

11

El restaurante estaba casi en penumbras, y hacía recordar al trópico antes de un tifón. Wauchop se hallaba en la esquina sentado a una mesa con dos chicas. Aparte de ellos, y de un actor que comía una ensalada, la sala estaba vacía. Atwater y Susan Nunnery tomaron la mesa junto a la puerta. A primera vista, a Atwater le pareció que una de las chicas de Wauchop era Lola, pero cuando ella giró su cabeza vio que no era tan joven. Wauchop saludó a Susan cuando entraron y derribó su botella de vino blanco alemán, pero la chica que se parecía a Lola impidió que se cayera de la mesa. Entonces Wauchop se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido estridente. Atwater y Susan se sentaron, y unos minutos después el mozo les

trajo un menú.

—Esto no es vida —dijo el mozo—. De ocho y media de la mañana a doce y media de la noche, siete días a la semana. —Era un hombre avejentado, surcado por los desengaños menores de una incontable cantidad de años.

—Está deteriorado —dijo Atwater.

—Pobrecito —dijo Susan.

Atwater dijo:

—¿Qué te gustaría comer?

—Cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Oh, sí, cualquier cosa.

Atwater pidió la comida. El mozo dijo:

—Ese plato tarda veinticinco minutos.

Atwater dijo:

—Tengo toda la vida por delante.

El mozo se fue, sacudiendo la cabeza.

—¿Qué haces? —dijo ella.

—Trabajo en un museo.

—¿Puedo ir a visitarte?

Atwater dijo:

—Si me avisas cuándo vas a venir. Hay unas vitrinas especiales que no se muestran al público.

—¿Son simpáticas?

—Algunas sí.

—Me encantaría verlas.

—Ven, entonces.

—Te llamaré alguna mañana.

—Avísame más o menos una hora antes —dijo Atwater—. A algunas hay que desenvolverlas.

Pasó un tiempo considerable pero no totalmente excesivo antes de que viniera la comida, y poco después llegó también el vino. Comieron un poco. El restaurante se llenaba. La mujer alta que había dado la fiesta entró acompañada de varios hombres, la mayoría con bigotes y corbatas blancas. Tenía unos cuarenta años, y era muy alta y vestía bien, pero no era lo suficientemente delgada. Le sonrió a Susan a través de la sala. Atwater oyó al mozo decirle a la pareja a sus espaldas:

—Es inútil quejarse. Conseguimos algunos muy buenos, pero ahora ya pasó la temporada.

Susan se sirvió un poco más de vino. Dijo:

—Eres agradable. Debes venir a verme en algún momento. Vivo con mi padre a kilómetros de distancia de todo. Te caerá bien.

—Cuéntame de él.

—Es un hombrecito peculiar que usa un bigote de morsa.

—¿Qué hace?

—Es un fracasado.

—¿Dónde ha fracasado?

—Oh, ya no fracasa —dijo ella—. Es un fracasado jubilado, ves. Debes conocerlo.

—Me gustaría.

Wauchop se acercó a hablar con ellos. Cruzó la habitación con extrema precaución y cuando llegó apoyó las dos manos sobre la mesa. Saludó con la cabeza a Atwater y dijo:

—¿Y cómo está Susan?

Atwater dijo:

—Esta noche leí mucho sobre ti en el diario vespertino.

Wauchop se pasó la mano por la frente.

—Si supieran —dijo—. Si supieran cuán doloroso es ese tipo de publicidad para un hombre de mi constitución mental. Duele. Duele terriblemente.

—Espero que te hayas recuperado del licor de los Balcanes.

Wauchop hizo uno de sus movimientos envolventes con las manos. Giró hacia Susan y dijo:

—¿Y cuándo vas a venir a posar de nuevo para mí, preciosa?

—¿Cuándo quieres que lo haga?

—¿Por qué no la semana que viene?

—Si quieres.

—¿Qué tal el jueves?

—Sí.

—El jueves, entonces.

—A la misma hora del otro día —dijo ella—. Te llamo si veo que no puedo ir.

Wauchop se encorvó hacia el suelo. Había bebido demasiado vino blanco. Lo vieron llegar a su mesa ileso y sentarse y poner sus brazos alrededor de las dos chicas. En esa posición era capaz de inclinar su silla hacia atrás con relativa seguridad.

Atwater dijo:

—Debemos arreglar cuándo vendrás al museo.

—¿Cuándo te parece?

El mozo les trajo más comida.

Harriet Twining y Arthur Gosling cruzaron el umbral. Harriet decía:

—Por el tiempo que te tomaste pensé que esperabas que pagara el taxi.

Lucía un vestido de noche y se veía bastante satisfecha consigo misma. Cuando vio a Susan dijo:

—Hola, querida. Qué bonito traje.

—Harriet, qué linda te ves.

—Querida, te ves fantástica.

—¿Cómo estás, Susan? —dijo Gosling—. Tenía puesto un saco cruzado. Era un hombre joven bastante calvo y parecía más bien un galgo desastrado. Estaba menos complacido que Harriet.

—¿Por qué no me llamas en algún momento? —dijo él—. Hace siglos que no salimos juntos.

—Lo haré.

—Hazlo.

—Vamos —dijo Harriet—. Nos vemos más tarde, cariño.

Hizo una mueca y ella y Gosling se trasladaron a su mesa. Atwater vio a Wauchop levantarse para hablar con ellos. Susan dijo:

—Eres amigo de Undershaft, ¿no?

—¿Lo conoces?

—Solía. Oí que ya no le interesan las mujeres blancas.

—Está en Nueva York.

—Tendría que ir allá.

—Te llevaré.

Barlow entró al restaurante. Tenía puesto su pequeño sombrero y llevaba una pipa en la boca, pero no encendida. Le dijo buenas noches a Susan y a Atwater.

—Alguien dijo que esta noche Julia estaría aquí. Pero supongo que se equivocaron.

—No la he visto.

—No tiene importancia. Sólo se me ocurrió venir a ver si estaba aquí. Eso es todo.

—Tal vez venga más tarde.

—Tal vez vuelva más tarde hoy a la noche —dijo Barlow, y se fue.

Comieron. La comida era buena.

Atwater la vigilaba por el rabillo del ojo. Tenía pequeñas manos blancas y uñas rojas y una pulsera pesada en una de las muñecas.

Ella se había sacado el sombrero y lo había colgado en un perchero detrás de su silla. Ahora que estaba sentado a su lado era posible creer en su existencia, porque en las sombras de esta sala era más real, y aunque ese aspecto de diferencia no la abandonaba, parecía menos extrínseca a su fondo. Atwater dijo:

—Podríamos pedir otra botella.

—¿Realmente me mostrarás las vitrinas especiales?

—Por supuesto.

Le encendió el cigarrillo y dijo:

—Qué pena que no nos hayamos conocido antes.

—Ahora debemos compensarlo.

—Eres tan encantadora.

Ella le sonrió.

Él repitió que pensaba que era encantadora, y estaba en tren de elaborar una fórmula menos pedestre cuando atravesó la sala la mujer que había dado la fiesta y les dijo:

—Puedo hablar contigo un momento, Susan. Mi grupo se ha puesto un poco tedioso. —Tenía grandes ojos como de vaca, y los miraba sin sonreír.

—Este es el señor Atwater —dijo Susan—. Va a mostrarme las piezas más indecentes de su museo.

Ligeramente despabilada, la mujer alta dijo:

—¿Entonces eres coleccionista?

Atwater dijo:

—Soy conservador de una parte de la colección nacional.

—Qué maravilloso —dijo con poca sinceridad. Se sentó y Atwater le sirvió algo de vino. Susan dijo:

—¿No se ve Harriet encantadora esta noche?

—Pero tú te ves tan bien, Susan.

—Estoy tan gorda.

—Querida, yo *soy* tan gorda.

—Tendré que hacer esa dieta de las proteínas.

La mujer alta dijo:

—Hay un lugar justo afuera de Múnich donde hacen tratamientos. Dicen que es muy bueno.

—¿No fue Mildred ahí?

—Fue por los nervios.

—¿No hacen eso también?

—Mildred fue a ver a ese hombre en Versalles. Te hace fregar los pisos. Es un curso de seis meses y prohibitivamente caro.

Mildred dijo que después de esa experiencia se sentía muy diferente. Luego hay lecturas de Croce por la tarde. Si no entiendes italiano es espantoso. Te hacen escucharlo igual.

Atwater dijo:

—¿Es para ambos sexos?

La mujer alta dijo:

—Podría averiguar con Mildred si piensas ir. —Lo miró sin interés a través de sus grandes ojos acuosos.

—No creo que lo haga.

Susan dijo:

—Sí, hazlo.

Uno de los hombres que estaban en la mesa que la mujer alta había abandonado se levantó y cruzó la sala. Era casi de la misma edad que la mujer y, al igual que a ella, la ropa le calzaba muy bien. Era moreno y tenía bolsas debajo de los ojos y una nariz bastante grande, pero el efecto general no era malo y apenas si parecía judío. Se había arreglado el bigote para sugerir que formaba parte de la Brigada de Guardias, pero aunque plausible no era realmente convincente. De todas formas, lo llevaba bastante bien y no parecía tonto. Le dijo a la mujer alta:

—¿Por qué nos abandonaste?

—Este es el señor Verelst —dijo ella—. ¿Conoces a Susan, verdad?

—Creo que nos hemos visto antes.

—Por supuesto que sí.

—¿Puedo sentarme un momento? —dijo Verelst.

—Por favor —dijo Atwater—. Mozo, traiga otra copa.

Los gritos provenían de la mesa de Wauchop. A una de las chicas que lo acompañaban, una modelo, le había dado un ataque de risa. Era una chica linda pero de boca fea y rio y rio hasta que la risa se convirtió en una especie de sollozo. Wauchop y la otra chica que se parecía a Lola también se reían, pero no tan alto. La mujer dijo:

—Wauchop se está divirtiendo esta noche.

Verelst dijo:

—Durante la guerra estuvimos en el mismo cuerpo durante un corto tiempo.

—¿Cómo era en ese entonces? —dijo Atwater.

—Muy similar a como es ahora. Solo que, claro, te disparaban por deserción si lo usabas como excusa para dejar el país.

Susan dijo:

—A mí me gusta mi Wauchop. Ustedes hablan así porque están celosos, los dos.

—Está bien —dijo Verelst—. Si estás con él mucho tiempo te deja estrés postraumático, pero está bien.

—Dicen que va a casarse con una de esas chicas —dijo la mujer alta.

Verelst se quedó mirando a Susan. Se veía bastante distinguido, pero su ropa le calzaba demasiado bien en el mal sentido y las bolsas debajo de los ojos lo hacían parecer más cansado de lo que realmente estaba. Observó a Susan por un rato y después dijo:

—Es absurdo que no nos hayamos cruzado en tanto tiempo.

—Sí. ¿No es así?

—Debes salir conmigo —dijo él. Le dijo a Atwater—: Es tan grosero de mi parte venir y sentarme a su mesa de esta manera. Espero que me perdones.

La mujer alta dijo:

—Hablábamos de ese lugar al que fue Mildred por el tema de los nervios.

Verelst dijo:

—La obligaron a hacer camas todo el tiempo, ¿no?

Pero en realidad lo que le habían hecho a Mildred no le interesaba. Le dijo a Susan:

—¿Todavía vives en el mismo lugar?

—En la guía. Con el nombre de George Nunnery.

Verelst le dijo a Atwater:

—Qué inteligente de tu parte saber que aquí este es el único vino tomable.

Tenía buenos modales y dejó de mirar a Susan al dirigirse a Atwater.

Atwater dijo:

—Esta noche me pareció un poco más pesado que de costumbre.

Verelst dijo:

—Por supuesto, deberías ir al lugar donde lo hacen. Viví en esa zona por un tiempo, un año o dos.

—¿En serio?

—Si alguna vez te dieran ganas de ir podría darte la dirección de un hotel absolutamente excelente. Su comida es comparable a la de cualquier otro lugar de Europa que yo conozca.

—Dame la dirección antes de irte.

—Lo haré —dijo Verelst—. Claro que el lugar siempre está lleno

de gourmets internacionales, si puedes soportarlo —y dijo a Susan —: Te llamaré, entonces.

—Hazlo.

La mujer alta dijo:

—A Mildred le debe haber hecho mucho bien hacer cosas como fregar los pisos. Siempre era un manojo de nervios.

Atwater dijo:

—¿Conoces a muchas personas que hayan ido a ese lugar?

La mujer alta dijo:

—Bueno, no todos pueden permitírselo.

Entró Barlow otra vez. Le dijo a Atwater:

—Supongo que no ha habido señales de Julia.

—No, ninguna señal.

Barlow todavía llevaba puesto el sombrero, pero tenía la pipa en la mano.

—Debe haber ido a otro lugar —dijo—. En ese caso me retiraré a la cama. —Se marchó.

Harriet y Gosling vinieron desde su mesa. Harriet dijo:

—¿Podemos acompañarlos? Traemos nuestra botella. No está para nada terminada. —Llevaba la botella en la cubitera, y puso la cubitera en la mesa. Gosling dijo:

—Por allá es imposible escuchar nada. Wauchop hace tanto ruido.

—¿Todos se conocen? —dijo Atwater. Quiso que llegaran muchas más personas y hablaran y bebieran y se sentaran a la mesa y concertaran citas con Susan y le dieran buenos consejos y discutieran el uno con el otro, porque entonces se volvería gracioso y tal vez se le pasaría el enojo. La mujer alta le dijo a Harriet:

—¿No era amigo tuyo el que estuvo echado en el piso durante tanto tiempo en mi fiesta?

Harriet dijo:

—Bueno, sí. Me había olvidado de él. Es un viejo bastante tierno. Se llama Scheigan. Es un editor norteamericano y se va a encargar de mi libro cuando esté terminado.

—Los norteamericanos siempre acumulan gran cantidad de espíritu festivo mal canalizado —dijo Gosling—. Hace dos años vino uno a una fiesta que hice y tomó tanto que poco después murió.

—Probablemente fue la bebida que le diste —dijo Harriet—. Nunca conocí a nadie como tú. Crees que la gente tomará cualquier cosa.

—La mayoría sí. De todos modos, esta noche no tienes nada de qué quejarte. De hecho tomamos una muy buena botella.

—Sabes que odio el champagne. Que pienses que porque es tu cumpleaños debería tomarlo me supera.

—No es necesario que tomes más. Te pone de muy mal humor.

La mujer alta dijo:

—¿Dijiste que el hombre acostado en el piso de mi fiesta murió poco después?

—Oh, no, no está muerto, ¿no? —dijo Harriet—. ¿O sí? Claro que no es muy joven.

Atwater dijo:

—No murió, a menos que se cayera del taxi en el camino de regreso.

Verelst dijo:

—¿Por qué no me invitaste a tu fiesta?

—Porque no creí que ese tipo de fiesta te divirtiera.

Harriet dijo:

—Espero que el viejo Scheigan no esté muerto. ¿Te dije que su nombre de pila es Marquis?

Gosling dijo:

—Es mi norteamericano el que murió. No el tuyo.

—¿A quién llamas tu norteamericano?

—Al que vino a mi fiesta.

—Oh, el que envenenaste con malas bebidas.

Atwater deseó que se fueran todos al infierno. La noche continuó. Gosling ordenó otra botella de algo. Hablaron. Verelst dijo:

—Tengo que irme. Un auto me espera afuera. ¿Puedo alcanzar a alguien? Echó un vistazo a Susan, pero solo el tiempo justo para hacer la invitación sin volverse apremiante. Ella dijo:

—Buenas noches. Llámame algún día.

—Y a propósito —dijo Verelst a Atwater—, si tienes un lápiz podría darte la dirección de ese hotel.

—Me temo que no tengo ninguno.

—No importa —dijo Verelst—. Seguramente volveremos a encontrarnos pronto. Si no puedo pedirle tu dirección a Susan y mandártela.

Atwater dijo:

—Me atrevería a apostar que uno de los mozos tiene un lápiz.

—En cualquier caso, puedo hacértela llegar fácilmente. Eso es lo

que haré.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La mujer alta dijo:

—Supongo que ya debería regresar a mi grupo. Espero que no les haya molestado que me sentara con ustedes tanto tiempo.

Se levantó y se despidió con lánguido afecto. Susan también se levantó.

—¿No te estás yendo, no? —dijo Harriet.

Susan dijo:

—Sí, estoy cansada. De todas formas el lugar cerrará pronto —le dijo a Atwater—: Debes llevarme a casa ahora.

Se puso el sombrero. Harriet le dijo a Gosling:

—¿Dónde crees que sería divertido ir ahora?

Atwater empezó a expurgar su cuenta de algunas de las botellas de vino pedidas por otras personas. Le dijo al mozo:

—¿Y estos dos vasos de marrasquino?

—¿Marrasquino?

—Sí.

—Ahora que lo pienso —dijo el mozo—, creo que los pidió alguien anoche.

Tomaron un taxi afuera. Susan le dijo al conductor adonde ir. En el taxi dijo:

—No seas pesado. Estoy cansada.

Su casa quedaba, como había dicho, a kilómetros de distancia. El taxi giró hacia el sur justo antes de llegar a Olympia y se detuvo frente a una casa con un exterior venido a menos. Habían dividido el edificio en departamentos. La puerta de entrada no estaba cerrada con llave. La empujaron y subieron. Estaba muy oscuro y las escaleras olían horriblemente.

—Hay que subir hasta el último piso —dijo Susan.

Le agarró la mano. Subieron varios tramos de escalones más bien estrechos. La escalera estaba minada de montones de cosas abandonadas que los hacían tropezar. Cuando llegaron arriba de todo ella prendió la luz. El aire estaba perceptiblemente más fresco en el piso superior.

—Aquí es.

—Oh, ¿sí?

Se quedaron ahí parados unos segundos y ella sostuvo su mano. De repente escucharon un gran ruido que venía desde abajo.

Alguien más subía los escalones. También tropezaba con las cosas abandonadas en la escalera. Las colisiones resonaron hasta el piso superior.

—¿Quién es?

—Mi padre.

—¿Dónde ha estado?

—De fiesta.

Escucharon al señor Nunnery subir las escaleras. En el anteúltimo piso lo oyeron detenerse y maldecir. Subió corriendo el último tramo de escalones y apenas consiguió doblar la esquina sin caerse. Se dejó ver. Tenía puesto un esmoquin.

—Hola, Susan —dijo él.

—Hola.

—Vengo de una fiesta preciosa —dijo el señor Nunnery—. *Preciosa.*

—Este es el señor Atwater —dijo Susan—. Cené con él.

—Entre —dijo el señor Nunnery—. Entre y beba una copa. Creo que queda un poco de whisky. En cualquier caso, ya lo averiguaremos.

—No, es muy tarde —dijo Susan—, y estoy cansada. Te vas a la cama.

El señor Nunnery dijo:

—Mi hija es muy poco hospitalaria. Espero que no haya estado de este humor toda la noche. A veces es así. Supongo que debo desearte buenas noches.

—Buenas noches —dijo Atwater.

—Buenas noches —dijo el señor Nunnery—, buenas noches.

—Viejo desagradable —dijo Susan—. Debes conocerlo en otra ocasión. Te va a caer bien.

Escucharon al señor Nunnery estrellarse por todas partes dentro del departamento. Atwater dijo:

—Creo que fue muy amable.

—Buenas noches, cariño —dijo—. Y muchas gracias por la cena.

—Buenas noches —dijo Atwater.

12

Reconociendo a Nosworth por su andar, acelerado aun después del

almuerzo, Atwater se apuró tras él, pero no lo alcanzó hasta que dobló la esquina. Cuando vio a Atwater, Nosworth dijo:

—Voy a la exhibición de Raymond Pringle.

—Yo también.

—No me agradó mucho su padre. Una vez tuve que sentarme junto a él en una cena pública en Manchester. Me gustaría ver cómo son.

Siguieron caminando hasta que llegaron a la galería. A Pringle no le resultaba demasiado difícil conseguir muestras porque había un público pequeño pero obstinado que compraba sus cuadros, nunca lo suficiente para satisfacer al propio Pringle y solo lo justo para que a la galería le conviniera darle otra exhibición, sin nunca abandonarlo por completo.

—No, no quiero un catálogo —dijo Nosworth al hombre de la puerta, un viejo senil con cara de mono que se agitó uniformado hacia ellos con paso inseguro cuando los vio entrar, empeñado en provocar alguna molestia menor. La galería estaba casi vacía porque era la hora del almuerzo. El joven a cargo acababa de almorzar él mismo y estaba parado con su sombrero negro hablándole a dos señoras. Atwater, mientras daba una vuelta, escuchó a uno de los tres decir: «¿Uccello o Utrillo?». Nosworth pasaba de un cuadro al otro con rapidez, diciéndose a sí mismo:

—Madre mía…

Atwater había visto la mayoría de los cuadros antes, pero daba vueltas con Nosworth porque todavía no tenía certezas respecto de la identidad de algunas de las modelos y le contentaba tener la oportunidad de investigar nuevamente el asunto en una configuración renovada. Las dos señoras se fueron y el joven a cargo de la galería se quitó el sombrero y, sentándose en una mesa auxiliar, empezó a clasificar recortes de diarios. Solo había unas pocas personas en la galería. Nosworth dijo:

—No parece una exhibición privada muy exitosa. Aunque veo que uno o dos se vendieron.

—Se llenará pronto. Están todos almorzando.

El joven a cargo de la galería puso un ganchito en la esquina de un montón de recortes y los tiró en una bandeja sobre la mesa. Bostezó. Después se levantó y atravesó la sala. Le dijo a Nosworth:

—No sé si le interesa el arte moderno en absoluto. Son cosas curiosas. La primera vez que las ves casi no sabes qué hacer con ellas. Parece como si la cosa estuviera colgada boca abajo o algo así.

Pero después de un rato le agarras la mano.

—Gracias —dijo Nosworth—. Los cuadros me los explica mi amigo.

—Ese de ahí es interesante.

—¿En qué sentido?

—El escorzo está muy hábilmente trabajado.

Nosworth observó el cuadro con atención y después tomó distancia para mirar desde el centro de la galería.

—Es un pequeño lugar cerca de Marsella —dijo el joven—. Estuve ahí.

—¿Ah, sí?

—Hay algunos dibujos del artista aquí, si quisiera verlos.

—Hoy no, gracias.

—Tenemos un montón de cuadros interesantes aquí —dijo el joven—. Todos los modernos, ya sabe. Y en realidad todos los demás también. Todo, en verdad.

Nosworth dijo:

—En otro momento me los mostrarás. Todos. Da la casualidad de que ahora estoy muy apurado y, de hecho, debo irme inmediatamente.

El joven se apoyó contra la pared con las manos en los bolsillos.

—En cualquier momento —dijo—. Le gustarán.

Ya no escuchaba cuando Nosworth dijo:

—Me atrevo a sugerir que me corresponde a mí decir lo que me gusta. No a ti.

Nosworth se sentó en una silla y dirigió la mirada hacia el frente. No habló. Además de los de Pringle, Atwater miró los cuadros de otros pintores, uno o dos que habían quedado en la galería. Entró el mismo Pringle, molesto y enojado.

—Qué tal —le dijo a Atwater. Luego le dijo al joven a cargo—: ¿Alguno más vendido?

—Creo que podré colocar *Torso de muchacha.*

—¿Quién?

—Me temo que no podemos decírselo.

—Oh, ¿no podemos? —dijo Pringle—. Bueno, mientras estás aquí, algo que noté que no sucedió durante la mayor parte de la mañana, ¿qué pasó con el catálogo?

—¿Qué pasa?

—Es un compendio de horrores de ortografía.

El joven dijo:

—No nos dio la lista con suficiente tiempo para que pudiéramos hacer una prueba de corrección, e incluso a mí me costó entender su caligrafía.

Se alejó, rascándose la parte de atrás de los pantalones malhumoradamente, y se sentó otra vez a su mesa. La gente empezaba a entrar en la galería. Atwater dijo:

—¿Tuvieron público esta mañana?

Pringle dijo:

—No estuvo tan mal.

Pero se encontraba demasiado ansioso para hablar con alguien y deambulaba de arriba abajo, nervioso. Nosworth dijo:

—Tendré que regresar pronto.

Entraron más personas a la galería. Llegó Lola. Llevaba una capa y un chal de colores radiantes alrededor del cuello. Vio a Atwater de inmediato y dijo:

—Solo pasé un momento. Tengo que volar.

—Yo también.

—¿Por qué?

—Tengo que volver a trabajar.

—¿No puedes venir al cine conmigo?

—No.

—¿Por qué no?

—Tengo que trabajar.

—¿Vendrás a verme esta noche, no?

—Sí, por supuesto que sí.

—Estas son muy impactantes, ¿verdad? —dijo ella, refiriéndose a los cuadros de Pringle.

—Muy impactantes.

—¿No te recuerdan a alguien?

—A todos.

La galería se estaba llenando bastante. Se percibía cierta tensión en el aire, como si nadie estuviera muy seguro de sí mismo. Todos los conocidos de Pringle estaban ahí, y uno o dos periodistas con los que se había peleado. Pringle mismo se encontraba tan inquieto que era imposible hablarle, así que se quedó en el rincón de la sala mordiéndose las uñas. Barlow, Verelst y el señor Scheigan entraron por la puerta casi al mismo tiempo. El señor Scheigan compró un catálogo. Barlow se quedó parado y miró alrededor de la sala y después se encontró con Atwater. Dijo:

—Al parecer Raymond ha reunido a una multitud bastante

presentable.

Echó una buena mirada a Lola. Atwater los presentó.

Mientras conversaban, Pringle salió de la esquina en la que había estado y le dijo a Atwater:

—Le mandé a Harriet Twining una tarjeta. ¿Crees que vendrá?

—Nunca se sabe.

Atwater no lo creía muy probable. Oyó decir a Barlow:

—¿Por qué no vienes a verme alguna vez? —Y Lola le dio su número de teléfono. Pringle dijo:

—No es que me importe en lo más mínimo si viene o no. Pero simplemente pensé que debía enviarle una tarjeta.

Lola le dijo a Atwater:

—Bueno, debo irme ahora. Tengo una cita.

—Adiós.

—Te veré esta noche —dijo ella. Salió reajustándose el chal. Barlow dijo:

—Jamás podrás deshacerte de esa chica.

—¿Vas a hacerme una oferta?

—No —dijo Barlow—, no lo creo.

La multitud era espesa y todos hablaban. Atwater dijo:

—¿Sabes cómo se llama ese hombre moreno que está ahí y que entró justo antes que tú?

—Verelst. A veces compra cuadros.

Observaron al señor Scheigan abriéndose camino por la habitación. Trataba de mirar los cuadros como si no estuviera en curso una inauguración, y le tomó mucho tiempo dar la vuelta. Cuando los alcanzó, Barlow dijo:

—Hola, señor Scheigan.

—¡Señor Barlow! —dijo el señor Scheigan—. Esto es estupendo.

—Qué sorpresa encontrarlo aquí.

—Me enloquecen los cuadros.

—¿Lo enloquecen?

—Cuando estuve en París en el otoño —dijo el señor Scheigan—, pagué treinta mil francos por un cuadro que no tenía ni la mitad del tamaño de ninguno de los que forman este lote.

Atwater dijo:

—Este es el hombre que los pintó. También pinta cuadros pequeños.

Agarró por el brazo a Pringle, que se movía abatido entre la multitud.

—Encantado de conocerlo, señor Pringle —dijo el señor Scheigan—. Ha logrado hacer una gran exhibición.

Pringle dijo:

—Espero que no se haya sentido demasiado mal después de la otra noche. —Siempre lo irritaba cuando la gente no lo reconocía. El señor Scheigan dijo:

—Esa pequeña fiesta de la otra noche no pudo con el viejo Scheigan. Aquí nadie sabe dar una fiesta. Pero le daré a su gente crédito por una cosa. Sabían de mi pequeña debilidad cuando me enviaron la invitación a este lugar.

Barlow dijo:

—Usted es un *connaisseur*.

El señor Scheigan dijo:

—Amo el arte. Simplemente no puedo vivir sin él.

—¿No puede?

—Por algún motivo soy así.

—No se preocupe. No lo lastimaremos. Está entre amigos.

A Pringle se le veían las ganas de venderle al señor Scheigan algo bastante caro, pero no dijo nada. Barlow dijo:

—También yo tengo algunas pinturas que quizá quiera venir a ver uno de estos días.

—¿Es pintor, señor Barlow?

Barlow dijo que sí. El señor Scheigan dijo:

—Eso es fabuloso. ¿Y usted, señor Atwater?

—No, yo no, me temo.

—Bueno —dijo el señor Scheigan—, no todos podemos crear belleza, pero los editores somos hombres con un impulso creativo frustrado. Tal vez no siempre hacemos cosas nobles, pero las soñamos todo el día.

—¿De verdad?

—Diría que sí —dijo el señor Scheigan.

Barlow dijo:

—Está siendo injusto consigo mismo, señor Scheigan. Salgamos y tomemos un trago en virtud de eso. ¿Puedes abandonar la sala, Raymond?

—Espero a alguien.

—¿William?

—Debo volver a trabajar.

—Bueno, si no quieres, no lo harás —dijo Barlow—. Pero supongo que el señor Scheigan y yo podremos irnos dentro de un

rato.

Nosworth se encontraba todavía en la silla, aunque habían llegado varias personas que lo conocían y se habían parado a su alrededor formando un círculo que lo escondía de la vista. Verelst, quien había estado hablando con el joven a cargo de la galería, paseaba por la sala. Tenía un aspecto aun menos judío que la noche anterior. Vestía muy elegantemente. Atwater notó cuán bien confeccionados estaban sus zapatos. Verelst dijo:

—Otra vez nos encontramos.

—¿Cómo estás? —dijo Atwater. Le presentó a Pringle. Verelst dijo:

—Veo etiquetas rojas por todas partes.

Pringle dijo:

—Sobre todo en los cuadros que vinieron en préstamo.

Se lo veía sombrío y nervioso. Siguió mordiéndose las uñas.

—Están muy bien colgados —dijo Verelst. Era evidente que la exhibición le parecía pésima, aunque estaba preparado para ser educado al respecto. Pringle siempre sabía por instinto cuando a alguien no le gustaban sus cuadros. Le generaban una reacción reconocible. Lo hacían esforzarse, y cuanto más difícil parecía ganárselos más insistía en que examinaran los detalles de su técnica. Eran las únicas personas con las que demostraba un abierto placer en mostrar sus pinturas. Si era posible, trataba de convencerlos de que posaran para un retrato, pero hoy estaba demasiado melancólico para entregarse a la conversación de Verelst y se limitó a decir:

—La mayoría se ven mejor desde este extremo de la sala.

Verelst dijo:

—Sí, la luz cae bastante mal al lado de la puerta —le dijo a Atwater—: El de anoche fue un grupo muy agradable.

—¿No es cierto?

—Supongo que conoces bien a Susan. Yo la veo muy rara vez. Es tan difícil acceder a ella.

—Tiene muchos compromisos.

—De hecho, saldremos juntos la semana próxima —dijo Verelst —. Pero será la primera vez en mucho tiempo.

—Oh, ¿sí?

—Años. Creo que una vez antes, en cualquier caso. Y luego porque íbamos a la misma fiesta o algo así.

—¿La conoces hace mucho tiempo?

—Oh, no. La conocí hace bastante y después me fui al extranjero, así que me alegró encontrarme con ustedes anoche.

—Ahí uno se encuentra con todos, sin duda.

—Todos.

De repente el joven a cargo de la galería se acercó a ellos y le dijo a Verelst:

—Luego hay otro que probablemente podría conseguir a través de un contacto privado. Es encantador. Lo quería Bernheim.

—Espléndido —dijo Verelst—. Escríbame al respecto.

—Intentaré conseguir una foto.

—¿Compras muchos cuadros? —dijo Atwater.

Verelst dijo:

—Debes venir a verlos alguna vez. Desafortunadamente, la mayoría están guardados.

—Entonces le enviaré una carta —dijo el joven galerista.

Verelst dijo:

—Sí, póngalo por escrito.

Hizo el ritual de gran coleccionista y noble excéntrico que correspondía a la circunstancia, pero con demasiado desinterés. Le dijo a Atwater:

—¿Vendrás a almorzar conmigo uno de estos días?

—Me gustaría mucho.

Nosworth se levantó de su silla y se abrió paso entre la multitud que hablaba con él. Dijo:

—No quiero ver más cuadros. Además, tengo que darle una entrevista a un checo.

—Yo también debo irme —dijo Atwater—. Adiós —le dijo a Verelst.

—Adiós —dijo Verelst—. Tienes que venir a comer conmigo y te daré la dirección de la que te hablé anoche.

Barlow dijo:

—¿No tienes tiempo de tomar un trago conmigo y el señor Scheigan?

—No puedo.

—¿Por qué?, ¿no viene, señor Atwater? —dijo el señor Scheigan—. ¿Cuándo vendrán a verme, muchachos?

—Vamos —dijo Barlow—. Si no nos apuramos habrán cerrado.

—¿Cerrado? —dijo el señor Scheigan—. ¿Por qué cerrarán?

—No lo puedo explicar ahora —dijo Barlow—. Confíe en lo que le digo. Regresaré, Raymond.

Él y el señor Scheigan salieron. Siguieron Nosworth y Atwater, pero más lentamente. Cuando pasaron al joven a cargo de la galería, Nosworth dijo:

—Buen día.

El cretino senil de la puerta murmuró desdentadamente:

—¿Taxi, señor? —Y miró con impudicia.

Afuera brillaba el sol mientras caminaban por la calle.

Nosworth dijo:

—En realidad, podríamos tomar el autobús de regreso al museo. Me parece que ya estoy un poco atrasado.

—¿Es un checo importante?

Nosworth asintió. Dijo:

—¿Quién era el hombre con el que hablabas?

—Se llama Verelst.

—Oh, sí —dijo Nosworth—. Tiene una o dos cosas muy buenas.

—¿Sabes algo sobre él?

—Colecciona cosas.

—¿Qué más?

—Creo que es judío, ¿no?

—Supongo que sí.

El autobús pasó por calles secundarias, evitando aquellas partes del camino que estaban en reparación. Cuando llegaron al museo encontraron que el checo había estado esperando durante un tiempo. Era un hombre de aspecto dócil, pero estaba demasiado concentrado en su tema para hablar con cualquier clase de comodidad. Luego de que le presentaran a Nosworth, dijo:

—*Êtes-vous professeur*?

—*Non.*

—*Pourquoi pas*?

Nosworth dijo:

—*Parce que c'est trop difficile.*

El checo se sentó y empezó a extraer una serie de papeles de un lustroso maletín negro que había llevado con él. Nosworth miró al checo con aire pensativo. Atwater se sentó en su escritorio.

13

Hablándole de Pringle a Atwater en el curso de una disquisición

bastante general sobre los altibajos propios y de sus amigos, Barlow dijo:

—Por supuesto que estaba destinado por naturaleza a ser un galán y, como compensación, le fue dado un temperamento que disfruta ese proceso.

—¿Olga?

—Y ahora que Olga se ha ido, lo hará con alguien más.

Barlow introdujo su tenedor en los spaghetti y lo giró en redondo para que se aferraran a los dientes. Después los forzó dentro de su boca. Dijo:

—A su exhibición le está yendo muy bien. Sólo espero que con la mía suceda lo mismo en el otoño.

—¿Hiciste algo con Scheigan?

—Quiso llevarse dos cosas y mandarme el dinero desde los Estados Unidos cuando volviera, porque aquí no tenía suficiente crédito.

—¿Lo hiciste?

—Al final se llevó un dibujo y me dio una libra a cuenta por él.

—Es generoso.

—No puede resistirse a la belleza —dijo Barlow—; me dijo que no podía.

—¿Cómo se está llevando con Harriet?

—Ella no quiere volver a acercársele. Se quedó con su cigarrera de oro. Está muy molesto.

—Harriet es una chica inteligente.

—Harriet es una chica agradable —dijo Barlow—. Pero es un poco demasiado inteligente para mí.

—¿Cómo está Sophy?

—Sophy se fue de Londres para ver a su hermana. Es un cambio para los dos.

—¿Entonces crees que Raymond se ha enamorado de Harriet?

—Espero que le sirva para dejar de llamar a Sophy el día entero. No tengo miedo de que me la quite, pero no me gusta.

—¿La llama muy seguido?

Barlow dijo:

—No, creo que no. Pero no estoy seguro —dijo—. ¿Eras tú el que cenaba con Susan Nunnery la otra noche? —Sí.

—Es una linda chica —dijo Barlow—. No mi tipo. Pero linda.

—Me gusta.

Barlow dijo:

—Mozo, un café negro. ¿Tomarás café negro? Dos cafés negros, y yo quiero un cigarro barato. Déjeme ver lo que hay —dijo—. De lo que en realidad quería hablarte no era de mujeres, sino del cuadro que eligió Naomi Race el otro día.

—No está mal.

—¿Está en buenas condiciones?

Atwater dijo:

—Tiene un *sfumato* insignificante. Muy cercano al estilo de Valdés.

14

Atwater se instaló en la sala de abajo donde estaba la barra. Se sentó en una banqueta alta a comer papas fritas. El barman dijo:

—¿Qué le traigo, señor?

Atwater no pudo recordar si el nombre del barman era George o John. Dijo:

—Espero a alguien.

El bar se encontraba vacío salvo por dos hombres jóvenes que estaban en el otro extremo de la barra y parecían quizás proxenetas de bajo perfil. Uno de ellos dijo:

—Fueron esas válvulas de goma deterioradas las que provocaron el problema. Me di cuenta de inmediato.

El otro dijo:

—Tú lo has dicho. —Y al barman—: ¿Cómo está George hoy?

—¿Cómo está usted, señor?

El primero de ellos dijo:

—Esa mezcla que me preparaste el jueves estaba muy buena, capitán.

—¿Uno de nuestros especiales, señor?

—Ese Old Etonian.

—Es un buen cóctel, señor.

—Estoy seguro de que era un buen cóctel, George.

—¿Se sintió un poquito encendido después, señor?

El joven se inclinó sobre la barra, y dijo:

—Seré franco, George. Estaba achispado después de tomarme dos. Es un hecho.

Lo dijo confidencialmente, como podría decirse: «El don de

lenguas descendió sobre mí después de un mes de abstinencia».

Atwater comía papas fritas. Entró al bar un hombre mayor de corbata morada. Tenía un aspecto ligeramente militar. Por su apariencia era posible que hubiera llevado a cabo una misión en algún cuerpo médico de los Balcanes. Miró en torno del bar.

—¿Qué tomará esta noche, señor?

—Que sea lo de siempre —dijo el hombre mayor—. Se sentó y miró a Atwater.

—¿Cómo va el negocio, George? —dijo uno de los hombres jóvenes.

—No debemos quejarnos, señor.

El barman se concentró en el desplazamiento de una serie de objetos que estaban fuera de la vista debajo de la barra. El hombre mayor se movía nerviosamente en la banqueta y bebía de a sorbos su trago. Le dijo a Atwater:

—Está un poco más fresco esta noche.

—Solo un poco.

—¿Podría pasarme las aceitunas?

Atwater movió la aceitunas y las papas fritas y las almendras saladas y los fósforos, y pidió un Martini. El hombre mayor dijo:

—Creo que nos hemos visto antes, ¿no?

—No lo creo.

—Bueno, quizás no.

—No creo recordarlo.

—¿Quiere un trago?

—Gracias, acabo de pedir uno.

—¿Toma otro?

—No, gracias. Estoy esperando a alguien.

Atwater comió papas fritas. El hombre mayor se fue. Era solo una ausencia temporal, porque dejó su trago sin terminar y junto a él, sobre la barra, un par de guantes de color lavanda. También dejó una copia en rústica bastante maltratada de un libro titulado *L'Ersatz d'amour*. Atwater se preguntó si Susan iba a hacerlo esperar toda la noche en el bar. Los dos hombres jóvenes bebieron otra ronda.

—Días felices —dijo uno de ellos.

El otro dijo:

—He aquí cómo.

El primero dijo:

—El hecho es que siempre debes chequear las válvulas.

—Así es.

El hombre mayor regresó. Movió su banqueta a lo largo de la barra. Encendió un cigarrillo y le ofreció uno a Atwater, que se negó dando las gracias. Dijo:

—Da la impresión de que su amigo no vendrá.

—Las mujeres piensan que es su deber mantenerlo a uno esperando.

—Oh, es una mujer, ¿verdad?

—Sí —dijo Atwater—, es una mujer.

El hombre mayor se aclaró la garganta con una delicadeza casi ofensiva.

Atwater le dio un sorbo a su bebida. El hombre mayor dijo:

—¿Va al cine cada tanto?

Atwater dijo:

—Casi nunca. Soy raro en ese sentido.

Se preguntó por qué no se había molestado en comprar un diario vespertino para leer. ¿O ella no iba a aparecer en absoluto? Los hombres jóvenes terminaron su segunda ronda. Bajaron de sus banquetas.

—Hasta pronto, capitán.

—Buenas noches, señor.

—Pórtate bien, George.

—Lo mismo usted, señor. Buenas noches, señor.

Atwater bebió su Martini. Le habría gustado pedir otro, pero las alternativas parecían limitarse a comprar un trago para el hombre de la corbata morada o permitirle al hombre de la corbata morada que le comprara uno a él. Sintió poca disposición hacia ambos rumbos. Permaneció sentado. El barman empezó a lavar vasos. Después de secar cada uno, los levantaba a contraluz y los examinaba con atención como para asegurarse de que los líquidos que se habían vertido en su interior no hubieran corroído la superficie del vidrio.

—¿Le interesa en lo más mínimo el automovilismo? —dijo el hombre de la corbata morada.

—Apenas —dijo Atwater. ¿Iba la chica a aparecer alguna vez? Supuso que no. El hombre mayor dijo que a menudo los domingos realizaba largas excursiones en auto. Pensaba que le abría el apetito. Atwater comía papas fritas. El barman se retiró hasta el final de la barra. Empezó a leer un diario de la tarde que había doblado hasta formar un paquete prolijo y muy pequeño. El hombre

mayor respiró hondo. Dijo:

—Se está haciendo tarde.

—Así es.

—¿Le molesta si hablo con franqueza?

—Sí —dijo Atwater—. Me molesta. Lo odiaría. George, quiero otro Martini.

—¿Seco, señor?

—Seco.

Dos chicas y un joven entraron al bar. Se sentaron en una mesa. Una de las chicas dijo:

—La hice arrodillarse delante de mí y pedir perdón.

Era gordita, usaba una corbata de la artillería, y daba la impresión de estar hablando muy en serio. La otra chica dijo:

—La felicidad de unos meses, incluso unas semanas, tienes que estar contenta por eso.

—Vivir y dejar vivir, eso es lo que yo digo —dijo el joven. Estiró las solapas de su saco cruzado para que le calzara mejor sobre los hombros y fue a la barra y pidió dos Clover Clubs y un Sidecar. En algún lugar fuera de la habitación empezó a sonar el teléfono. Entró un mozo.

—¿Señor Water? —dijo—. ¿Algún caballero con ese nombre?

—Sí —dijo Atwater—, posiblemente.

—Lo buscan por teléfono —dijo el mozo. Le dijo al barman—: Neroniano finalmente no corrió.

—¿No fuiste y apostaste?

—Sí, claro que sí.

—Oh, vamos.

El mozo dijo:

—Ese caballo será un segundo Tishy, no de medio fondo.

El barman dijo:

—La próxima vez te harás más rico si conservas el dinero en el bolsillo.

El mozo se limpió la boca con el dorso de la mano. Atwater salió hacia el teléfono. Tomó el auricular. La voz de Susan sonaba muy lejana. Dijo:

—Lo siento mucho pero no podré verte esta noche. Estoy en el campo.

—Ya veo.

—No me puedo escapar.

—¿No puedes?

—¿No te molesta, verdad?
—Sí.
Ella se rio.
—No, en realidad no te molesta.
—Está bien, no me molesta.
Ella dijo:
—Me siento una perra horrible por hacerte esto.
Atwater dijo:
—No pasa nada.
—De verdad.
—Son cosas que sucederán.
Ella se rio de nuevo.
—Adiós —dijo ella.
—Adiós.
Ella dijo:
—Llámame pronto.

Atwater colgó el auricular. El hombre mayor con la corbata morada pasó de camino hacia la salida. Dijo:

—Buenas noches. Tenemos que vernos otra vez en algún momento.

Atwater volvió a la habitación donde estaba la barra. Dos Martinis le parecieron una cena ligera y agradable, pero como tenía la noche por delante comió un plato de panceta y huevos en el rincón. Cuando terminó de comer la panceta y los huevos llamó a algunas de las personas que conocía, las cuales habían salido o no contestaban el teléfono. El club no mostraba señales de ir a llenarse. Se hacía tarde. Atwater decidió que la única opción era visitar a Nosworth. Nosworth nunca se había tomado la molestia de instalar un teléfono, pero casi seguro estaría en casa.

Afuera llovía. En Charing Cross Road, Atwater subió de un salto al autobús, que aminoraba la marcha para dejar pasar unos taxis. Se preguntó si Susan se estaría divirtiendo en el campo. Pensó que en cualquier caso, con este tiempo el campo no podía ser demasiado divertido. Por otro lado, era posible que en el campo el tiempo no estuviera igual. El autobús avanzó por Tottenham Court Road y giró en dirección a King's Cross. Nosworth vivía en una serie de áticos de una casa grande en el noreste de Bloomsbury. Atwater bajó del autobús y tomó por una calle lateral. La lluvia había parado, pero el pavimento todavía brillaba de humedad. Atwater tocó el timbre del portero y alguien le abrió. Subió las escaleras y llamó a la puerta de

Nosworth. Nosworth mismo abrió la puerta. Todo lo que llevaba puesto era un pantalón de fiesta y una camiseta de manga larga color avena.

—Pasa —dijo él.

Atwater dijo:

—¿Vas a salir?

—Tengo que ir a una recepción que le organizaron a ese checo —dijo Nosworth—. Acabo de cenar espantosamente mal en Pavesi.

—¿Me puedo quedar mientras te vistes?

Nosworth dijo:

—Aparentemente mi chaleco blanco tiene unas extrañas manchas. No sé si uno negro funcionaría muy bien, ¿qué opinas?

—Apenas.

—Está pasado de moda.

—Sí.

El cuarto estaba cubierto de libros. En un rincón había una pieza de piedra informe, excavada en Asia Menor, que supuestamente representaba a Diana de los Efesios. Atwater dijo:

—Me acaban de posponer una cena a último momento.

—Una mujer, por supuesto —dijo Nosworth—. ¿Asumo que debería ponerme tiradores?

—Oh, sí.

—¿Estás muy enojado?

—Muy.

—Yo solía ser igual —dijo Nosworth—. Pero con la vejez comencé a exigir ciertas cualidades que ninguna mujer jamás ha poseído ni podrá poseer. Parece que el elástico se arruinó desde la última vez que los usé.

—¿Qué pasó?

Nosworth dijo:

—Bueno, ahora nunca veo a ninguna. Cuando estoy en París a veces voy a un lugar que conozco en la rue de Liège, pero siempre pienso que es lo mismo que tirar el dinero. Dame mi corbata blanca, ¿puedes? Está en el cajón chiquito de arriba. Me temo que no está muy limpia. Debo haberme olvidado de mandarla a lavar después de la cena con los arzobispos.

Nosworth se prendió sus medallas. Cepilló un poco el pantalón para quitarle el polvo. Dijo:

—Por supuesto, algunas personas piensan que la única cura contra las mujeres es ver a más mujeres.

Atwater dijo:

—Es una teoría.

—No una que yo sostenga.

—¿No?

—Este traje está muy gastado, ¿no crees?

—Tal vez.

—Pero será suficiente.

—Oh, sí.

—Lo conseguí en Atenas antes de la guerra. Estaba a un precio vergonzoso, pero debo decir que ha durado mucho. ¿Me olvido de algo?

—¿Tu llave?

—Sí —dijo Nosworth—. Mi llave. Como estoy algo adelantado y no tengo nada que ofrecerte, ¿pasamos un minuto por el Plumbers' Arms? No quiero llegar demasiado temprano.

Había empezado a llover de nuevo cuando salieron a la calle. Afuera del Plumbers' Arms un hombre tocaba la corneta. Tocaba *Ah, dulce misterio de la vida*. Más tarde entró al bar con una bolsita de terciopelo y recaudó dinero. Nosworth tiró varios medios peniques en la bolsita.

—Me tengo que ir —dijo Nosworth. Salieron y Atwater se retiró bajo la lluvia.

15

Lola dijo:

—Hola, William.

Siempre se hacía la sorprendida cuando Atwater llegaba, como si no hubiera esperado verlo, aunque hubiese hablado con ella por teléfono diez minutos antes y él le hubiera dicho que ya estaba en camino a verla.

—Nunca vienes a verme —dijo ella.

Atwater se sentó. Miró en torno del cuarto y se detuvo en los lienzos de seda colgados sobre las paredes. «Necesito algo de color», solía decir Lola. Se acostó en el diván. Dijo:

—¿Por qué nunca vienes a verme?

—Pero aquí estoy.

—No vienes nunca.

—Cada vez que puedo.

—Me tratas muy mal.

Atwater dijo:

—Los hombres tratan mal a las mujeres. A esta altura ya deberías saberlo.

El tostador estaba sobre la mesa, y él lo levantó y le dio unos golpecitos con eso, pero suavemente. Después se sentó a su lado en el diván y ella le recriminó durante un rato que nunca fuera a verla.

—¿Dónde está Gwen?

—Se fue por el fin de semana.

—Oh.

—No le caes bien.

—Sé que no.

—¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada.

Y después el arte. Habló de eso durante un rato. O, alternadamente, de literatura. Atwater fumaba.

—¿Quién era el hombre que me presentaste en la exposición privada?

—¿Héctor Barlow?

—Es tan atractivo.

—¿Lo es?

—¿No crees?

—No lo sé.

El diván crujió. Lola dijo:

—No, querido, no.

—Sí.

—No, realmente, no.

—Sí.

—Corre las cortinas, entonces.

Mientras Atwater corría las cortinas notó que afuera goteaba y enfrente, en uno de los cuartos del fondo, un hombre con sobretodo tocaba el piano. Lola dijo:

—En escultura moderna creo que la influencia de Archipenko es primordial.

Barlow dijo:

—Si realmente te está envenenando la vida, ¿por qué no le pides casamiento? A veces yo hago eso. A las chicas les gusta. Además, no hay mucho peligro. No creo que te acepte ni por un momento. La otra cosa que se puede hacer es conseguir que el museo te adelante un cuarto del sueldo y la lleves a Brighton por el fin de semana. Pero no creo que acepte eso tampoco. Tiene otras ambiciones.

Atwater dijo:

—El aire de Brighton me da una patada al hígado.

—Entonces tendrás que casarte con ella —dijo Barlow—. Tener al viejo Nunnery de suegro haría que los problemas y los gastos casi valieran la pena.

17

Al salir del museo Atwater pasó junto a Nosworth, que discutía bajo el sol de la tarde con un grupo de negros que lo rodeaban con desgano, adoptando toda una serie de posturas desgarbadas y bamboleantes.

—Si vienen aquí —decía Nosworth—, deben obedecer las normas. No se puede fumar. Está más claro que el agua.

No respondió cuando Atwater dijo buenas noches.

Atwater se dirigió a la estación de subterráneo. Los trenes estaban abarrotados porque había salido tarde del museo y era hora pico. Se preguntó cómo sería tomar un cóctel en lo de Susan. El tren estaba lleno de gente y tuvo que viajar parado todo el trayecto. Como de costumbre, la luz artificial hacía que algunas mujeres del vagón se vieran bastante hermosas. Atwater las estudió con cierta indiferencia. Salió del tren ágilmente y fue el primero en alcanzar el ascensor, pero ello no implicó que llegara a la fiesta más temprano, porque el ascensorista esperó a que todos hubieran salido del tren e ingresado en el ascensor antes de ponerlo en marcha. Cuando el ascensor alcanzó la planta baja, abrió la puerta en el extremo opuesto. Atwater salió. El departamento no estaba lejos de la estación. La puerta exterior de la casa se encontraba abierta y había un aviso que indicaba a los invitados que subieran. La escalera todavía olía mal, pero habían quitado varios de los objetos más grandes para que fuera más fácil transitarla. A mitad de camino

empezó a oír el tocadiscos. La puerta estaba abierta cuando llegó al último piso, y Atwater entró y puso su sombrero debajo de la mesa del vestíbulo. Susan se hallaba de pie junto a la puerta sosteniendo una coctelera.

—Hola, querido.

—Qué tal —dijo Atwater.

—Sírvete algo —dijo ella.

Le dio un trago. No era muy fuerte, aunque sí bastante asqueroso. Después cruzó la habitación y le entregó una bebida a alguien más. Atwater miró a su alrededor. Había mucha gente, aproximadamente la mitad conocidos de vista. El señor Nunnery estaba apoyado contra la repisa de la chimenea tomando algo de un vasito. Hablaba con Fotheringham. Atwater avanzó entre la gente hacia ellos. El señor Nunnery parpadeó y saludó con la cabeza. Evidentemente no recordaba haber conocido a Atwater con anterioridad, pero parecía muy amable. Antes de que Atwater pudiera hablar, Fotheringham levantó la mano y dijo:

—Mi querido William, perdóname si termino esta conversación, pero afecta toda mi carrera. Luego debo decirte algo. —Se volvió hacia el señor Nunnery y dijo—: ¿Es cierto que podría recomendarme para National Incorporated, por ejemplo?

El señor Nunnery respiró hondo. Dijo:

—Esa es una pregunta que no puedo responder de improviso —le dijo a Atwater—: Si eso le resulta imbebible, hay un poco de whisky por ahí.

—¿Y las minas? —dijo Fotheringham.

—Para la mentalidad técnica, las minas presentan toda clase de dificultades.

Fotheringham dijo:

—¿Te dije, William, que estaba pensando en cambiar de trabajo?

—Creo que sí.

—No es posible. Acabo de decidirlo.

—¿Los Estados Unidos?

—Oh, sí. Bien, voy a tener que posponer los Estados Unidos por un año o dos. Hablaba con el señor Nunnery sobre la City. Piensa que ahí me podría ir bien.

El señor Nunnery dijo:

—No hay duda de que ahí se puede hacer dinero. Y también perder dinero.

Fotheringham dijo:

—Creo que debería hacer dinero. Reconozco que no tengo experiencia ni cabeza para las cifras. Pero creo que tengo un *don*. Puedo anticipar según cómo se llamen si las acciones subirán o no. Siempre reviso las columnas financieras y encuentro que por lo general tengo razón.

—¿Pero es un don estable en el tiempo? Eso es lo importante.

—Puede sonar absurdo —dijo Fotheringham—, y todo eso, pero si me diera veinte mil libras, le garantizo que soy capaz de doblárselas para fin de año.

El señor Nunnery dijo:

—Es una lástima que no podamos asociarnos. Entre nosotros, con mi experiencia y su iniciativa, podríamos hacer algo bueno.

Sus ojos, que estaban brumosos, se iluminaron un poco. Quizás había sido atractivo de joven, pero no se parecía a Susan en lo más mínimo. Le dijo a Atwater:

—¿Imagino que no está muy interesado en las finanzas?

—No sé mucho sobre el tema.

—Es una ocupación absorbente —dijo el señor Nunnery—. Demasiado absorbente, en realidad. No te deja tiempo ni para dirigir tu propia vida. Ese fue uno de los motivos por los que lo dejé. El otro fue porque no tenía más dinero.

—Pero ese es todo el asunto —dijo Fotheringham—. No tengo dinero. Por lo tanto voy a la City.

El señor Nunnery dijo:

—En mi caso fue diferente. No tenía nada. Por lo tanto lo dejé. Es una cuestión de actitud mental, lisa y llanamente.

—¿Pero de veras, qué piensa?

—Es una idea que debería sopesar con cuidado.

—Pienso lo mismo —dijo Fotheringham—. Ahora, lo que quería preguntarte, William, era si en caso de que no llegara a convertirme en un emprendedor destacado, ¿crees que tu museo podría enviarme a alguna expedición en alguna parte?

—¿Dónde?

—Oh, cualquier lugar. Eso es en realidad irrelevante. Sumatra o Guyana. Algún lugar donde recojan especímenes.

—Mencionaré tu nombre si sé de algo.

—Ojalá que sí. El hecho es que me siento un poco por encima de mi trabajo actual. No me abre perspectivas.

—Quienes son realmente capaces rara vez alcanzan la copa del árbol —dijo el señor Nunnery—. Celos, etcétera.

Fotheringham dijo:

—No sé si me describiría como uno de los Realmente Capaces. Pero no me gusta advertir las cualidades que he desperdiciado.

Atwater miró a Susan, que estaba al otro lado de la habitación con Verelst. Balanceaba la coctelera con la palma de la mano y escuchaba a Verelst contarle una historia y lo miraba con los ojos muy abiertos. Verelst se apoyaba contra la pared, no estaba tan bien vestido como de costumbre y evidentemente había trasnochado. Lo hacía parecer más viejo. Susan ladeaba apenas la cabeza. Verelst contaba la historia con entusiasmo, usando las manos, pero no como si quisiera vender algo. Sólo daba la impresión de irse a sentir lastimado si ella no escuchaba cada una de las palabras que le estaba transmitiendo. Cuando te le acercabas era posible advertir un dolor, una agonía en el fondo de sus ojos, pero Atwater no llegaba a decidir si se trataba de una herencia racial o de algo adquirido, la *douceur* dejada por una sucesión de chicas. Atwater habló con varias personas que conocía a medida que se acercaba lentamente hacia Susan a través de la multitud. Cuando llegó hasta ella, Verelst dijo:

—Parece que siempre nos encontramos.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo terminó la exhibición de tu amigo Pringle?

—Bastante bien.

Verelst dijo:

—Susan vendrá a ver algunos cuadros que compré el otro día. Me alegraría mucho que vinieras tú también.

Susan dijo:

—Tiene unos dibujos soberbios. Ayer vi algunos. Tienes que venir.

—Por supuesto, me encantaría.

Verelst dijo:

—Esta vez yo me prepararé mi trago, Susan.

Se alejó hacia las botellas. Susan dijo:

—Siéntate aquí y charlemos.

Atwater dijo:

—¿Cenarás conmigo después de esto?

—No puedo.

—¿Cuándo te volveré a ver?

—No sé.

—¿Por qué no?

—Me voy por un tiempo.

—¿Por mucho tiempo?

—No —dijo ella—. No por mucho tiempo.

—Nunca te veo.

—Ya sé —dijo ella—. Cuando vuelva tendríamos que vernos más seguido.

—¿Cuándo vuelves?

—No lo sé. Muy pronto.

—Tenemos que vernos antes de que te vayas. ¿Puedo verte antes de que te vayas? Yo mismo me voy pronto. No nos volveremos a ver en años.

Ella dijo:

—¿Cuál es el beneficio de salir juntos?

—Bueno, me gusta.

—Pero no estoy enamorada de ti. Te digo, yo odio estar enamorada. No quiero estar enamorada.

Empezó a agitar la coctelera, que todavía tenía en la mano. Vació las sobras, principalmente semillas de naranja, en el vaso de él, y dijo:

—Si realmente lo deseas, saldré contigo antes de irme.

—Por supuesto que lo deseo.

—Muy bien, lo haré. Pero no me voy a enamorar de ti.

—Está bien.

—Me voy pronto, así que no sería muy conveniente.

Ella lo miró con sus grandes ojos. Atwater dijo:

—Lamento que te vayas.

—Creo que volveré pronto. Pero quiero irme. Y ahora todos debemos conseguir algo más, mucho más para beber.

La fiesta fue un gran éxito y duró hasta tarde. Susan misma desapareció, pero Atwater no estaba seguro de que se hubiera ido con Verelst o no. Apenas si se dio cuenta de que la fiesta había terminado hasta que descubrió que estaba solo con Fotheringham y el señor Nunnery. El señor Nunnery le dijo a Atwater:

—Nos hemos visto antes, no recuerdo dónde.

—Fue una noche, bastante tarde. Semanas atrás. Nos conocimos al final de la escalera. Susan había cenado conmigo.

—Por supuesto —dijo el señor Nunnery—. Por supuesto. No se imagina lo buena que fue la fiesta en la que estuve esa noche.

Fotheringham, que había estado hablando enérgicamente toda la velada, merodeaba alrededor de la habitación buscando un vaso limpio. El señor Nunnery dijo:

—Susan sale a menudo con usted, ¿no es así?

Atwater dijo:

—Es muy difícil dar con ella.

—Lo sé, lo sé —dijo el señor Nunnery—. Yo mismo no la veo nunca. Me ha dicho que se marcha. ¿Sé adónde? En lo más mínimo. ¿Supongo que usted no lo sabe?

—Me temo que no.

—Lo suponía —dijo el señor Nunnery—. Y por supuesto, no es asunto mío, pero pensé sólo en preguntar en caso de que lo supiera.

—En lo más mínimo.

—Mera curiosidad de mi parte.

Fotheringham se había acuclillado y se arrastraba a lo largo del sofá para averiguar si habían dejado accidentalmente algún vaso limpio debajo. Se levantó de repente y dijo:

—William, William, ¿dónde están los vasos limpios? Necesito conseguir un vaso limpio.

—¿Por qué?

—Gérmenes. No se puede ser lo suficientemente precavido.

El señor Nunnery dijo:

—Podríamos ver si hay algo de comer y, si hay, comerlo. Espero que ambos se queden.

—¿Podrán aguantarme? —dijo Fotheringham.

—Creo que podremos.

—¿Están seguros?

—Estamos seguros.

—¿Realmente?

—Sí.

—Sí están seguros de que podrán aguantarme, me quedaré. Y si hay un vaso limpio.

El señor Nunnery encontró un poco de queso y sardinas.

18

La señora Race dijo:

—Pero ¿sería sensato? ¿Sería una buena decisión? Atwater dijo:

—No sé qué decir en ninguno de los dos casos. Podría ser conveniente.

—¿Hace cuánto la tiene?

—Acaba de alquilarla. Se enteró a través de Undershaft, que solía vivir cerca de ahí.

La señora Race dijo:

—Quedarse con Undershaft en el campo es una cosa. Quedarse con Pringle es otra.

Atwater dijo:

—En ambos casos sería riesgoso. De todos modos, me invitaron porque Apfelbaum, el hombre de los cuadros, se bajó. Eso es lo que dijo Raymond, así que voy bajo las mismas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Oportunismo.

—¿Será confortable?

—No.

La señora Race dijo:

—No puedo decidirme.

Atwater dijo:

—Es muy afortunado que el Dr. Apfelbaum no pueda venir. Quedándose en la misma casa, Raymond indudablemente sería tan grosero con él que se ganaría un enemigo para toda la vida. Porque tal como están las cosas podría serle de alguna utilidad uno de estos días.

La señora Race dijo:

—Es terrible lo que puede hacer un poco de amabilidad. ¿Recuerdas a esa tal Jennifer?

—Sí.

—Wauchop se le subió tanto a la cabeza que empezó a caer aquí dos o tres veces a la semana a la hora del cóctel.

—¿Qué hiciste?

—Tengo que enviar a mecanografiar mis cosas a otro lugar —dijo la señora Race—. Otra mujer, que no es ni de lejos tan barata.

19

—¿Crees que te divertiría? —dijo Atwater.

Susan dijo:

—Creo que quizás sí.

—¿Vamos, entonces?

—Sí. Vamos.

—¿Y después a comer algo?

—Podríamos hacer eso también.

Atwater dijo:

—Será mejor que vayamos saliendo. Está al otro lado del río.

Llegaron ahí hacia las ocho y encontraron afuera una pequeña multitud que esperaba para conseguir asientos. Tomaron por la izquierda y subieron las escaleras hacia la galería. Susan dijo:

—Nunca antes vi boxeo.

—Aquí es entretenido. Mejor que una de las peleas más grandes.

El otro lado del recinto, donde estaban los asientos sin reserva, estaba muy lleno. La mayoría de los asientos reservados también estaban ocupados, pero no había nadie sentado en los dos asientos próximos a Susan en la primera fila junto a la pasarela. Había otra mujer sentada en la fila de atrás y varias más abajo en los asientos alrededor del cuadrilátero. Una de ellas era bonita y tenía un sombrero beige. La de la fila de atrás no era linda. La acompañaba un hombre más bien pequeño de bigote blanco y una gran perla falsa en la corbata, que dijo:

—En la puerta dicen que será una buena noche.

Las luces sobre el cuadrilátero se hallaban cercadas por una gran pantalla negra con anuncios de un diario impresos en blanco a los costados, y había carteles colgados a lo largo de las cuerdas del cuadrilátero publicitando el programa de la próxima semana e impresos en rojo y azul. Refiriéndose a ellos la mujer de atrás dijo:

—¿Van a bajarlos cuando empiecen?

—No te preocupes —dijo el hombre.

El recinto tenía un techo abovedado con columnas colocadas a intervalos en torno de la galería. Las columnas estaban pintadas de color chocolate y eran vistosas, como el decorado permanente de una compañía de teatro. Tenían cornisas bien diseñadas y el efecto general era bueno. El techo abovedado era amarillo claro y el humo del tabaco subía desde abajo y se quedaba allí flotando. Atwater compró un programa. Habría cinco peleas esa noche. Le dijo a Susan:

—Los primeros dos se llaman Young Moss y Jack Evans. Moss es de King's Cross.

—¿De dónde es el otro?

—Solo dice Gales.

—¿Qué aspecto tendrán?

—El de dos chicos.

Un hombre de pulóver blanco empezó a sacar los carteles de las cuerdas. Abajo comenzaba a llenarse y se estaba poniendo caluroso, aunque afuera la noche estaba fresca. Atwater dijo:

—¿De veras todo te hace sentir así?

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé —dijo ella—. Es así.

Young Moss empezó a subir al ring. Su pelo era oscuro y estaba muy prolijo. Jack Evans bajó por la pasarela detrás de él. Ambos eran delgados y tenían batas negras sobre los hombros. El maestro de ceremonias comenzó a gritar sus nombres y sonó la campana. No pasó demasiado en los dos primeros rounds, solo saltaban de aquí para allá golpeándose considerablemente el uno al otro sin mayores consecuencias. Susan dijo:

—El judío es el más atractivo. Pero el otro me gusta más.

—Es mejor boxeador.

En el tercer round Evans cayó por una muy afortunada derecha de Moss, pero, tendido durante un conteo de cinco, se levantó y conectó uno tras otro varios golpes sólidos al cuerpo.

Ninguno de los dos se esforzaba en mantener la guardia en alto y se golpeaban duro. Cuando sonó la campana, Evans tenía la cara de color rosa, pero el pelo de Moss permanecía en su lugar. Susan dijo:

—¿Por cuánto tiempo más van a seguir?

—Esta es solo de ocho rounds.

—¿De cuántos serán las demás?

—Quince.

El maestro de ceremonias no prestaba demasiada atención a la pelea; se quedó de pie en una esquina fuera del cuadrilátero junto a la pasarela y hablaba con sus amigos. Moss y Evans se daban duro. En el séptimo asalto Evans se esmeró, pero al final ganó Moss. Los chicos se dieron la mano y después se besaron. Susan dijo:

—¿Viste? Se besaron.

—Hacen eso bastante seguido.

—¿Sí?

—Sí.

—¿No es simpático?

Moss y Evans salieron del cuadrilátero y subieron por la pasarela hacia los vestuarios. Atwater dijo:

—¿No te gusto, entonces?

—No seas tonto.
—¿Por qué no?
—No insistas.
—No lo haré.

Los de la siguiente pareja también eran unos chicos, pero no tan jóvenes como los dos primeros, y más pesados. Ninguno de los dos boxeaba con estilo, pero, como los otros, ambos golpeaban duro sin preocuparse mucho de mantener la guardia en alto. Después del sexto round tendieron a trabarse y la muchedumbre se aburrió y comenzó a gritar, por lo que se separaron, los dos bastante hinchados conforme avanzaba la pelea. El hombre de atrás con la perla falsa en la corbata dijo:

—Vamos, muchachos. Vamos.

—¿Viste boxear a Carnera cuando estuvo de visita? —dijo la mujer.

—¿Carnera? —respondió el hombre con una entonación que daba a entender que era una pregunta tonta, aunque no quedó claro si lo era porque lo había visto o porque no. La pelea terminó y el chico de Canning Town venció al de Hoxton. Atwater dijo:

—¿Qué te parece?
—Me gusta. Está bien.
—Esta va a ser más importante.
—¿Qué son?
—Peso wélter.

Uno de ellos tenía shorts rojos y una bata marrón, y el otro tenía shorts verdes con un diseño similar al pentagrama invertido. El que tenía el pentagrama en los shorts no llevaba bata. Usaba un saco de mujer, también verde, pero de una tonalidad diferente a la de su pantalón. Cuando llegó el momento de quitárselo, lo besó antes de empezar a luchar. También besó otra cosa que tenía en la mano. Era un trozo de tela, o una prenda. Cuando sonó la campana, el asistente lo colocó junto al abrigo verde. Susan dijo:

—¿Por qué hizo eso?

Atwater dijo:

—Es el saco de su chica. Lo besó antes de empezar la pelea.
—¿No es romántico?
—Sí, ¿no?
—¿Y qué era la otra cosa?
—Creo que le dicen corpiño, ¿no?
—¿Era eso?

—Sí.

—¿También es de su chica?

—No sé. Quizá tiene dos chicas y una usa el saco y la otra el coso ese.

—Me parece tierno.

—¿Que tenga dos chicas?

—Me parece tierno besar las dos cosas así.

—¿Te gustaría más si hiciera ese tipo de cosas?

—Bien, me gustas —dijo ella—. Lo que te digo es que no es bueno que ninguno de los dos guste del otro.

—¿Por qué no?

—Simplemente no lo es.

—Tal vez tengas razón.

—Por supuesto que tengo razón —dijo ella—. El hombre con la imagen bizarra en el pantalón es judío, ¿no?

—Supongo que sí.

—¿Cómo se llama?

—Ernie Hyams. Viene de Bermondsey.

—Me gustan los judíos.

—Me di cuenta.

—Todos se comportan así —dijo ella—. Besan los abrigos y demás.

—Lo sé.

Ella se rio.

—¿Cómo lo sabes? —dijo ella.

—De todos modos, no va a ganar.

—¿Esa sentada ahí es su chica?

—Probablemente.

El otro hombre, el que usaba shorts rojos y parecía un boxeador salido de una caricatura del siglo dieciocho porque tenía la frente baja y la nariz desparramada por toda la cara y músculos pronunciados como en un dibujo anatómico, llevaba la delantera. Se llamaba Gunner Haskins y tenía un alcance más largo que el de Hyams, aunque Hyams era más ligero de pies y se mantenía fuera del alcance. Haskins era un poco inexacto con los golpes. A mitad del décimo round Hyams se llevó las manos al muslo izquierdo y sonó el silbato. Hubo algunos abucheos. La mujer de atrás dijo:

—Está bien. No está herido.

El hombre dijo:

—¿Y cómo sabes?

—Es como Suzanne Lenglen, la tenista —dijo ella—; no quiere que le ganen.

—No creas —dijo el hombre de la perla falsa—. Haskins lo golpeó abajo ya otra vez.

—No es cierto.

—De verdad —dijo el hombre—. Es un buen luchador, pero no siempre mira hacia dónde golpea.

—Juega limpio.

—Bueno, lo golpeó abajo esa vez —dijo el hombre—. Te lo aseguro.

El público abucheó un poco, y alguien gritó:

—¿Por qué no le das una patada en el trasero y terminan de una vez?

Los asistentes y el árbitro y el maestro de ceremonias rodeaban a Hyams. El público todavía abucheaba a intervalos. Haskins volvió a su esquina. Después se levantó y se acercó a la esquina de Hyams. Le habló a Hyams y después levantó los brazos y bajó un poco la cabeza y agitó los guantes hacia la multitud para demostrar que sabía que se había equivocado. Algunas personas del público se rieron y uno o dos aplaudieron. Le dieron la pelea a Hyams. Hubo un intervalo. Susan dijo:

—En cualquier caso, si eso es lo que sientes, ¿qué pasa con tu amiguita, la que usa la ropa divertida?

—¿Qué pasa con ella?

—¿Todavía la ves?

—A veces.

—Oh, Dios —dijo ella—. En realidad no me importa. —Sé que no.

—Quiero decir que lo entiendo.

—¿Sí?

—Sí —dijo ella—. No es por eso.

—¿Por qué, entonces?

—No sé. Solo me siento así, supongo.

—Sí, ya veo.

Ella dijo:

—En verdad eres bastante dulce.

—¿No es cierto?

—Sí. Pero así es como me siento.

—De todos modos, nunca te veo, así que no hace ninguna diferencia.

—Bueno, ¿entonces si no hace ninguna diferencia…? —Exactamente.

—No seas así —dijo ella.

—¿Por qué no?

—No me gusta.

—Tonterías.

—No —dijo ella—. No me gusta.

—No hay más remedio. Soy así.

—Eres tan pesado.

—Lo sé.

Ella dijo:

—¿Por qué no ser amable? Eres tan amable a veces.

—Hoy no me siento amable.

El intervalo terminó. El maestro de ceremonias anunció que habría una pelea de prueba de tres rounds. Susan dijo:

—¿Quiénes son estos?

Atwater dijo:

—Un par que no ha luchado antes aquí. Puede que tengan otros trabajos y estén pensando en convertirse en boxeadores o simplemente puede que tengan ganas de pelear. ¿Has escuchado sus nombres?

—No.

Ambos eran grandotes. Uno de ellos había sido evidentemente un marinero. El otro podría haber sido cualquier cosa. Era de aspecto rudo, pero en nada parecido a un boxeador profesional. El pelo le crecía hacia fuera desde el centro de la cabeza, como a una muñeca japonesa. Sonó la campana. Los dos avanzaron hacia el otro y empezaron a golpear. Comparados con estos, los chicos de las rondas anteriores habían sido boxeadores cautelosos. Guardaban poca distancia, golpeándose en la cara tan duro como pudieran sin esforzarse por mantener la guardia. A veces usaban la derecha, a veces la izquierda, pero siempre para golpear. Pronto el marinero recibió un golpe que le cerró el ojo. La multitud primero aclamó y después empezó a reírse. Susan dijo:

—Es demasiada sangre, ¿no?

—En realidad no es mucha. Se les queda en los guantes y después se les pega en todas partes.

—No me gusta la sangre.

—Solo son tres rounds.

La primera ronda terminó. El hombre que no era marinero cayó

una vez, pero ni bien se levantó sonó la campana. Hubo una larga pausa.

—¿Qué pasó?

—Quién sabe.

Alguien llegó con otro par de shorts para el que no era el marinero. Había roto los que usaba cuando cayó al final del primer round. Se deslizó los nuevos sobre los viejos y la pelea recomenzó. Continuaron de la misma manera, acercándose y golpeando duro. Después el del pelo de muñeca japonesa y los dos pantalones impactó al marinero con un golpe corto en el medio de la cara, casi con delicadeza. El marinero cayó pesada y lentamente, como empujando un saco de carbón. Yacía en el suelo y no se levantó. Quedó eliminado en el conteo y vinieron y lo sacaron del piso. Hubo una gran ovación y algunas risas. Alguien tiró una moneda de seis peniques en el ring y el maestro de ceremonias atravesó las cuerdas y la levantó. Otros más arrojaron sus centavos hasta que hubo una buena cantidad de dinero desperdigado sobre el ring. El maestro de ceremonias levantó todo.

—¿Es para ellos?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es dinero.

Después de los rounds de prueba apareció otro galés, grueso y de apariencia oscura, y un hombre alto de aspecto intelectual, oriundo de Battersea. Luchaban de forma diferente a los chicos y movían los pies y se mantenían apartados de los golpes del otro. No era tan entretenido de ver porque, aunque eran más científicos que los chicos, ninguno de los dos boxeaba bien. La multitud empezó a aburrirse de nuevo y ocasionalmente a gritar. El galés peleaba con la pierna izquierda muy recta y cada tanto hacía un curioso pataleo. En el sexto asalto ubicó un golpe con la izquierda pero no llegó a la meta, aunque sacudió al otro contra las cuerdas. Continuaron así hasta el duodécimo round. Después ambos trataron de animarse un poco, si bien para entonces ya estaban demasiado golpeados para que algo sucediera. El galés tenía el truco de tirarse contra las cuerdas e impulsarse desde ahí cuando volvían a tensarse, pero aun así no llegó a producir nada. Al final, el rubio con la expresión intelectual ganó por puntos. Bajó un chico por la pasarela vendiendo fruta. Dijo:

—Lindas manzanas, dos peniques. Lindas manzanas.

Atwater dijo:

—¿Una manzana?

—No, come una tú.

—Lo haré.

Atwater le dio al chico dos peniques y empezó a morder la manzana. Era verde y no sabía absolutamente a nada. Era como comer un material en abstracto. Susan dijo:

—Quiero decir, seguro que sabes que no lo podemos calificar como un gran éxito.

—¿Debo saberlo?

—Por supuesto que sí.

—Eres tan encantadora —dijo él. Arrojó el corazón de la manzana debajo del asiento. Dijo—: De todas formas, te veré cuando vuelvas.

—Sí —dijo ella—. Cuando sea que vuelva.

—Pero dijiste que sería pronto.

—Será pronto. No sé por qué dije eso.

—¿Quieres decir que te vas por mucho tiempo?

—No. Solo un poco.

—Nos volveremos a encontrar cuando vuelvas, ¿no?

—No sé. Siempre parecen más bien un negocio. Nuestras reuniones.

—¿Tal vez mejor no, entonces?

—Creo que mejor no.

—¿No estarás fuera mucho tiempo, verdad?

—No —dijo ella—. No demasiado.

El maestro de ceremonias entró al cuadrilátero antes de la última pelea y anunció que lamentaba tener que decirles a todos que Jo Connor no sería capaz de pelear esa noche porque se había torcido la muñeca. En cambio, lucharían otros dos del mismo peso.

El maestro de ceremonias estaba ronco, así que no fue posible oír los nombres de la pareja sustituía. El hombre de atrás dijo:

—La mejor maldita pelea de la noche y no vamos a verla.

La mujer dijo que era una vergüenza hacer una cosa así. Alguien en la multitud gritó:

—¿Qué crees que vinimos a hacer aquí?

El maestro de ceremonias repitió el nombre de los contrincantes a todo volumen, manifestando un gran desprecio por los sentimientos de la gente. De nuevo fue imposible escuchar los nombres. Luego el maestro de ceremonias bajó del ring y siguió

hablando con sus amigos junto a la pasarela. Hubo una larga pausa, y después comenzó la última pelea. Era una pareja indescriptible que los habitués evidentemente conocían bastante bien. Ninguno de los dos lucía especialmente joven. No boxeaban mal, pero la pelea carecía de interés. Atwater dijo:

—¿Cuándo te vas?

—No sé con exactitud. Muy pronto.

—¿Entonces te veré otra vez en más o menos un mes? Yo mismo me voy por un tiempo.

—Sí. Dentro de un mes, creo.

—Esta pareja no es muy entretenida, ¿no?

—Son los dos tan feos.

—¿Sí, no?

—Son un par de pelmazos.

Atwater dijo:

—Tal vez te sientas diferente cuando vuelvas.

—Por el amor de Dios.

—Perdón.

—De todos modos, no vamos a encontrarnos.

—Me había olvidado.

Al fin la pelea terminó. Todos se levantaron y se dirigieron hacia los pasillos. Atwater y Susan esperaron hasta que parte de la multitud se hubiera disipado antes de tratar de bajar las escaleras. A mitad de camino alguien dijo:

—¡Bueno, quién lo diría!

Susan dijo:

—Qué sorpresa encontrarte aquí, Walter.

Walter Brisket, que estaba con un joven muy pálido, dijo:

—Para nada. Yo puse de moda este lugar.

—¿Sí?

—Por supuesto que sí.

Viendo que no había escapatoria, Atwater dijo:

—¿Vamos todos en el mismo taxi?

20

En este mediodía de verano londinense resultaba melancólico, aunque no desagradable, sentarse y mirar por la ventana abierta.

Dentro, el Medio Oeste recorría pesadamente los pasillos del museo. Nosworth, interrogando al hombre que había venido a reparar la silla de la sala de espera, dijo:

—¿Pero por qué no antes del martes?

—No creo que pueda hasta entonces.

—¿Hay alguna razón para el retraso?

—No creo que sea posible.

El hombre se fue. Nosworth le dijo a Atwater:

—¿Te vas la semana que viene, no?

—Sí.

—¿Al extranjero?

—A casa por unos días. Después me voy con Raymond Pringle al campo.

—¿El de la exhibición?

—Sí.

—¿Le fue bien?

—Bastante.

Nosworth dijo:

—Este clima cálido me agota.

Cuando la ventana estaba abierta el hollín entraba en la habitación más de lo usual y después se extendía densamente por todo el escritorio de Atwater y sobre sus papeles. Atwater se sentó y se preguntó qué habría pasado con Susan y si estaba en algún lugar lejano tumbada al sol. Confiaba en que el Dr. Crutch aguardaría un clima más fresco antes de hacer su próxima visita. El calor hacía que los papeles del escritorio se doblaran en forma de espiral y que al látex de las paredes le salieran ampollas.

PARTE III
Palíndromo

21

Atwater miró hacia un lado y otro de la plataforma, pero Pringle no había llegado aún. Había un guarda muy viejo, sordo y un poco tocado, que nunca había oído hablar de Pringle ni de su casa, así que Atwater se sentó en un asiento y esperó. Este era en realidad el curso inevitable a seguir, porque no había trenes de regreso, y caminar era la única manera de llegar a la casa que el guarda era capaz de sugerir. Atwater decidió que prefería no arrastrar su valija a través de las colinas y se sentó en el asiento y fumó. El guarda hacía rodar con lentitud un conjunto de latas de leche de un extremo al otro de la plataforma. Después las hacía rodar hacia atrás otra vez. Atwater dijo:

—Es un día precioso. —Pero el guarda no contestó.

Pasaron tres cuartos de hora antes de que apareciera Pringle. Llevaba shorts color caqui y una camisa amarilla con el cuello sin abotonar; su pelo rojo establecía una curiosa discordancia con su camisa y su piel. No se había cortado el pelo en varias semanas.

—No podía arrancar el auto —dijo—. Pon tu valija en el fondo. Cuidado con ese paquete. Son huevos. No queremos no tener nada para comer mañana.

Atwater se metió en el auto.

—¿Cuán lejos está?

—Unos ocho kilómetros.

Condujeron por un camino rodeado de colinas a ambos lados. Había cercos de alambre y postes telegráficos junto a la ruta, y a su vera el pasto se hallaba cubierto de un polvo blanquecino. El polvo se levantó en el aire a su paso y formó una nube flotante sobre los pequeños arbustos, y en una de las colinas distantes se veía una estación de servicio con cúpulas y torres.

—¿Cómo están todos? —dijo Atwater. Le daba cierta curiosidad saber quiénes se quedaban con Pringle. Pringle dijo:

—Como siempre. Anoche hicimos una fiesta bastante movida.

—¿De verdad?

Pringle dijo:

—¡Dios! Creí que no lograríamos subir esa última cuesta. Habrá que hacer revisar el auto.

No había muchas casas de campo a lo largo de la ruta. El alambrado se terminó de pronto cuando el auto llegó hasta unos árboles, doblaron formando una nube de polvo y bajaron por un breve sendero de pasto.

—Llegamos —dijo Pringle.

Era una casa gris fea y pequeña construida sobre una hondonada. No tenía jardín en el frente, pero algunas dependencias anexas configuraban una especie de patio. Pringle detuvo el auto junto a la casa. No se identificaba ninguna entrada principal.

—Saca tu valija —dijo—. Voy a guardar el auto y estaré de vuelta en un minuto.

—¿Dónde están los otros?

—Héctor y Sophy fueron a dar un paseo. Creo que Harriet está acostada arriba.

—¿Harriet Twining?

—Sí, por supuesto.

Atwater entró en la casa. Dejó su valija en el pasillo, donde colgaban algunos impermeables, y atravesó la puerta en dirección al fondo. Una chica limpiaba la mesa con enorme lentitud. Tarareaba en un tono de voz bastante alto *Me pregunto dónde se esconde mi bombón*. Tenía el pelo oscuro y se veía anémica y la forma de sus cejas la hacía parecer sorprendida por un insulto repentino.

—Otro día caluroso —dijo Atwater.

—Así es —dijo la chica.

La observó limpiar. La habitación era un desastre y olía a comida y a aguarrás. Por todas partes había vasos con residuos y alguien había dejado un par de pantalones colgando sobre el piano. Atwater hojeó un número de *Vogue* que encontró tirado en el suelo. Pringle tardó un rato en regresar. Se quedó mirando los restos de comida y las dos botellas vacías de vermut italiano depositadas sobre la biblioteca.

—No sé qué le pasó al auto —dijo—. Es todo por hoy, de todas formas. —Se sentó en una silla. Atwater dijo:

—¿Quiénes se están quedando aquí contigo?

Pringle dijo:

—Sólo Héctor y Sophy y Harriet. Naomi Race puede que venga en unos días —y dirigiéndose a la chica dijo—: Puse los huevos en la cocina. También hay un poco de amoníaco y soda cáustica, así que puedes sacar esos lienzos del baño y darle una limpieza a fondo. Y por cierto, el hombre puso una nueva arandela en la

canilla de la pileta. Ya funciona otra vez.

—¿De verdad? —dijo la chica.

—Sí —dijo Pringle—. Así es —dijo—: Ven, William. Te voy a mostrar tu habitación.

Subieron.

—Esa es la señorita Chalk —dijo Pringle—. Se llama Ethel y su actor favorito es Rod La Rocque. Te lo digo para evitar una desilusión. Francamente no eres su tipo. Ninguno de nosotros le interesa demasiado. ¿Te gustaría bañarte?

—Sí.

—No hay agua caliente.

—Entonces no voy a bañarme.

—Nadie se está bañando mucho —dijo Pringle—. Bajemos y tomemos un trago. Después puedes ver algunas de las cosas que pinté.

Atwater colocó su valija sobre la cama. Era un cuartito blanco con un lavamanos de estaño. Atwater dijo:

—Me pondré unos pantalones de franela.

Abrió su valija. Pringle se apoyó contra el marco de la puerta.

—No te demores —dijo él.

Alguien salió de una habitación al otro extremo del pasillo y cerró la puerta de un golpe y bajó. Era Harriet. Se quedó parada en el umbral de la habitación de Atwater, frotándose los ojos y bastante desarreglada. Linda pero desarreglada.

—Hola, William —dijo—. ¿Por qué te desvistes a esta hora del día? —Le extendió la mano. Atwater se subió los pantalones de franela.

—¿Cómo estás, Harriet? —dijo él.

—¿Cómo sigue tu dolor de cabeza, Harriet? —dijo Pringle.

—Como el infierno.

—¿No mejoró?

—No —dijo ella—. Como el infierno.

—Vamos a tomar un trago —dijo Pringle.

Bajaron otra vez al comedor. Pringle empezó a mezclar un cóctel. Gritó:

—Ethel, trae algunos de esos vasos cuando los hayas lavado.

La mesa había sido despejada pero el pantalón seguía tendido sobre el piano como un chal de cachemira. Las botellas de vermut todavía estaban sobre la biblioteca.

—Vamos al otro cuarto —dijo Harriet—. Me gusta conversar con

buena vista.

Atravesaron el pasillo hacia otra habitación que tenía ventanas francesas con vista al jardín. Había un diván y un sofá y una mesa. Uno o dos de los cuadros de Pringle colgaban en la pared. Harriet encendió la radio y reubicó el amplificador.

—¿Cómo está Londres? —dijo Pringle.

Atwater dijo:

—Bastante vacía.

—¿Ninguna fiesta?

—No. Ninguna fiesta.

—¿Algún escándalo?

—No he oído nada.

—¿Qué pasó con Susan? —dijo Harriet.

—Ha estado fuera. Hace algún tiempo que no la veo.

—La ves con alguna frecuencia, ¿no? —dijo Pringle.

—La veo a veces.

—Es tan amorosa —dijo Harriet.

Pringle dijo:

—¿Quién es este Verelst que ahora la acompaña a todas partes?

Atwater dijo:

—Te lo presenté el día de tu exhibición.

—Ya sé. Pero ¿quién es?

—Es sólo un tipo.

Harriet dijo:

—Lo conocí. Es judío y me cae muy bien.

Observaron a Barlow y a Sophy cruzar el césped. Barlow todavía llevaba puesto su curioso sombrerito y un traje grueso. Atravesaron las ventanas francesas, los dos muy quemados por el sol. Pringle dijo:

—Preferiría que no dejaras tu pantalón en el comedor.

—Perdón —dijo Barlow—. Llévalo arriba, Sophy. ¿Cómo estás, William?

No era fácil escuchar la conversación porque el amplificador hacía mucho ruido.

—¿Cómo estás, William? —dijo Sophy imitando la voz de Barlow.

—Por el amor de Dios apaguen eso —dijo Pringle—. Es preferible la charla sobre flores silvestres. Si no les interesa tanto la botánica, al menos saquen ese maldito *Bolero* del aparato.

Sus nervios no parecían encontrarse en muy buen estado. Dijo:

—Voy a dar otro vistazo al auto.

Harriet se sentó en el sofá y empezó a leer la *Vogue*. Sophy subió con el pantalón. Barlow le dijo a Atwater:

—Ven a ver el jardín.

Atwater lo siguió hacia el césped, que estaba delineado para jugar al tenis. Había árboles al otro lado y campos más allá. Caminaron hacia los árboles. Atwater dijo:

—¿Qué hace Harriet aquí?

—Se hartó de Gosling. O él se hartó de ella. Así que vino aquí.

—¿A Raymond?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha estado aquí?

—Alrededor de una semana. Se está aburriendo.

—¿Sí?

—Es una chica rara.

—¿Rara en qué sentido?

Barlow dijo:

—Oh, simplemente rara. Nunca se sabe por dónde va a salir. —Se rio—. No creo que Raymond la retenga mucho tiempo —dijo.

—Sophy se ve muy bien.

—Está bien. Harriet y ella se llevan muy bien.

—¿En serio?

—Nunca lo hubieras imaginado.

Fueron hasta los árboles, donde había un alambrado y una zanja que les impidió alejarse más. Al otro lado de la zanja empezaban los campos. Volvieron hacia la casa. Unas nubes avanzaban sobre las colinas dejando atrás la estación de servicio, que aunque estaba lejos llegaba a vislumbrarse a través de los árboles desde el jardín. Cuando volvieron a la sala el amplificador todavía estaba encendido y Harriet fumaba sola un cigarrillo. Barlow subió la escalera y dejó a Atwater con ella.

—¿Dónde estaban? —dijo ella.

Atwater dijo:

—Donde termina el jardín. No sabía que conocías a Raymond.

—Lo conozco desde hace años.

—Recuerdo que los presenté.

Harriet dijo:

—En estos momentos soy su amante, si eso aquieta tu curiosidad.

—¿En serio?

—Sí.
—Eso siempre suena tan pomposo.
—Por supuesto, es bastante pomposo.
—¿Qué hace uno aquí? —dijo él.
—Nada.
—Estupendo.
—Encantador.
—Hay lindo aire y eso.
—Así es.
—Viniendo de Londres.
—Sí —dijo ella—. Viniendo de Londres.
Atwater dijo:
—Me han dicho que aquí no nos duchamos.
—Se puede ir a nadar. —Dejó de hablar con él y agarró un libro.
Atwater subió a su habitación y vació su valija.

22

Después de cepillarse el pelo, Atwater se tiró en la cama y se preguntó dónde estaría Susan y si alguna vez la vería de nuevo. Luego de preguntárselo durante un rato, se levantó y se cepilló el pelo de nuevo y bajó las escaleras. Los otros estaban en la sala de estar. Pringle dijo:
—No sé qué pasa con el auto. No arranca.
—¿Cómo vas a divertir a tus invitados esta noche, Raymond? —dijo Harriet.
Pringle dijo:
—Pensé que podríamos darnos una vuelta por el pub local. Se llama The Goat, si esto le confiere algún tipo de atractivo.
Ethel entró para decir que la comida estaba lista. Les lanzó una mirada fulminante. Pringle dijo:
—Estamos bastante cortos de platos. Anoche rompimos algunos, pero espero que podamos arreglarnos.
Atwater dijo:
—¿Qué pasó anoche?
—Oh, nada —dijo Pringle—. Rompimos un par de cosas. No sé qué piensa Ethel al respecto.
—Tiene una mirada muy cínica, esa chica —dijo Harriet.

Barlow dijo:

—No le importa.

—A ella no —dijo Sophy.

—También tienes que acostumbrarte a algunas cosas, Sophy —dijo Pringle. Sophy le sonrió. Tenía una sonrisa lenta y amplia que hacía que su boca pareciera más extensa de lo que realmente era. No le importaba que se burlaran de los días en que Barlow la había encontrado por primera vez y se la había llevado de la secretaría de un club de golf suburbano e instruido acerca de la vida.

Comieron. En su género era una buena cena y había un vino de Burdeos aceptable. Las chicas tomaron gin con ginger ale.

Después de la cena, Pringle dijo:

—Podemos hacer un poco de café en la máquina.

Harriet dijo:

—No, por el amor de Dios no. Lleva toda la noche. Vamos al pub o cerrará antes de que lleguemos.

—No olvides tu medicamento, Raymond —dijo Sophy. Siempre se acordaba de ese tipo de cosas. Pringle dijo:

—Estuve a punto. —Empezó a servirlo—. Gracias, Sophy —dijo. Sophy sonrió de nuevo. Harriet dijo:

—Llévalo contigo. O vamos a irnos sin ti. Uno o el otro.

Pringle bebió de la botella. Hizo una mueca.

—Ya estoy listo —dijo. Sophy subió a buscar un abrigo, porque estaba frío. La luna se hallaba detrás de las nubes, así que afuera estaba oscuro. Subieron por el sendero. Pringle dijo que estaban a unos veinte minutos del pueblo. Cuando doblaron por la ruta principal tomó a Harriet por el brazo. Atwater caminaba con Sophy, y Barlow, con su pequeño sombrero, iba unos pasos por delante del resto con las manos dentro de los bolsillos.

—¿En qué consiste el pueblo? —dijo Atwater.

—Dos pubs y una iglesia. Pero a uno de los pubs no podemos entrar porque Undershaft mordió al cantinero cuando nos quedamos aquí el verano pasado.

—No suena muy propio de él.

—Tiene la cabeza bastante floja —dijo Pringle—. El Goat es mucho mejor que el Lord Nelson, así que realmente no importó.

—¿Estuvo aquí mucho tiempo?

—El verano pasado consiguió una casita en el pueblo, y también el anterior. Fue a través de él que conocí este lugar.

—Supongo que la mayoría de las personas del pueblo son

periodistas y demás.

—La mayor parte, por supuesto. Pero van al Lord Nelson, así que uno no los ve. Aunque por eso no vamos mucho al pueblo. Y está claro que eso fue lo que molestó a Undershaft esa noche.

—¿Los vecinos?

—Por supuesto.

Pasaron dos o tres casitas y la iglesia. El Goat estaba un poco alejado del camino y tenía enfrente una franja de pasto. Pringle empujó la puerta y Harriet y Sophy entraron primero. La barra era grande y estaba bastante concurrida. Jugaban a los dardos y al *shove-halfpenny.* [1]

—Rameras —dijo una voz desde el otro extremo de la barra cuando se sentaron.

—Oh, no, no somos eso —dijo Harriet—. No somos nada por el estilo, así que cállese.

El barman se veía avergonzado. Usaba una gorra y polainas y tenía un pequeño bigote recortado. Se puso rojo. Pringle pidió una ronda de tragos y dijo:

—Buen clima para la cosecha.

—Así es —dijo el barman.

Observaron a dos jóvenes de traje púrpura y zapatos puntiagudos amarillos jugando al shove-halfpenny. Harriet derramó un poco de su bebida sobre el tablero.

—Lo siento mucho —dijo, y sonrió a los jugadores, que la miraron enojados. Uno de ellos limpió las gotas con un pañuelo y continuaron el juego. Pringle se inclinó sobre la barra. Dijo:

—¿Cheadle está lejos de aquí?

El barman dijo:

—No sabría decirle. No soy de aquí.

Dando a entender que en la zona lo precedían no pocas generaciones de terratenientes, Pringle dijo:

—Yo tengo aquí una casa.

—Ajá —dijo el barman en el acto, aunque no demasiado intrigado. Lanzó un silbido y comenzó a saltar hacia derecha e izquierda, algo alejado de la barra, como bailando un charleston silvestre. Pringle se apoyó sobre la barra y bebió de a sorbos su trago. Los dos jóvenes terminaron el juego. Se apartaron y encendieron unos cigarrillos.

—Vamos —dijo Pringle—. Yo contra ti, Héctor.

Lo dijo con un estallido aterrador de cordialidad nerviosa y,

dejando su trago en la barra, se acercó hasta el tablero. Barlow agarró el trapo y borró las marcas de tiza del último juego. Harriet dijo:

—No. Héctor y yo nos enfrentaremos a William y tú. Sophy puede arbitrar.

—Yo arbitro —dijo Sophy.

Empezó Atwater y logró colocar dos monedas. El juego estaba bastante nivelado. Barlow y Pringle jugaban parecido. Atwater siempre colocaba al menos una. Con frecuencia Harriet tiraba hasta el fondo del tablero, pero más de una vez tuvo un golpe de suerte y colocó las cinco. Las bases inferiores se llenaron pronto, pero luego el juego continuó con lentitud y a todos les costó llegar a la tercera estación. Barlow despachó su quinta con un prolijo golpecito.

—Por fin —dijo.

—Está empatado —dijo Pringle.

Barlow se inclinó sobre el tablero y examinó durante un rato la pieza de medio penique.

—No —dijo—. Yo no veo que esté empatado.

Miró a su alrededor buscando a Harriet, que como no era su turno había dejado la mesa y lanzaba dardos al blanco bajo la mirada sombría de los dos jóvenes de calzado amarillo que habían estado jugando al *shove-halfpenny*. Barlow se volvió hacia Atwater.

—¿Qué te parece? —dijo.

Atwater dijo:

—En realidad no creo que esté en la línea. Es difícil ver bien con esta luz.

—¿Qué piensas, Sophy? —dijo Barlow—. Eres el árbitro.

Sophy dijo:

—Bueno, no conozco la regla exacta sobre ese punto.

Barlow dijo:

—No es una cuestión de conocer las reglas. Es una cuestión de vista. ¿Ves un espacio o no?

—Bueno, no sé —dijo ella.

Barlow dijo:

—Estás casi frito.

Pringle dijo:

—No hace ninguna diferencia. Aquí la regla es que está empatado si hay dudas al respecto.

Atwater dijo:

—¿Es el tipo de tablero en el que la línea de metal se levanta?

Así era. Atwater levantó la línea desde un extremo del tablero. No tocó el medio penique. Pringle dijo:

—Eso no importa. La manera en que se juega en esta parte del mundo dice que está empatado si hay dudas al respecto.

—¿Por qué tiene las líneas que se levantan, entonces?

—No lo sé.

—Es una extraña manera de jugarlo.

—Puede ser, pero así es.

—Supongo que tendré que tomar tu palabra.

—Pregúntale a cualquiera de las personas de aquí.

—No lo haré —dijo Barlow—. No me gusta hablar con extraños. Nunca sabes cómo van a reaccionar.

Harriet volvió del blanco. Dijo:

—¿Es mi turno otra vez?

Tenía un dardo en la mano. Dijo:

—Me parece que le hice algo a la punta de esta cosa. No dio en el blanco y cayó en el piso.

Sophy agarró el dardo.

—Bueno, rompiste la parte superior —dijo ella.

—Eso es —dijo Harriet.

—Perdimos el juego, Harriet —dijo Barlow.

—Oh, Héctor. Qué idiota eres.

Barlow dijo:

—Sí, fue todo culpa mía, ¿no?

—Sí —dijo ella—. Eres un idiota.

En la otra barra unos aldeanos empezaron a cantar con cierto abatimiento y poca afinación: *Oh, muéstrame el camino a casa, porque estoy cansado y quiero irme a la cama*…

—Una ronda más antes de irnos —dijo Barlow.

—Bien, señoras y señores —dijo el barman—. Es la hora, por favor.

Sophy rechazó el último trago. Los demás todavía tenían cerveza.

—Terminen sus bebidas, damas y caballeros —dijo el barman.

Pringle dijo:

—Tiene que darnos otros cinco minutos. No se apuren.

—No lo hará —dijo Atwater—. Es hora. Esto es el campo.

El barman dio la vuelta al mostrador.

—Es hora, por favor —dijo.

Harriet dijo:

—No debes apurar a una dama que toma una pinta de cerveza. El efecto podría ser letal.

Al barman no le hizo gracia. Le sacó a Harriet el vaso de la mano. Pringle, Barlow y Atwater engulleron sus pintas.

—Llévatela —dijo Harriet—. Llévatela. Pero por el amor de Dios toma además mi consejo y no la bebas. Con esa cosa no lavaría ni mi auto.

—Estamos cerrando —dijo el barman. Ninguno de ellos le hacía gracia en absoluto. Apiló los vasos uno dentro de otro y los llevó detrás del mostrador. Luego abrió la puerta y la sostuvo hasta que salieron.

—Buenas noches —dijo Pringle.

—Hasta pronto —dijo el barman.

Caminaron hacia la franja de pasto enfrente del pub. Afuera brillaba la luna. La gente que había estado en el bar permanecía en grupos de pie, intercambiando unas últimas palabras y saldando discusiones sobre la moral local. Al salir, dos personas abandonaron uno de los grupos más grandes y avanzaron hacia ellos. Era una pareja de ancianos, un hombre y una mujer. Fueron hacia Pringle, y el hombre dijo:

—Lo que digo es, señor Pringle, que no puede continuar, porque cada día es lo mismo y nuestra Ethel es una chica respetable, y qué es eso de no volver a casa hasta las once y cosas raras… no es lo mismo que Londres, señor Pringle; en un lugar pequeño la gente habla y lo que dice uno los otros lo repiten y tenemos que cuidar de nuestra niña.

—¿Quién es usted? —dijo Pringle. Lo habían forzado a tomar su última pinta de cerveza aceleradamente y no estaba preparado para entrar de improviso en una discusión tan acalorada. Tragó con dificultad. Luego se recuperó y empezó a contraerse con nerviosismo. La mujer dijo:

—Es así, señor Pringle, el domingo pasado vi a mi cuñada sonriendo para sí y le pregunté: «¿De qué te ríes, Hazel?», le dije. «Cosas», dijo ella, y dijo: «Hay una chica aquí en el diario que se escapó de casa después de ver cosas raras en el cine», dijo. «Eso es lo que hará tu Ethel un día de estos», dijo.

—¿Qué es esto? —dijo Harriet.

—Los padres de Ethel piensan que eres una mala influencia para ella —dijo Pringle—. De acuerdo, si quieren llévense a la chica.

—Tonterías —dijo Harriet—. No podemos estar sin mucama.

Ofrécele un salario más alto, Raymond.

—Disculpe, señorita —dijo el señor Chalk—. No es cuestión de salarios. Ethel gana un salario justo.

Harriet se acercó a él. Tomó su brazo y dijo:

—No, por supuesto que no, señor Chalk. Sé cómo lo hace sentir eso, y si fuera mi hija para mí sería exactamente lo mismo. Pero es un trabajo duro y el señor Pringle va a pagarle a Ethel otros diez chelines semanales.

—Lo correcto es lo correcto y lo que está mal está mal —dijo la señora Chalk.

Pringle dijo:

—Bueno, no prometo nada.

—Vamos, Raymond —dijo Harriet—. No seas tan mezquino. Recuerda que eres nuestro anfitrión y lo incómodos que estamos, en cualquier caso. Fácilmente puedes permitirte otros diez chelines semanales.

—Lo correcto es lo correcto y lo que está mal está mal —dijo la señora Chalk, irritada por el continuo estrujamiento a que Harriet sometía el brazo de su marido.

Pringle dijo:

—Bueno, para Ethel sería muy inconveniente irse, así que ¿podríamos cerrar en cinco chelines extra?

—Raymond, eres tan tacaño —dijo Harriet.

—¿Cinco chelines? —dijo Pringle.

La señora Chalk dijo:

—No es cuestión de negociar todo el tiempo nuevos términos.

—Ya, madre —dijo el señor Chalk.

—¿Bien? —dijo Pringle.

La luna había salido de atrás de un banco de nubes y la luz era lo suficientemente fuerte para que Atwater viera con claridad la cara del señor Chalk. Era un hombrecito de ojos brillantes. Atwater lo vio parpadear. La señora Chalk era obstinada.

—Lo correcto es lo correcto y lo que está mal está mal —dijo. Le echó a Harriet un vistazo.

—Espero que les resulte satisfactorio —dijo Pringle.

—Está bien, jefe —se aventuró el señor Chalk.

Harriet le dio una última palmadita al brazo del señor Chalk. El señor Chalk se veía algo atontado cuando le dijeron buenas noches.

Emprendieron el camino de regreso hacia la casa. Atwater miró por encima del hombro cuando se habían alejado un poco y vio que

la señora Chalk todavía hablaba con su marido.

23

Naomi Race llegó dos o tres días después de Atwater. Llevaba consigo una buena cantidad de equipaje y un perro. Cuando Pringle le mostró la habitación que le había destinado, ella pensó que estaba bromeando; pero al final se quedó porque no tenía un plan mejor. Después de un tiempo se acostumbró al lugar, aunque insistió en obtener otras dos sillas para su dormitorio, así que Pringle agarró una del cuarto de Atwater y una de la habitación en la que dormían Barlow y Sophy. Después de eso, la señora Race pareció satisfecha, aunque se quejaba seguido de que no hubiera agua caliente. Su perro hacía tropezar a todos y no estaba muy bien domesticado, pero al final todos se acostumbraron también a eso.

A veces jugaban al tenis. La señora Race y Barlow jugaban contra Sophy y Pringle. La señora Race solía decir que había aprendido tenis en el colegio poco después de que sustituyera al croquet como deporte de moda, y sacaba unas pelotas enroscadas sin levantar el brazo por encima del hombro que a Pringle le resultaban imposibles de alcanzar. Sophy siempre se quedaba mirando a Barlow cuando sacaba en vez de a la pelota. Lo miraba con una curiosa aprobación bovina, como si estuviera en trance, y solo volvía a la vida después de haber perdido el golpe, por lo que a pesar de los sorprendentes cortes de Pringle en la red la mayoría de las veces ganaban los otros. A Pringle no le gustaba mucho perder. Una de las razones por las que no le gustaba era porque sabía que podía vencer a Barlow cuando jugaban *singles*. Además, el saque de la señora Race lo irritaba. La cancha no estaba alambrada, y las pelotas desaparecían entre los arbustos.

—Empezamos con dos estuches de pelotas —dijo Pringle—. Y ahora solo hay cuatro.

Profirió varias malas palabras en voz alta. Ethel lo miró con desaprobación desde la ventana del lavadero, donde lavaba los platos. De todo el grupo, Harriet era su favorita. Ninguno de los hombres le resultaba medianamente aceptable.

—¿Tocó la línea, no? —dijo Barlow.

—No —dijo Pringle—, fue fuera.

Harriet, entretenida con su set de manicura y tirada en una alfombra al costado de la cancha, levantó la vista.

—No. Fue en la línea —dijo—. No hagas trampa, Raymond.

—Fue fuera —dijo Pringle.

—No fue —dijo Harriet.

Barlow dijo:

—Creo que fue fuera, de hecho. El sol me da en los ojos.

Tenían el saque de nuevo. Jugaron dos puntos largos y otras dos pelotas se metieron entre los arbustos, una animada y engañosa derecha de Pringle y un globo de Sophy, que se alzó en el aire y cayó a lo lejos. La señora Race se negó a continuar el juego hasta que hubiera como mínimo tres pelotas. Por lo tanto abandonaron el set. Pringle se internó entre los laureles a buscar pelotas y después de un rato Sophy fue a ayudarlo. Atwater marcó la página en *El enterramiento en urnas* con un pedazo de papel plateado que había tomado de la caja de cigarrillos de Harriet y siguió a Barlow a la casa. Cuando entró por el ventanal, Barlow se hallaba frente al caballete que sostenía el último trabajo de Pringle. Ambos lo observaron durante un rato. Barlow dijo:

—Pobre Raymond. No tiene talento. No sabe ni siquiera escribir.

Examinó el lienzo con atención.

—Muchas veces pienso en los maestros de escuela —dijo—. Hombres que podrían haber hecho fortunas en los *music halls* y prefirieron enseñarle matemáticas a los niños.

—Sin duda tenían sus motivos.

—Sin duda.

Harriet entró desde el jardín arrastrando la alfombra detrás de ella. Les rodeó los hombros con los brazos y observó el cuadro con ellos. Dijo:

—Lo están mirando al revés.

Barlow deslizó su brazo por debajo de las rodillas de ella y la llevó hasta el sofá.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo él.

Harriet dijo:

—¿Por qué no vamos a nadar?

—¿Vendrás a nadar, William?

—Sí, voy a nadar.

Barlow se dirigió de nuevo hacia el ventanal. Pringle y Sophy todavía buscaban pelotas. La señora Race se abanicaba sentada en una reposera. Barlow gritó:

—¿Vienen todos a nadar?

La señora Race fue la única que escuchó lo que había dicho, y gritó:

—Definitivamente no.

—¿Vienen a nadar? —gritó de nuevo Barlow. Sophy y Pringle fueron hacia él. Entre los dos habían conseguido recuperar varias pelotas. Algunas eran las que se habían perdido dos días antes y se encontraban bastante húmedas. Pringle dijo:

—¿Si vamos a qué?

—¿Vienen a nadar?

Sophy agitó la cabeza y sonrió. Bañarse era una de las cosas que no le gustaban. Sólo una vez Barlow la había convencido de entrar al mar, y ella había salido de inmediato diciendo que no le gustaba en lo más mínimo. Desde entonces no había vuelto a intentarlo, pero le divertía bajar a la playa y ver nadar a los demás. Pringle dijo:

—No, no voy. No tengo ganas.

Harriet dijo:

—Raymond, ¿no será que te has enojado porque dije que hiciste trampa en el tenis, no?

—Está claro que no me importa lo que digas.

—Creo que sí estás enojado.

Pringle le tocó la cabeza con la mano.

—No, no lo estoy —dijo. Parecía complacido de que le hubiera preguntado si estaba enojado. Harriet dijo:

—Bueno, todos vamos a nadar. ¿En serio no quieres venir?

—No. No tengo ganas.

Ya se le había pasado el mal humor, pero no quería bañarse. Dijo:

—Voy a poner estas pelotas junto al fuego de la cocina. Cuando se sequen un poco servirán para jugar.

Entró a la casa. Harriet dijo:

—¿No le arruiné el humor para el resto del día, no?

Barlow dijo:

—Estará bien. Sube a agarrar tus cosas de baño. Lo nuestro está en el lavadero.

—¿No es perfecto con cosas como las pelotas de tenis? —dijo ella.

24

Atwater no se quedó en el mar mucho tiempo porque al acercarse la noche empezó a hacer frío. Salió, se secó y se puso los pantalones mientras observaba a Barlow y Harriet, que estaban en la orilla discutiendo. Barlow tenía un cuerpo largo y piernas cortas y fuertes. El agua salada parecía no ejercer efecto alguno sobre su mata de pelo negro, que todavía se veía como si no hubiera sumergido la cabeza en absoluto, aunque había estado nadando de aquí para allá. En traje de baño notabas que Harriet estaba engordando un poquito de más, pensó Atwater. Mientras los miraba, Harriet le dio a Barlow un empujón con la mano que lo hizo caer de espaldas al mar. Después se apartó y nadó mar adentro. Barlow se sacudió el agua de los ojos y la siguió. Atwater los observaba y lanzaba piedras al mar. Después terminó de vestirse y se recostó sobre los guijarros y los esperó. Barlow fue el siguiente en regresar. Dijo:

—Demonios. Me quedé demasiado tiempo. Tengo frío.

Harriet volvió también después de un momento y regresaron a la casa.

25

El auto se encontraba completamente fuera de servicio. Pringle repetía sin cesar que tenía que hacerlo ver por alguien. Un día hasta llegó a escribir un mensaje a un taller de las cercanías. Fueron a pasear y a nadar y Barlow pintó bastante. Los nervios de Pringle estaban mejor que en mucho tiempo. Harriet los divertía, pero no les daba respiro. Todavía estaba más desaliñada de lo que jamás la habían visto en Londres.

26

Pringle había estado todo el día de buen ánimo. Barlow dijo:

—¿Qué le pasó? Está como cuando un crítico dijo que su trabajo con el agua tenía cierta originalidad.

—¿Cuando llamó a Pauline de Chabran en el Claridge? —dijo Atwater.

—La semana que le dijo a la señora Beamish que sus fiestas eran las peores de Europa.

—Pero nunca fue a ninguna.

—Eso fue lo que la enojó tanto —dijo Barlow. Dijo—: ¿Volverás con nosotros el lunes?

—Sí.

—¿A trabajar?

—Sí.

Barlow dijo:

—Me da pena irme. Lamentaré no ver más a Harriet, en primer lugar.

—Volverá pronto a Londres.

Sí, volverá pronto a Londres —dijo Barlow—. Ya sabes que he estado pensando en si debería casarme con Sophy. ¿O crees que Miriam sería mejor? A Julia, por supuesto, no la conoces.

Pringle entró en la sala de estar. Fumaba un cigarro. Dijo:

—Tienen que espabilarse, estos pueblerinos. No entienden los métodos modernos.

—¿Ahora de quién se trata?

—La chica del puesto de diarios.

—¿La que tiene anteojos de metal?

—Dijo que si no me gustaba que los diarios llegaran tarde por qué no vivía en otro lugar.

—No es una chica fea —dijo Barlow—. En su género.

—Después está el carnicero —dijo Pringle—. Pero los espabilé a los dos.

Barlow dijo:

—Es notable, lo de la chica del puesto de diarios. Si le quitaras los anteojos no estaría nada mal.

Pringle estaba sin duda de buen ánimo. Después de la cena sugirió ir a caminar por las colinas. Barlow tenía que preparar unas telas, así que decidió no ir. Sophy se había empachado con duraznos y se fue a la cama temprano. Harriet dijo que estaba desganada y la señora Race quería terminar su libro. Así que Atwater y Pringle fueron solos. Pasaron por el pueblo y tomaron por un sendero arenoso hacia las colinas. Pringle estaba muy alegre y decía: «Linda tarde» o «¿Aguantará la lluvia unos días más?» a todas las personas que se encontraban. Pringle dijo que creía que debía

vivir en el campo. Era una vida más natural que la urbana. Además, quería tiempo para pintar. Subieron por la colina hasta divisar la costa. En la cima había unos árboles, se sentaron a su sombra y fumaron mirando el mar. Pringle dijo:

—No me gustaría vivir con una chica como Sophy. Con eso de los duraznos y demás. Hasta Héctor se dio cuenta de eso.

Atwater dijo:

—Yo nunca podría ser algo más que amigo de cualquier chica gorda.

Vieron a una pareja que subía la colina a su derecha. La chica tenía la cara enrojecida y el hombre usaba una gorra a cuadros y un traje de sarga azul con pantalones cortos ajustados y medias muy finitas. Llegaron a la cima de la colina y se sentaron sobre un tronco al otro lado de la arboleda. El hombre pasó su brazo alrededor de la cintura de la chica. No se quitó la gorra. Pringle dijo:

—Hay algo universal acerca del amor.

—Ciertamente.

—¿No crees?

—Sí.

—Mira a esa pareja de ahí.

Discurrió acerca de ellos un buen rato. Atwater escuchó gran parte de lo que Pringle decía y cuando le resultó imposible seguir prestando atención pensó en Susan y si sería posible verla el lunes por la noche o si aún estaría fuera. Alguna de las torres de la estación de servicio reflejó un intenso destello de sol. Pringle resumió las partes más generales de su extemporánea reflexión y dijo:

—En cuanto a Harriet. ¿Qué opinas de ella?

—¿En qué sentido qué opino de ella?

—Bueno, ¿qué opinas de ella?

—¿Como mujer?

—¿Crees que sería una buena esposa?

—Depende de lo que quieras decir con buena.

—Seguro sabes lo que quiero decir con buena.

—Al contrario.

—Pero ¿qué opinas sobre casarse con ella?

—No lo haría.

—Por supuesto, para Héctor es demasiado sofisticada. Le gustan las cosas más sencillas.

—No se lo sugieras. Ya se le declaró a demasiadas mujeres.

—No bromees —dijo Pringle—. Harriet y yo probablemente nos casemos.

—¿En serio?

—Sí.

—Felicitaciones.

—Gracias —dijo Pringle—. Nos gustamos mucho. Atwater dijo:

—Eso siempre hace que el matrimonio sea más satisfactorio, que ambos se gusten mucho.

—Así es.

—Me alegra mucho escucharlo.

—Creo que en cierto sentido ella es afortunada.

La pareja sobre el tronco guardaba silencio. Se habían aproximado más aún bajo la desatada influencia carmesí de la puesta de sol. Atwater dijo:

—Lamento tener que volver el lunes.

—Me alegro de que hubiera lugar para ti —dijo Pringle—. Aunque fue una verdadera lástima que el Doctor Apfelbaum no pudiera venir, porque Héctor y yo queríamos hablar con él del mercado del arte. Pero no hay nada que hacer.

—Tal vez puedas comunicarte con él dentro de un tiempo.

—Lo dudo.

Atwater dijo:

—¿Deberíamos ir volviendo?

Se levantaron, y Pringle arrojó la colilla de su cigarrillo. Dijo:

—Creo que será una buena esposa.

Los amantes habían abandonado el tronco y se habían recostado sobre el suelo mirándose las caras. El hombre todavía tenía la gorra puesta.

Pringle miró hacia el mar. Dijo:

—Sobre estas colinas cae una luz muy especial en las primeras horas de la mañana. Creo que me quedaré aquí un tiempo a pintar. Después haré otra pequeña exhibición en primavera.

Atwater y Pringle regresaron a través de los campos. Ya estaba oscuro y era difícil encontrar claros para avanzar entre los arbustos. En un momento Pringle metió el pie en un agujero de conejo y pensó que se había torcido el tobillo, pero aun así conservó el buen humor. Algunas de las hondonadas entre las colinas se hallaban cubiertas de un vapor flotante, casi una neblina. Alcanzaron el borde del jardín y tuvieron que saltar por encima de la zanja y trepar el alambrado. Un relámpago de verano centelleó cuando

entraron al jardín; en las sombras la casa tenía mejor aspecto. Cruzaron el cantero de flores hacia la sala de estar. Pringle abrió el ventanal y entró. Atwater ingresó detrás de él. El cuarto estaba oscuro. Pringle dijo:

—¿Tienes un fósforo?

Atwater prendió un fósforo y fue hacia la repisa de la chimenea donde estaba la lámpara de aceite. Pringle dijo:

—¿Por qué diablos están a oscuras?

Atwater encendió la lámpara y se volvió hacia la habitación. Barlow y Harriet yacían sobre el sofá. Los dos se veían algo desgreñados y Pringle, que nunca captaba nada con demasiada rapidez, dijo:

—¿Por qué están a oscuras? Afuera es una noche encantadora.

Colocó la lámpara sobre la mesa y la encendió por completo. Harriet empezó a calzarse los zapatos. Tenía el pelo bastante desarreglado. Había perdido una sandalia.

—Fíjate aquí, tal vez —dijo Pringle. De repente cayó en la cuenta.

—¿Dónde diablos está mi zapato? —dijo Harriet. Se arrodilló y buscó debajo del sofá.

—Fíjate aquí, ya sabes —dijo Pringle. Ahora sí estaba enojado. Muy enojado. Atwater se preguntó qué iba a pasar. Harriet encontró el otro zapato y empezó a calzárselo. Se colocó las manos en las caderas y se acomodó meticulosamente el vestido. Dijo:

—Que alguien me dé un cigarrillo.

Atwater le dio un cigarrillo y lo encendió. Tomó uno para sí y miró hacia Barlow. Tenía el pelo tan parado como el de Harriet, lo que le confería un aspecto a la vez curioso y sorprendido, aunque su textura extrañamente áspera lo disimulaba un poco. Era como si se hubiera engominado las puntas hacia arriba.

—Siempre tuve mis sospechas —dijo Pringle.

Barlow no dijo nada, pero sacó la pipa del bolsillo y empezó a llenarla. No parecía haber mucho que decir. Harriet se acomodó un poco el pelo. Después bostezó y dijo:

—Bien, chicos y chicas, me voy a la cama. Estoy cansada.

Llenó su cigarrera y cerró la puerta de un golpe detrás de ella.

—Eres un sinvergüenza —dijo Pringle.

Barlow dijo:

—¿Qué?

—Un sinvergüenza —dijo Pringle—. Un sinvergüenza. —Barlow

tardó en comprender. Después dijo:

—Lo sé. Ambos lo somos. Lo dijiste ayer, cuando hablábamos de Olga.

Pringle jadeaba. Metía las manos en los bolsillos y volvía a sacarlas. Atwater nunca lo había visto retorcerse así. Barlow comenzó a prender su pipa.

—Escucha —dijo—. Lamento mucho todo esto.

—Hace tiempo que lo veo venir —dijo Pringle.

Barlow dejó de encender su pipa y lo miró. Dijo:

—Bueno, ¿por qué diablos no me advertiste? Nunca en mi vida me sorprendí tanto.

Pringle dijo:

—Has sido una mala influencia para mí desde que te conocí. Hasta mi pintura se ha vuelto peor y peor.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

—Estoy seguro de que estás equivocado.

—Sé que tengo razón.

Barlow dijo:

—¿Por cómo aplicas la pintura o eliges los temas?

Genuinamente interesado, suspendió el encendido de la pipa.

—Siempre me desagradaste —dijo Pringle. Su voz se había elevado tanto que casi gritaba. Barlow encendió otro fósforo.

—Siento mucho todo esto —dijo.

—¿Lo sientes? —dijo—. ¿Lo sientes?

—En cualquier caso, mañana me voy.

Alguien abrió la puerta y entró en la habitación. Era la señora Race, con una larga boquilla en la mano y envuelta en una extraña prenda china color verde. Dijo:

—¿Es necesario que hagan todo este ruido?

Pringle dijo:

—Sí, tenemos que hacer este ruido. Salgo de la casa dos minutos y vuelvo y encuentro a este hombre en el sofá con la chica con la que estoy comprometido. Malditos todos ustedes. Voy a hacer todo el ruido que quiera —le dijo a Barlow—: Mañana te llevaré a la estación tan pronto como quieras.

—¿Qué trenes hay mañana? —dijo Barlow.

La señora Race dijo:

—No hay ninguno. Es domingo. En cualquier caso, ambos saben tan bien como yo que el auto está fuera de servicio y lo estará hasta

que el hombre del taller venga a verlo. Prometió pasar el domingo a la noche. Si vendrá o no es otro asunto.

—Lunes, entonces —dijo Pringle.

—Lunes —dijo Barlow.

La señora Race dijo:

—Si vuelvo a la cama, ¿pueden darme alguna garantía de que harán algo menos de ruido?

Pringle dijo:

—No, no podemos. Es mi casa, y haré todo el ruido que quiera.

La señora Race se encogió de hombros. Dijo:

—Ustedes los hombres tienen tan mal carácter.

Le dijo «buenas noches» a Atwater y volvió a subir.

Hubo una pausa. Era una de esas situaciones en las que tener o no razón no hacía mucha diferencia, al menos en términos de desarrollo del problema. Eso es lo que sentía Atwater al respecto. Pringle dijo:

—Voy a cerrar la casa.

Salió. Lo escucharon cerrar puertas y desplazar cerrojos. Barlow dijo:

—Creo que metí la pata.

—Creo que sí —dijo Atwater.

—¿Qué piensas?

—Estás loco.

Oyeron a Pringle agitar ollas y sartenes en la cocina y maldecir. Hubo un ruido tremendo cuando movió lo que debía ser el tacho de basura. Subió y bajó palancas y golpeó una ventana. Barlow dijo:

—Me he puesto en ridículo.

Atwater dijo:

—Sí, lo hiciste.

En la cocina, Pringle imprecaba y sacudía cosas de aquí para allá. Entonces gritó:

—Aquí, digo.

—¿Qué? —dijo Atwater.

—Ven aquí.

Atwater entró en la cocina. No había nadie, así que avanzó hasta el lavadero. Pringle estaba ahí. Tenía el saco enganchado en la palanca que cortaba el agua. Se encontraba de pie en el lavabo con el cuerpo doblado formando un ángulo. Atwater trepó a la pileta y tiró. Tiraron los dos. Pringle maldecía.

—No desgarres el saco —dijo.

—No lo haré.

—Lo harás si sigues tirando así.

—No creo que lo haga.

—Sí, lo harás.

Daba la impresión de que Pringle tendría que ser extraído de su ropa o quedarse en el lavabo toda la noche hasta que fuera posible conseguir un plomero. Atwater perdió el aliento debido a la tracción. Pringle seguía atrapado entre la palanca y una pequeña rueda. Atwater dijo:

—¿Traigo a Héctor?

Pringle insultó. Tiraron de nuevo. Entonces Barlow entró para ver qué les pasaba y por qué Pringle hacía tanto ruido. Dijo:

—¿Puedo ayudar?

Atwater dijo:

—Sí.

Atwater y Barlow levantaron a Pringle en el aire para quitarle peso al saco. Al tirar de nuevo en esta posición lograron liberarlo, aunque les llevó varios minutos. Después prendieron las velas que estaban sobre la mesada de la pileta y se fueron a la cama. Pringle se veía pálido. Nadie se deseó las buenas noches.

Atwater entró a su cuarto. Cerró la puerta.

Observó que había varias arañas grandes sobre la almohada, y las atrapó una por una con el vaso del baño y las dejó caer por la ventana, pero no interfirió con las polillas que se habían acumulado alrededor de la vela. En la cama se quedó despierto por un rato, sopesando una serie de asuntos. Luego se durmió.

27

Esa mañana la atmósfera en la casa no era buena. Barlow se fue a pintar después de desayunar temprano. Había desayunado tan temprano que Atwater lo había visto salir de la casa con un caballete bajo el brazo cuando él se dirigía hacia el baño. Atwater se vistió y bajó al mismo tiempo que Sophy. No había nadie más. Sophy dijo buenos días y sonrió. Atwater se preguntó cuánto le habría contado Barlow, pero pensó que estaba acostumbrada a que Barlow y Pringle se pelearan y no dijo nada sobre la noche anterior. Sophy le sirvió el café y dijo:

—Así que Barlow y Raymond se agarraron de nuevo. Nunca, bajo ninguna circunstancia, llamaba a Barlow por su nombre. Atwater dijo:

—Sí, lo hicieron.

—¿Son unos tontos, no?

Parecía bastante contenta y se había recuperado de su empacho de duraznos. Permaneció sentada sonriendo para sí, y después del desayuno tomó su caja de costura y empezó a remendar unas medias de Barlow.

—¿No están tardando mucho? —dijo ella.

En ese momento apareció Harriet. Se había arreglado considerablemente y se veía tranquila. Habló mucho y devoró un gran desayuno, pero la atmósfera no estaba bien. La señora Race nunca bajaba antes del almuerzo y no había señales de Pringle. Después del desayuno Harriet se arregló las uñas y Sophy zurció las medias de Barlow. No lo hacía muy bien y normalmente Barlow tenía que tirarlas después porque estaban llenas de bultos, pero el hecho de que ella las zurciera les daba a ambos una sensación de confianza mutua. Atwater leyó la *Vogue*, incluidos los anuncios para remover el vello, dado que para entonces ya sabía casi todo el resto de memoria y era demasiado temprano para seguir con *El enterramiento en urnas*.

Harriet dijo:

—Vamos a sentarnos en los acantilados. Hoy no quiero estar adentro.

Sophy dijo que había quedado en encontrarse con Barlow a las doce en el viejo aserradero, por lo que difícilmente valdría la pena que fuera. Dijo que de lo contrario habría sido muy agradable ir a los acantilados.

—Tienes que venir conmigo, William —dijo Harriet.

Sophy se quedó zurciendo medias durante un rato antes de ir a encontrarse con Barlow en el viejo aserradero, porque sabía que no le gustaría que llegara demasiado temprano. Atwater y Harriet se dispusieron a salir.

Estaba soleado y fresco mientras caminaban hacia el mar. Harriet no tenía sombrero ni se había puesto medias, pero se había maquillado la cara con pericia. Caminaron un poco más a lo largo del camino y después treparon el alambrado que lo bordeaba y arremetieron a través de las colinas. El aire era fresco, algo metálico y escandinavo. Después de atravesar varios campos encontraron un

lugar para tumbarse al sol desde donde la playa era visible a lo lejos en cualquier dirección. Se acostaron en el pasto mirando el mar, y un olor a algas subió hasta ellos desde el agua. Había uno o dos barcos a la vista. Harriet dijo:

—William, estoy tan triste.

—¿De verdad?

—Las cosas siempre salen mal.

—¿Sí?

—¿Tienes un cigarrillo?

Le dio un cigarrillo y la observó fumarlo ahí tendida. Tenía buenas piernas, que estaban bronceadas por el sol, y el sol le había desteñido también el pelo, por lo que dos o tres rulos eran ahora más claros que el resto. Miró a Atwater con los ojos entrecerrados.

—¿No crees que hice un desastre?

—Sí, creo que sí.

Ella se rio y rodó boca abajo.

—Mira —dijo—. Ahí está Raymond.

Atwater se sentó y miró hacia la playa. Pringle vestía un traje y caminaba lentamente con las manos en los bolsillos dando pasos muy largos que lo hacían parecer más pequeño de lo que realmente era. Harriet dijo:

—¿Crees que sería mejor si se dejara crecer la barba?

Observaron a Pringle en lugar de al mar. Avanzó hasta que estuvo casi por debajo de ellos, donde podían verlo sin que él los viera. Se quedó ahí por un momento y después se quitó el reloj y lo puso dentro del bolsillo. Empezó a desvestirse. Fue doblando y apilando la ropa prolijamente a medida que se la quitaba.

—Raymond no debería desnudarse así a plena luz del día en la parte más abierta de la playa —dijo Harriet—. Podría venir cualquiera. Absolutamente cualquiera. A algunas personas podría no gustarles.

Atwater dijo:

—Se olvidó la toalla.

Observaron a Pringle desvestirse. Al fin estaba desnudo. Se quedó mirando el mar con las manos en las caderas. Era blanco hasta el cuello, y su cabeza era marrón y grande y lo hacía parecer sobrecargado en la parte superior. El sol le enrojecía aún más el pelo.

—Tiene mal cuerpo —dijo Harriet.

Pringle se quedó allí rascándose. Lo hizo durante un rato y

después avanzó hacia el mar. Caminaba con cautela debido a que las piedras evidentemente le lastimaban las plantas de los pies, y cuando llegó al mar se detuvo y miró atrás en dirección a la casa. Harriet dijo:

—Acaba de acordarse de la toalla.

Pero Pringle entró al agua. Daba pasos altos, como marchando, y chapoteaba al enterrar los pies dentro del mar. De pronto el agua se hizo más profunda. Le llegó hasta la cintura y se dejó caer hacia delante y empezó a nadar. El sol iluminaba sus brazos mientras nadaba alejándose de ellos con pretenciosas brazadas de costado. El mar se veía muy azul y la niebla cubría el horizonte. Lo observaron un rato. Su cabeza era como una extraña fruta roja flotando sobre el mar. Luego nadó hacia el sol y divisarlo se volvió más difícil. Harriet se levantó y se estiró. Dijo:

—Caminemos hacia el bosque.

—¿Por qué?

—Ahí es lindo.

—¿Sí?

—Sí.

Atwater se levantó del pasto. Bajó la mirada hacia el mar, pero la cabeza de Pringle ya no estaba a la vista. En el horizonte la niebla se espesaba. Una serie de pequeñas embarcaciones con velas avanzaba hacia la costa, y a lo lejos había un barco negro con chimenea y humo. Abandonaron los acantilados y a través de los arbustos se abrieron paso por una parte de tierra trabajada. Había surcos profundos, por lo que tuvieron que pasar de la parte superior de un surco a la parte superior de otro y dar pasos demasiado largos o demasiado cortos. Harriet tropezó y lo agarró del brazo. Dijo:

—¿Estás enamorado de alguien, William?

—Sí.

—¿De verdad?

—Acabo de decirte que sí.

—Yo también, pero nunca lo veo, así que ¿qué sentido tiene?

—No sé.

La tierra arada terminó, y se internaron en un bosque donde el sol entraba oblicuo a través de las ramas. En un claro, una hondonada con una ladera a cada lado, Harriet se sentó y Atwater hizo lo mismo a su lado. Ella dijo:

—¿Crees que uno de estos días todo se va a arreglar?

—No.

—Yo tampoco —dijo. Se rio de nuevo.

Atwater dijo:

—¿Qué va a pasar con todo esto?

—No sé —dijo—, no todavía.

—¿Qué opinas?

—No lo sé.

Ella entrecerró los ojos. Atwater notó otra vez que, aunque su cara estaba muy maquillada, lo había hecho bien. Pasó su brazo alrededor de ella y la besó. Ella se rio y se tendió en sus brazos y cerró los ojos. Estaban todavía en el bosque, excepto que ahora podían oír el oleaje del mar.

—Es agradable estar acostados aquí, ¿no es cierto, William?

—Sí.

—¿De quién estás enamorado?

—Nadie que conozcas.

—¿No?

—No.

—¿La ves?

—Se ha ido.

—¿De verdad?

—Sí.

Yacía en sus brazos y se sentía tibia y resuelta mientras él deslizaba su mano sobre su cuerpo. Había un olor a hojas en el bosque y el pasto era suave y placentero, a pesar de todos los insectos que zumbaban a su alrededor.

—¿De quién estás enamorada? —dijo.

—De un hombre muy extraño.

—¿Quién?

—Nunca lo conociste. Es dulce.

—¿Sí?

—Sí —dijo—. Pero vive en España.

El aire estaba cargado con la fragancia empalagosa de las hojas, y había pájaros cantando cerca de ellos. La luz solar entraba entre las ramas.

—Eres una chica retorcida, Harriet.

—Lo sé.

La besó.

—Pero ¿qué estás haciendo? —dijo ella.

En el bosque las cosas parecían muy remotas. Los insectos zumbaban incesantemente alrededor.

—William.
—Harriet.
—Esto es tonto.
—Para nada.
—Espera un momento.
—Así es mejor.
—¿A quién pertenecen estos bosques? —dijo ella.
Él se rio y se echó en sus brazos, besándola. El universo parecía notablemente ausente.
Y después la realidad fue más contigua. Los pájaros todavía cantaban, y oyeron el oleaje del mar desde la playa. Harriet soltó una risita. Se sacudió el pelo.
—¿Tienes un peine de bolsillo? —dijo, mientras se levantaba.
—Eres una maldita por reírte.
—¿Tienes un peine?
—No.
—Supongo que deberíamos volver.
—Sí.
Avanzaron hacia donde terminaba el bosque. Hacía más frío y el ruido del mar era más insistente y había una o dos nubes en el cielo. Atwater dijo:
—Mejor vayamos por la ruta. Va a llover.
—¿Sí?
—Obviamente.
Atravesaron el bosque y luego un campo y salieron a la ruta. Harriet dijo:
—No camines tan rápido.
—¿Por qué no?
—Me lastima el zapato.
—Maldito zapato.
Ella se rio. Dijo:
—Antes de entrar a la casa límpiate el lápiz de labios. Justo al llegar a la casa empezaron a caer grandes gotas de lluvia. El cielo se había puesto gris. Iba a diluviar.
—Tuvimos suerte de no quedar atrapados allí.
Atwater dijo:
—Sí, tuvimos suerte.

28

Barlow y Sophy se encontraban en la sala de estar. Parecían felices y Barlow había pintado un muy buen cuadro. Se lo mostró a Atwater. Harriet subió a peinarse. Barlow dijo:

—Parecen muy cómplices esta mañana. ¿Qué estuvieron haciendo?

—Estuvimos en los acantilados mirando el mar.

—¿Fue divertido?

—No estuvo mal.

Atwater se sentó en el cajón de madera en el que había llegado el vino de Burdeos y encendió un cigarrillo. Barlow se limpió un resto de pintura de la uña del pulgar con un trapo y aguarrás. Harriet bajó de peinarse el pelo. Dijo:

—Vimos a Raymond bañándose en el mar. Se había olvidado la toalla.

La señora Race, con el *Daily Mirror* en la mano, se asomó por la puerta.

—¿Está listo el almuerzo? —dijo.

Atwater dijo:

—Estamos esperando a Raymond. Supongo que vendrá pronto. Lo vimos en el mar.

La señora Race se sentó en el sofá a leer el *Daily Mirror*. Sophy zurcía las medias de Barlow y Atwater levantó la *Vogue* y la abrió, pero volvió a ponerla en su lugar y miró por la ventana hacia la lluvia. Harriet encendió el tocadiscos. La señora Race dijo:

—Pobre Raymond, es un pésimo anfitrión al hacernos esperar de esta manera.

Tiró el *Daily Mirror* en el suelo y suspiró. Barlow dijo:

—Creo que tenemos que esperar un poco más.

La señora Race dijo:

—¿Lo vieron esta mañana?

—Todavía no. Salí a pintar temprano. ¿Alguien habló con él?

Nadie había hablado con él. Barlow dijo:

—¿Crees que será incómodo?

Se lo veía algo nervioso. La señora Race dijo:

—Probablemente sea muy incómodo.

—Quiero decir, ¿piensas que será problemático?

La señora Race dijo:

—Siempre me parece problemático. Problemático y grosero.

Evidentemente había dormido mal. Levantó el diario de nuevo. Esperaron, escuchando el tocadiscos. No había señales de Pringle. Barlow dijo:

—Creo que debemos esperar un poco más. Dadas las circunstancias.

Harriet dijo:

—Claro que puede haberse ahogado.

—O puede que le hayan robado la ropa —dijo Sophy—. No me extrañaría.

—¿No le causaría mucha gracia? —dijo Harriet. Se rio y miró a Atwater, que le levantó las cejas.

—Va a tener que cambiarse toda la ropa cuando vuelva —dijo Sophy—. Va a estar empapado.

Esperaron. Todos tenían hambre. Cuando el reloj marcó la hora, la señora Race se levantó. Dijo:

—Yo me voy a almorzar. Será mi primera comida del día, a menos que cuente la aspirina que tomé a las once. El resto que haga lo que mejor le parezca.

—En cualquier caso —dijo Barlow—, siempre nos podemos sentar con él cuando venga. Toda la comida es fría. Es más fácil almorzar en la tarde si es comida fría.

Estaba preocupado por Pringle. Harriet dijo:

—Sin duda es absurdo esperar tanto para almorzar. Iremos ahora mismo.

Atwater los siguió hacia el comedor. La mesa estaba servida. El fiambre estaba en un extremo y encima de la carne yacía un sobre. Harriet dijo:

—Supongo que es la cuenta del carnicero. Ethel siempre encuentra alguna manera especial de llamar nuestra atención hacia estas cosas.

Barlow se inclinó sobre la mesa y agarró el sobre. Lo abrió y leyó la única hoja de papel que había en su interior. Cuando la terminó de leer se la entregó a Atwater. Atwater la leyó. Después la leyó de nuevo. Era una nota de Pringle. Decía que hacía unos meses que estaba deprimido. Que sentía que no había triunfado en la vida. Y a esto se había sumado lo sucedido la noche anterior. Creía, por lo tanto, que no volvería de bañarse en el mar esa mañana. Les pidió que destruyeran la carta. Añadía que había dos billetes de cinco libras en el cajón superior derecho de la cómoda al lado de su

cama, que le pagaran a Ethel con uno (y le dieran el cambio a Harriet), y le enviaran el otro a su hermana.

Atwater se sentó y leyó la carta por tercera vez.

—¿Qué piensas? —dijo Barlow.

Atwater dijo que no sabía qué pensar. Nunca había visto con tanta claridad como en ese instante la magnitud de su error al venir a quedarse en el campo con Pringle. Le entregó la nota a Harriet, que estaba cerca de él. Harriet la leyó y después lo hizo en voz alta. Nadie dijo nada durante un breve intervalo. Parecía no haber nada que decir para aliviar concretamente la situación. Al fin, Harriet dijo:

—No creo que lo diga en serio. Sólo está manifestando su complejo de inferioridad, ¿no les parece?

Sophy era la más sorprendida. El cine la había acostumbrado a emociones violentas, pero cuando se dio cuenta de que Pringle se había suicidado lloriqueó. No conocía los detalles de la noche anterior. Solo que Barlow y Pringle se habían peleado. Se peleaban a menudo, y en cualquier caso ella y Barlow se iban el lunes porque tenía que volver a la tienda a trabajar. Pero a ella todo el mundo le caía bien y por lo tanto lloriqueó. Todo su cuerpo temblaba en espasmos suaves cuando lloraba.

—Tuve una premonición de que algo así pasaría —dijo la señora Race—. Lo supe desde el principio. No entiendo por qué vine.

Barlow dijo:

—Me siento enteramente responsable.

Se veía muy, muy trastornado.

Hambriento, pero considerando que no sería fácil comer mientras el cuerpo de su anfitrión se trasladaba a lo largo del canal, Atwater dijo:

—¿Qué haremos?

La señora Race dijo:

—Me niego a creer que esta no es otra de sus bromas pesadas. Si almorzamos, no tengo ninguna duda de que aparecerá.

Barlow dijo:

—Pero, quiero decir, no podemos almorzar.

—¿Propones que ayunemos indefinidamente?

Harriet dijo:

—La mesa está servida. Podemos comer ahora y decir que es un almuerzo. O podemos comer a las siete y media y decir que es una cena.

La señora Race dijo:

—Cuando hayamos ingerido algo de comida estaremos mejor equipados para enfrentar la situación. Estoy segura de eso.

Se sentaron y empezaron a comer. Casi no conversaron. Atwater tenía hambre, pero trató de llevarse la comida a la boca con desinterés para dar la impresión de que no comía mucho.

—Creo que volverá —dijo Harriet; aunque al mismo tiempo parecía impresionada por las circunstancias.

Barlow dijo:

—Tenemos que hacer algo al respecto después de almorzar.

—¿Podrías pasarme la remolacha, Sophy? —dijo la señora Race. La atravesó con los ojos. Comieron en silencio.

Atwater dijo:

—Podríamos ir a ver si su ropa está aún ahí después de almuerzo.

—Es decir, si no ha vuelto a aparecer.

Barlow les cortó a todos un poco de pan. Sophy se atragantó, y después de que Harriet le diera unas palmaditas en la espalda empezó a llorar de nuevo. Tomó prestado el pañuelo de Barlow porque se había olvidado de bajar el suyo, y el pañuelo le pegó un poco de la pintura que tenía, que le quedó desparramada por la cara. Barlow dijo:

—Si no vuelve, supongo que tendríamos que avisar a la policía.

Atwater peló un trozo de queso envuelto en papel plateado. La señora Race comía cerezas. Ese día parecía increíblemente vieja. Barlow dijo:

—Me siento muy culpable.

Después del almuerzo no hicieron café. Colocaron el medicamento de Pringle en su lugar en la cabecera de la mesa y Harriet, al levantarse, accidentalmente lo volcó y la botella cayó al piso y se rompió. Recogieron los pedazos con la pala del carbón, pero el medicamento manchó la alfombra, que era un regalo especial que el hombre que la había diseñado le había hecho a Pringle para saldar una deuda incobrable.

Esperaron un poco la digestión de la comida, y después empezaron a caminar hacia la playa. Seguía lloviendo, pero no más que una fina garúa, y solo la señora Race llevaba paraguas. Demoraron más en llegar al lugar donde Pringle se había desvestido de lo que habían tardado Atwater y Harriet en ir hasta el punto desde donde lo habían visto, porque no había manera de bajar

desde los acantilados, y tuvieron que caminar todo el camino a lo largo de la orilla. Las piedras estaban resbaladizas por la lluvia. Dieron la vuelta al promontorio que formaba un descanso resguardado en esa parte de la playa. La ropa todavía estaba ahí y muy mojada por la lluvia. Se acercaron y la observaron. Sophy apretaba un pañuelo que había tomado la precaución de traer con ella. Atwater dijo:

—¿La vamos a llevar de vuelta?

—¿Qué piensan?

La señora Race dijo:

—Será mejor que la llevemos de vuelta.

Cada uno tomó una prenda. Harriet agarró los pantalones y colgó los tiradores sobre su hombro, y Sophy se ocupó de todos los cachivaches tediosos de transportar.

Volvieron a la casa por las piedras resbaladizas a lo largo de la costa. Barlow estaba alterado. Seguía diciendo:

—Esto es culpa mía.

La señora Race dijo:

—Si lo dices de nuevo te golpearé.

—Creo que deberíamos informar a alguien sobre esto.

Atwater dijo:

—¿A quién? ¿Y qué vamos a decirle?

—La policía o algo.

La señora Race dijo:

—¿Quién va jamás a la policía excepto en las historias de detectives? ¿Qué podrían hacer, de todos modos?

—Sobre todo teniendo en cuenta que ha querido que parezca un accidente —dijo Atwater.

Harriet dijo:

—Probablemente ha dado la vuelta al acantilado y ha vuelto caminando todo el trecho hasta el Hotel Bungalow y se ha quedado ahí nada más que para asustarnos.

Pero aunque lo dijera no daba la impresión de que estuviera convencida de que Pringle hubiera hecho eso. Atwater dijo:

—De todas formas, el auto está fuera de servicio todavía. Se lo diremos a alguien mañana cuando vayamos de regreso al pueblo.

Después de eso nadie habló.

Cuando llegaron a la casa pusieron la ropa empapada de Pringle en su cuarto. Atwater se preguntó por qué Pringle se había vestido con traje si iba a ahogarse. En general usaba sólo pantalones cortos

y una camiseta, pero por alguna razón hoy se había puesto un montón de ropa, según supuso Atwater, para causar más problemas. En cualquier caso, podría haber entrado usando su vestimenta, fuera lo que fuese. El olor de las prendas húmedas era desagradable y Atwater cerró la puerta de la habitación detrás de él. La señora Race dijo que iba a acostarse. Atwater se dirigió a la planta baja, donde encontró a Ethel limpiando los restos del almuerzo. Cuando Atwater le pagó, pareció apenarle que su trabajo tocara a su fin. Harriet se llevó el cambio y subió a su habitación a escribir una carta a unos judíos que conocía en Leicestershire que con seguridad la alojarían por una semana o dos. Atwater se sentó y comenzó a redactar una carta para la hermana de Pringle, que estaba casada con uno de los directores de una compañía petrolera. Atwater recordó que Pringle siempre había dicho que ella lo consideraba muy extraño, por lo que pensó que era probable que la carta no la sorprendiera. Esperaba, de todas formas, no dejarla en estado de shock. Le leyó la carta a Barlow antes de cerrar el sobre, dentro del cual había metido el segundo billete de cinco libras. Supuso que por más ricos que fuesen, estarían encantados de recibir inesperadamente cinco libras.

29

La tarde del domingo pasó con lentitud y con las horas fue más fácil acostumbrarse a la idea de que Pringle se hubiese suicidado. Después de otro intenso chaparrón la lluvia había parado. Hacía calor, por lo que el pasto mojado desprendía vapor y caían gotas de las hojas del laurel. La red de tenis, que nadie se había tomado la molestia de levantar del suelo o siquiera aflojar, había empezado a combarse hacia el pasto. Barlow y Sophy se encontraban en el jardín discutiendo los planes para volver a casa. Era una tarde de domingo de lo más tradicional, con campanadas de iglesia que sonaban a lo lejos, melancólicas, a través de los campos. Atwater, sentado en la casa, leía *Trilby*, que Barlow le había dado a Sophy recientemente como regalo de cumpleaños. Ya lo había leído, pero ahora le parecía el libro idóneo para las circunstancias, y, aunque la conducta de sus personajes le resultaba familiar, no se le hacía demasiado dolorosa. Mientras leía entró la señora Race. Aún

aparentaba plenamente su edad, y aunque había estado acostada, se había arreglado el pelo y lucía algo menos desgreñada que en las horas previas de la tarde. Dijo:

—¿Conocías bien a nuestro difunto anfitrión?

—Lo conozco desde hace unos tres años.

—¿Esto te sorprende?

—No demasiado.

—Estoy muy, muy enojada —dijo la señora Race—. Muy enojada. Podría golpear a Harriet. Pero si no hubiera sido ella habría sido alguien más. Hay que reconocerlo.

—Siento mucho lo sucedido —dijo Atwater, sin interés en detallar sus sentimientos a la señora Race.

—Por supuesto, *cualquiera* podría ahogarse —dijo la señora Race.

—Cualquiera.

—¿Le dijiste esto a su hermana?

—Más o menos.

—¿Destruiste la nota?

—Sí.

—Supongo que en algún momento deberíamos informar esto.

—Podemos hacerlo mañana cuando vayamos al pueblo. Esta noche es imposible. El auto no funciona.

—De todos modos, no habrá nada que hacer cuando se los digamos.

—¿A quién se lo decimos? —dijo Atwater—. ¿Al policía en el puesto de control?

—¿Qué harás el resto de tus vacaciones?

—Mañana volvía a trabajar, de todos modos.

—Así que te podrías haber ahorrado todo esto.

—Sí.

La señora Race suspiró.

—Nadie fue muy considerado —dijo.

—No.

—¿Dónde están los demás?

—Sophy y Barlow están en el jardín. Harriet está arriba escribiendo cartas.

—Voy a dar un paseo y tratar de limpiar mi cerebro.

Atwater continuó leyendo *Trilby* y la señora Race se fue a dar su paseo. Leyó durante un tiempo. Después puso el libro a un lado. Psicológicamente era interesante, pensó, que a Little Billee le

gustaran tanto los clubes obreros, así como era una verdadera lástima que Pringle no hubiera sido capaz de encontrar una distracción parecida e igual de inofensiva. Pobre viejo Pringle. En él se combinaban todas las peores características de Little Billee y de Svengali juntos, sin los éxitos mundanos del primero o los poderes hipnóticos del segundo. Por otro lado, su círculo de amigos era más entretenido que los de ellos. En cierto sentido era una pena que hubiera desaparecido. Seguía pensando en todos ellos, y en cuánto Pringle habría importunado a la misma Trilby si la hubiera conocido, cuando Barlow entró desde el jardín. Sophy no estaba con él. Dijo:

—¿Cómo te hace sentir todo esto?

—Creo que hizo una cosa muy estúpida.

—¿Crees que fue mi culpa?

Atwater se puso de pie. De pronto se sintió descompuesto. Lo único que quería era partir antes de que se le ocurriera internarse con Pringle en el mar. Pero dijo:

—¿Vino a arreglar el auto el hombre aquel?

—No. Dijo que tal vez se atrasaría.

—¿Vendrá?

—Dicen que es un hombre de confianza.

—¿Entonces mañana podremos irnos?

—¿No deberíamos agarrar el auto esta tarde y decirle a alguien que no volvió a aparecer y que encontramos su ropa?

—Llévate el auto si quieres cuando esté reparado.

—No sé manejar.

—Yo tampoco.

—¿Cómo vamos a salir mañana, entonces?

—Tendrá que llevarnos Harriet. O la estrangularemos.

—¿No debería ir ella esta noche?

—En tu lugar se lo sugeriría.

—¿Se lo digo?

—Si eso te hace feliz.

—¿Piensas que irá?

—¿Tal vez?

—Los Chalk se ocuparán de la casa hasta que venga su hermana.

—Sí.

Barlow dijo:

—En verdad no me sorprende que lo haya hecho.

—Tendremos que estacionar el auto cerca de la estación y

dejarlo ahí —dijo Atwater.

—La carta que le escribiste a su hermana está muy bien.

—Siempre le pareció probable que sucediera algo así.

—A mí también —dijo Barlow—. Pero es absurdo que yo haya sido el detonante. Quiero decir, siempre creí que le caía bien.

—Estoy casi de acuerdo con Naomi Race. Dice que nos defraudó a todos.

—¿Eso dice?

—Más o menos.

—Desde luego, eso es lo que hizo, en cierto modo.

—¿Estás de acuerdo?

—Pero también siento que otra vez me porté mal con Sophy. Naturalmente creo que debería casarme con ella. Pero ¿qué habrías hecho si te hubieras encontrado en circunstancias semejantes con Harriet?

—Pareciera improductivo discutir situaciones hipotéticas de esa índole. Creo que te manejaste con imprudencia.

—Pero ¿qué habrías hecho?

—Realmente no tengo idea.

—Imagino que habrías sido igual de imprudente.

—Seguirá siendo cuestión de opiniones.

—¿Crees que estaría bien si sentara cabeza y me casara con Miriam?

—Podríamos habernos ahorrado un montón de problemas de una sola vez. Ahora es demasiado tarde.

Barlow dijo:

—Oh, nunca se sabe. Es el tipo de cosas que podría volver a ocurrir.

—¿Eso crees?

—Después de todo, uno debe hacerse cargo de ciertas cosas.

—Lamento mucho que haya sucedido.

—Sophy está muy perturbada.

—No me sorprende.

—Qué imbécil fui —dijo Barlow—. Ojalá nunca hubiera ocurrido. De todas formas, no creo que Miriam me acepte.

Atwater se sentó otra vez. Aún no se sentía para nada bien, pero la náusea repentina había pasado. Barlow dijo:

—Saldré de nuevo al jardín hasta la cena. ¿Vienes?

—No.

—¿Y mañana lo contaremos en el pueblo?

—Está bien.

—¿Qué estás haciendo?

—Leo un libro.

Barlow se fue. Atwater se sirvió una buena cantidad de soda y la tomó. Después se sirvió un poco más y tomó eso también. Los odiaba a todos y sólo quería volver a ver a Susan. ¿Dónde diablos se había ido? En cuanto a Harriet… Sacó su cigarrera, pero estaba vacía. La habitación era un desorden; buscó la cigarrera que por lo general se hallaba ahí. Incapaz de encontrarla, renunció a la búsqueda y otra vez se sentó y pensó. Luego de un rato de concentración se le hizo evidente que la cigarrera se hallaba en el comedor y se dirigió hacia el pasillo. La puerta del comedor estaba cerrada y alguien daba vueltas en el interior. Atwater escuchó. Después entró. No se sorprendió del todo al ver a Pringle parado junto a la mesa; pero se preguntó por qué llevaba puesto un pulóver de pescador, pantalones de corderoy y botas de vadeo. Atwater cerró la puerta detrás de él. Pringle tenía una mano apoyada sobre la mesa y miraba en torno de la habitación. Atwater dijo:

—Qué tal.

—Hola —dijo Pringle. No levantó la vista.

—¿Buscas algo?

Pringle se giró. Parecía cansado. Dijo:

—Escribí una carta y la dejé sobre la mesa esta mañana antes de salir.

—¿La dejaste sobre la carne?

—Sí.

—Me temo que la destruimos.

—¿La leíste?

—Sí.

—¿Todos?

—Sí.

—Decidí no hacerlo —dijo Pringle—. Me levantaron unos hombres con un bote. Por eso estoy vestido así.

—Trajimos tu ropa de vuelta —dijo Atwater. Se sintió avergonzado. Pringle parecía tan cansado. Pringle dijo:

—Espero que hayan tenido cuidado con mi reloj. Estaba en uno de los bolsillos del saco.

—Sophy le puso al mecanismo un poco de aceite de ensalada. Estaba bastante mojado.

—¿Quién rompió mi medicamento?

—Harriet.

—¿A propósito?

—No. Por accidente. Me temo que hizo un desastre en la alfombra.

—La arruinó.

—Sí, lo hizo.

—Decidí oponerme al suicidio por completo.

—Estábamos todos muy preocupados.

—Lo que pasó fue que había un montón de botes alrededor. Pero algunos hicieron caso omiso de mi presencia.

—Le escribí a tu hermana. Pero no envié la carta. Le pagué a Ethel. Harriet recibió el cambio.

—Uno de los hombres de otro barco dijo que iba a hacerme una denuncia en la policía por bañarme sin traje de baño.

Pringle se veía en las últimas. Toda la ropa que llevaba puesta era demasiado grande para él. Su pelo rojo estaba horrible. Atwater dijo:

—Supongo que querrás algo de comer. ¿Le digo a Sophy que te prepare un poco de extracto de carne?

Antes de que Pringle pudiera responder, afuera se oyó un canturreo. Atwater se apartó de la puerta en el momento en que Harriet la abría. Se detuvo en el umbral.

—Hola, Raymond —dijo ella—. ¿Por qué estás vestido así? ¿Vas a una fiesta? ¿Podemos ir?

Cruzó la habitación y puso las dos manos sobre los hombros de Pringle y luego apoyó la cabeza sobre su pecho. Se quedó así unos segundos.

—Hueles tan raro —dijo ella.

Pringle la rodeó con sus brazos y apoyó la cabeza sobre la de ella.

—Eres un viejo tonto —dijo ella.

Atwater dijo:

—Voy a decirle a los otros que volviste.

Salió de la habitación y dejó juntos a Pringle y a Harriet. Fue hasta el jardín. Barlow y Sophy se habían sentado en unas reposeras en el último rincón de pasto. Sophy zurcía ropa interior y Barlow tenía con él su ejemplar de *Así habló Zaratustra*, pero no leía. Atwater dijo:

—Raymond volvió. Está vestido como un pescador.

Barlow se levantó rápidamente de su silla.

—¿Sí?

—Sí.

—Gracias a Dios. Me sentía muy culpable.

Barlow suspiró y comenzó a prender su pipa.

—Muy culpable —dijo.

—Supuse que volvería —dijo Sophy. Sonrió—. ¿Tú no lo supusiste, William?

—Sí —dijo Atwater—, lo hice.

—Gracias a Dios que ha vuelto —dijo Barlow. Se volvió a sentar.

Sophy dijo:

—Pero ¿por qué está vestido como un pescador?

La señora Race, que regresaba de su caminata, atravesó el pasto en su dirección. Llevaba un palo en forma de Y, y tenía el aspecto de una de las brujas de una puesta moderna de *Macbeth*. Cuando estuvo cerca, Atwater dijo:

—Volvió.

—¿Quién?

—Raymond.

—¿Quieres decir que todavía está vivo?

—Está en el comedor hablando con Harriet.

La señora Race dijo:

—Dame un cigarrillo. Y levántate, Héctor. Quiero sentarme en esa silla.

—Pero ¿por qué está vestido como un pescador? —dijo Sophy.

30

—¿Se acostó? —dijo Atwater.

Harriet dijo:

—Terminó el extracto de carne. Pronto estará dormido. Está cansado.

—Yo también me iré pronto a la cama —dijo Atwater—. Pero antes tengo que digerir la cena.

—Ha sido un día agotador —dijo la señora Race—. Debo decir que me sorprendiste cuando dijiste que había vuelto.

Harriet dijo:

—Mañana vamos a Londres con ustedes. Los dos pensamos que un poco de vida londinense nos vendrá bien.

—¿Por cuánto tiempo alquiló este lugar? —dijo Barlow.

—Todo el verano. Es posible que volvamos más adelante.

La señora Race dijo:

—Supongo que Londres todavía estará muy vacía. Pero creo que es prudente irse de aquí por un tiempo.

Se hallaban en la sala de estar, fumando. Se había levantado un poco de viento desde el mar y formaba una corriente de aire a lo largo de un costado de la sala. Golpearon a la puerta. Sophy dejó su labor, un pantalón de Barlow, y fue a ver quién era. Barlow dijo:

—Por el momento el tiempo parece haberse descompuesto. Pero puede que aclare más tarde.

Sophy volvió a la sala de estar. Dijo:

—Ha vuelto el hombre a recuperar su ropa.

—¿Qué ropa?

—La ropa que le prestaron a Raymond.

Harriet dijo:

—Está en el baño.

Sophy dijo:

—Oh, la traeré. —Y fue hacia la puerta.

Barlow dijo:

—¿Está esperando afuera?

—Sí.

—Creo que deberíamos darle algo.

—Sí —dijo Atwater—. Deberíamos.

—¿Cuánto crees que deberíamos darle, Naomi?

La señora Race dijo:

—Bueno, ¿qué hizo exactamente?

Harriet dijo:

—Uno de ellos sacó a Raymond del agua. Pero no sabemos si fue este hombre o no.

—¿Qué más?

—Le prestaron la ropa con la que volvió.

—¿Eso fue todo?

—Más o menos.

La señora Race dijo:

—En cuanto al préstamo de la ropa, diría que media corona es más que suficiente.

—El punto es —dijo Barlow—, que también lo sacaron del agua.

La señora Race dijo:

—Por qué no redondear en diez chelines, entonces.

Barlow dijo:

—No estoy seguro de que sea realmente suficiente —le dijo a Atwater—: ¿Cuánto crees tú?

—Habría que preguntarle a Raymond, supongo.

Sophy volvió con la ropa. Dijo:

—Aquí están. Botas grandes y un pulóver y este pantalón.

Se quedó ahí sosteniéndola, con el peso de las botas tirándola hacia el costado. Harriet dijo:

—¿Escuchaste si Raymond dormía cuando subiste?

—No escuché nada.

Sophy apoyó las botas en el piso.

—¿Se las doy al hombre? —dijo.

La señora Race dijo:

—¿Raymond te contó lo que hicieron por él cuando lo sacaron del mar, Sophy?

—Solo lo levantaron —dijo Sophy—. Dijo que lo lastimaron al arrastrarlo por la borda del bote.

—El hombre de afuera —dijo Barlow—, ¿qué clase de hombre es?

—Es alto.

Barlow se puso de pie.

—¿Qué les parece? —dijo.

Harriet dijo:

—¿Por qué no le preguntamos a Raymond? No creo que todavía esté durmiendo.

—Ve tú, entonces.

La señora Race dijo:

—Creo que diez chelines es más que suficiente.

Harriet dijo:

—Aun si son solo diez chelines, debemos pedírselos a Raymond.

—Tengo dos libras —dijo Barlow—, pero tienen que durarme hasta el viernes. Además, no tengo ningún billete de diez chelines.

Atwater dijo:

—Pero ¿crees que diez chelines es suficiente? Lo dudo.

—Para mí no lo es —dijo Harriet—. Al fin y al cabo, Raymond les dio a todos un montón de problemas. Supongo que este hombre ha venido caminando de lejos, también.

—Creo que alrededor de una libra.

Harriet dijo:

—Démosle una bebida mientras lo discutimos. Ve y pregúntale

qué le gustaría, Sophy.

Sophy salió a preguntarle al hombre qué le gustaría. Barlow dijo:

—Creo que será mejor que le preguntes a Raymond, Harriet.

Atwater dijo:

—Tengo una libra, si les parece que esa sería la suma correcta. Puedo pedírsela a Raymond más tarde.

—Personalmente —dijo la señora Race—, me parece demasiado. En especial porque Raymond regresará más adelante. Puede suceder de nuevo.

Sophy volvió. Dijo:

—Es abstemio. Pero dice que le gustaría una taza de chocolate.

—¿Tenemos chocolate?

—No —dijo Sophy—. ¿Le preparo un poco de café?

Barlow dijo:

—Sí, prepárale un poco de café. Pero no lo hagas en la máquina. Tarda mucho.

Sophy salió de la sala nuevamente y la oyeron poner la tetera. La señora Race dijo:

—Lo mejor sería realmente preguntarle a Raymond.

Harriet dijo:

—¿Por qué no vas y le preguntas, William?

—Si alguien tiene que despertarlo, probablemente será mejor que lo hagas tú.

—De acuerdo —dijo Harriet—, voy a preguntarle. Pero está molesto conmigo por haber roto esa botella de medicamento. Creo que piensa que lo hice a propósito.

Subió. La señora Race dijo:

—Este tipo de cuestiones son siempre tan difíciles de resolver. Después uno siente que ha dado demasiado o muy poco.

Barlow dijo:

—Creo que diez chelines es realmente muy poco. Por otro lado, una libra parece mucho. Ya ven, solo lo sacaron del agua.

Atwater dijo:

—A esta altura, en sus mentes este incidente ha cobrado una importancia desmedida. Deben tener eso en cuenta.

Sophy se asomó a través de la puerta.

—¿Le pregunto al hombre cuántos terrones de azúcar le gustan? —dijo.

Barlow dijo:

—Sí, pregúntaselo.

Oyeron la voz de Harriet en la escalera. Entró. Pringle estaba con ella, vestido de pijama negro y envuelto en una vieja bata. Tenía los ojos casi cerrados y unos mechones de pelo rojo sobresalían erráticamente de su cabeza. La billetera colgaba de su mano. Harriet dijo:

—No entendía de qué se trataba, así que pensé que lo mejor era que bajara a ver al hombre en persona.

—¿Quién es este hombre? —dijo Pringle. Se frotó los ojos.

La señora Race dijo:

—Es el hombre que te prestó la ropa. Pensamos que te gustaría darle algo de dinero.

—¿Qué ropa?

—La ropa con la que volviste del mar. ¿No quieres darle algo de dinero?

—¿Por qué?

—No lo sé.

Pringle dijo:

—Bueno, si todos piensan eso, supongo que debería. ¿Cuánto le doy?

La señora Race dijo:

—Yo creo que diez chelines es suficiente. Los demás dicen que una libra.

—¿Diez chelines? —dijo Pringle—. ¿Una libra?

Atwater dijo:

—Ya ves, en su cabeza probablemente este asunto haya cobrado una importancia desproporcionada.

—Pero, quiero decir, una libra es muchísimo.

—Dale diez chelines, entonces.

—Diez chelines no es suficiente —dijo Harriet—. Tienes que darte cuenta.

Atwater dijo:

—¿Cuántos hombres había?

—Dos —dijo Pringle—. Pero sólo uno de ellos me ayudó a subir al bote.

—¿Por qué no hacemos una concesión y le damos al hombre quince chelines? —dijo la señora Race.

Pringle dijo:

—Podría hacer eso.

Ahora parecía despabilado. A tientas rebuscó en su billetera.

—¿Alguien tiene algo de cambio? —dijo.

Barlow dijo:

—Puedo darte media corona, pero es el único cambio que tengo. Las dos libras tienen que durarme hasta el viernes.

—Aquí hay otra media corona —dijo Atwater—. Así que ¿tienes diez chelines?

Sophy entró de nuevo.

—Está bebiendo el café —dijo.

Se sentó y continuó con su labor. Pringle dijo:

—¿Le darías esto, Sophy?

Le dio un billete de diez chelines y dos medias coronas. Sophy agarró el dinero y salió otra vez. Cuando regresó con la taza de café, la señora Race dijo:

—¿Qué dijo?

Sophy dijo:

—Sólo dijo «Negro».

—¿Nada más?

—No.

—Obviamente era la suma correcta —dijo Pringle y, atando el cinturón de su bata, subió las escaleras. Dijo—: Y no me molesten más. No me importa quién sea. No lo atenderé.

—Está volviendo en sí —dijo Barlow.

La señora Race dijo:

—Unos días en Londres lo arreglarán.

31

—¿Cómo estuvo el campo? —dijo Nosworth. Se veía más atrofiado de lo que había estado al irse Atwater.

—Lo mismo de siempre. Tuvimos algo de buen tiempo.

—Mencioné a Spurgeon el asunto de la silla giratoria y lo expondrá ante la Comisión Permanente.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. Era mi deber.

—¿En Londres pasó algo?

Nosworth negó con la cabeza. Había unas cuantas cartas sobre el escritorio de Atwater. Las tres primeras eran facturas de libros y la siguiente una nota de Verelst diciendo que se iba al extranjero y

dando el nombre de un hotel en Francia que se había olvidado de dejar a Atwater antes. La otra venía dentro de un sobre azul brillante con su nombre escrito meticulosamente en la letra de Lola. La abrió. Nosworth dijo:

—El Dr. Crutch vino varias desde que te fuiste.

Atwater leyó la carta de Lola por segunda vez. Así que todo había terminado. En cierto modo lo lamentaba. Dejó anotado en su cuaderno que debía responderle y pensó en cuánto habría disfrutado ella la composición de una carta de ese tipo.

—¿Cómo ha estado?

—Hubo un cambio notable para peor la última vez que vino.

—¿Sí? —dijo Atwater. Puso la carta de Lola en su bolsillo. Nosworth dijo:

—Fue una lástima que te olvidaras de devolverle ese folleto. Sin embargo, le dije que volvías hoy y dijo que vendría a verte.

—En serio.

—Sí. Supongo que vendrá en algún momento de la tarde.

—¿Cómo están las venas varicosas de Miller?

—Todavía debe tomarse licencia cada tanto. Y hay una nueva regla, hay que desempolvar las vitrinas cada dos lunes. ¿Podrías supervisar eso?

—¿Incluidas las vitrinas de Marcos iii?

—Sí —dijo Nosworth—. Incluidas las vitrinas de Marcos III.

—¿Qué piensa Spurgeon de eso?

—Naturalmente está muy ofendido. Sin embargo, ha cedido con la condición de no hacerse cargo de su parte de la corrección de pruebas del catálogo por el 70º aniversario.

—Lo admiro por eso.

—Después de todo, en algún momento es necesario formular alguna protesta.

—No somos los peones de la Comisión Permanente.

—Sobre todo ahora, cuando uno está tan ocupado.

—Es inadmisible.

Nosworth dijo:

—Tengo todos esos poemas daneses para traducir y luego tengo que hacer una introducción para el catálogo razonado de la colección Palmanini.

—¿Eso cuándo se publica?

—En el otoño —dijo Nosworth—. Y por cierto, hace poco te llamaron una o dos personas. Voces femeninas.

—¿Cuántas?

—Oh, unas cuantas. Pero me negué a darles tu dirección.

—¿Dejaron algún mensaje?

—Una de ellas dijo algo acerca de una despedida.

—¿Sabes su nombre?

—En lo más mínimo.

—¿Algo más?

—El checo causó un montón de problemas.

—¿Problemas?

—Trabajo extra —dijo Nosworth—. Trabajo extra.

Se fue a su oficina. Entró el chico de la oreja hinchada.

—El Dr. Crutch quiere verlo —dijo, y desplazó lo que comía de un lado al otro de la boca.

—Llévalo hasta la sala de espera.

Atwater se dirigió hacia la sala de espera y hacia el Dr. Crutch. Fue una entrevista larga. Más tarde en la mañana escribió a Lola, a su ejecutivo en el banco, y varias cartas sobre etnografía. Después llamó a Susan. El viejo Nunnery contestó el teléfono en un tono de voz bajo y espeso y dijo que Susan estaba fuera.

—Ven a verme, de todos modos —dijo, y tosió horriblemente por la línea.

—¿Cuándo?

—Esta noche a eso de las nueve o diez.

—Lo haré.

—Hazlo —dijo el viejo Nunnery—. Puede que haya algo para tomar.

32

La puerta de calle estaba cerrada. Atwater tocó el timbre varias veces, pero no pasó nada. Después caminó hacia el medio de la calle y miró hacia el piso de los Nunnery. Había luna, por lo que había bastante luz, y en eso vio aparecer la cabeza del señor Nunnery.

—Perdona —gritó el señor Nunnery—. Debe haberse corrido el cerrojo. Voy a tirar la llave.

Desapareció. Atwater esperó. El señor Nunnery volvió unos minutos después y se inclinó hacia fuera lo suficiente para ver la cornisa que corría a lo largo de la parte superior de la casa. Desde

abajo ciertamente daba la impresión de ir a perder el equilibrio.

—Ahí baja —gritó. Su voz sonaba alejada, inesperada, como un mensaje del firmamento. Gritó «ahí baja» otra vez, y Atwater pensó que no había nada más improbable. La llave, envuelta en una página del *Morning Post*, atravesó despacio la bóveda de estrellas y aterrizó en la cabeza de un hombre ciego que avanzaba dando golpecitos a las rejas. Atwater trató de darle una explicación, pero se le hizo muy largo, así que le dio al hombre ciego un chelín y subió las escaleras. Una suspensión de vapores mefíticos cubría como una neblina los pisos más bajos, disminuyendo en intensidad a medida que se llegaba al piso superior. La puerta del departamento estaba abierta. Entró y puso su sombrero en el vestíbulo y llamó a la puerta de la sala de estar.

—Adelante —gritó el señor Nunnery. Estaba solo tomando un vaso de oporto y resolvía un crucigrama. Parecía bastante avergonzado de sí mismo.

—Qué tal, Atwater —dijo—. Sírvete algo.

Buscó otro vaso en el aparador y le sirvió un poco de oporto.

—¿Has estado fuera? —dijo.

—Estuve en el campo. Fue bastante agradable.

—No me interesa mucho el campo —dijo el señor Nunnery—. ¿Te quedaste con otra gente?

—Con Raymond Pringle.

—¿El hombre de pelo rojo que llamaba a Susan todo el tiempo?

—Sí. El hombre de pelo rojo.

—¿Tiene un lugar lindo?

—No.

—¿Cómo andaba?

—Se lo veía bastante bien cuando me fui.

—Creo que se matará uno de estos días —dijo el señor Nunnery —. Tiene el aspecto de ir a hacerlo.

—Sí, creo que lo hará.

—Sírvete un poco más de esto —dijo el señor Nunnery. Y agregó —: ¿De diseño extravagante? ¿Siete letras?

—¿Barroco?

—Exacto.

—¿De verdad?

—Ciertamente.

Atwater dijo:

—¿Cómo está Susan?

—Que yo sepa está bien.

En su conjunto, el señor Nunnery no daba la sensación de estar en su mejor noche. Atwater pensó que era posible que estuviera en un estado de embriaguez controlada que lo volvía algo ponderoso. Atwater dijo:

—Hace un tiempo que no la veo.

—Ha estado fuera. Todavía lo está.

—Efectivamente.

—Se ha ido a los Estados Unidos.

—¿Los Estados Unidos?

—Los Estados Unidos —dijo el señor Nunnery—. Con ese tipo Verelst.

—¿Oh, sí?

—Sí —dijo el señor Nunnery—. No es el compañero que habría elegido yo. Pero ahí está.

—Hace un tiempo que no la veo.

—Claro que ella siempre quiso ir a los Estados Unidos. —La recuerdo diciendo eso.

El señor Nunnery dijo:

—Está bien Verelst, en realidad.

—Oh, sí.

—No me disgusta porque sea judío —dijo el señor Nunnery—. Uno no puede despacharse razas enteras de un plumazo.

—Él está bien.

—Difícilmente te darías cuenta de que es judío.

—Oh, no. Apenas.

—Sin embargo, hay otra gente con la que habría preferido que fuera a los Estados Unidos.

—Entiendo lo que dice.

Atwater sintió un vahído en la boca del estómago. Todavía no alcanzaba a creerlo. Obviamente decía puros disparates. El viejo tonto estaba borracho.

—Sírvete un poco de oporto —dijo el viejo Nunnery, que parecía aliviado de haber conseguido desahogarse de las informaciones sobre Susan. Dijo—: Te ves deprimido. Probablemente eres como yo. El campo no va contigo.

—Estoy bien.

—No es lo que se dice un buen oporto —dijo el señor Nunnery —. Lo saqué de una botella que dejó Fotheringham cuando vino la otra noche.

—¿Cómo está él?

—Notablemente bien. Pero puede que pierda su trabajo.

—¿El trabajo habitual?

—Supongo que así es como lo llaman.

Atwater dijo:

—Lamento no haber visto a Susan de nuevo antes de que se fuera.

El señor Nunnery dijo:

—Fue todo bastante repentino, ya sabes. A ella le gusta hacer las cosas de improviso.

—¿Cree que Fotheringham *perderá* su trabajo?

—Si lo soportaron durante cinco años, por mi parte no veo razón alguna por la que no puedan soportarlo cincuenta.

—¿Tiene algo en mente?

—Un norteamericano llamado Scheigan le abrió alguna perspectiva de empleo.

—Conozco a Scheigan. Es un editor.

—Por desgracia, cuando salen juntos no se decide nada.

—Fotheringham quiere algo intelectual.

—Como digo, nunca se resuelve nada.

—Scheigan no tiene poder de decisión.

El señor Nunnery vació los restos del decantador en el vaso de Atwater. Dijo:

—En mi opinión Scheigan bebe demasiado.

Atwater dijo:

—¿Susan se mudó ahí en forma permanente?

—Oh, no. Creo que volverá pronto. Al menos eso espero.

Hubo una pausa. Atwater ni siquiera intentó pensar en algo que decir. El señor Nunnery dijo:

—¿Quién más que yo conozca se quedaba en lo de Pringle?

—¿Conoce a Naomi Race?

—Por supuesto, en los viejos tiempos la frecuentaba.

—¿Barlow?

—Oh, sí, el que pinta.

—¿Harriet Twining?

—He ahí una chica que me gusta —dijo el señor Nunnery—. ¿Cómo andaba?

—Muy bien.

—Suena a un grupo muy alegre.

—Lo era.

Hubo otra pausa. Atwater se preguntó si era el oporto lo que lo hacía sentirse así. El señor Nunnery parpadeó. Dijo:

—¿Cómo crees que va a ser el invierno?

—Malo.

—Sí, yo también, malo.

Atwater dijo:

—¿Verelst conoce los Estados Unidos bastante bien, no?

—Creo que hizo allí parte de su dinero.

—A mí también me gustaría ir allí.

—A mí también —dijo el señor Nunnery—. Es posible que en Wall Street quede algo por hacer. Allí hay operadores, no como el penoso paquete de viejas del mercado bursátil de aquí.

Atwater dijo:

—Tengo que irme ahora.

De repente sintió que no podía quedarse un momento más.

—Por el amor de Dios, no te vayas.

—Sí, debo irme.

—Bueno, si tienes que irte —dijo el señor Nunnery—, tienes que irte. Siento que no haya más oporto.

—Adiós.

—Adiós —dijo el señor Nunnery—. Ven de nuevo pronto. Me temo que es posible que corten el teléfono mañana o pasado, porque no he pagado la cuenta. Pero por lo general a esta hora estoy.

—Adiós otra vez.

—Espera un momento. ¿Cuál fue la palabra que dijiste? —Barroco.

—¿Era esa?

—Eso es lo que usted dijo.

—Era esa —dijo el señor Nunnery—. La escribiré de inmediato en caso de que se me olvide de nuevo.

33

Atwater bajó las hediondas escaleras. Salió a la calle y caminó un largo rato, pensando que era una lástima que no pudiera recordar el aspecto de Susan. Ahora que se había ido y no podía verla quería imaginar que pronto se encontrarían de nuevo, pero lo único que

recordaba era el color de su vestido al verla por primera vez, y cuando trató de imaginarla, el vestido mismo se desvaneció en lo borroso y se quedó sin nada. No se habían escrito ninguna carta, pero pensó en las inflexiones de su voz en el teléfono, de modo que todas las cosas que había dicho perdían con los diferentes tonos que él les daba cualquier significado que hubieran tenido alguna vez. Así que se había ido, criatura ridícula, encantadora, un amor absurdamente desesperado e imposible que estaba y siempre había estado tan lejos. Una criatura absurdamente encantadora y desesperada que había partido para que él nunca volviera a verla de nuevo y para que la recordara sólo como un amor vano y absurdo. Caminó dos veces alrededor de la misma manzana. Se cansó de caminar y tomó un autobús que había disminuido la velocidad cerca de él. Fue hasta arriba y se sentó en uno de los asientos delanteros. Se había ido a los Estados Unidos con Verelst. Miró los árboles del parque a través de la ventana abierta a su izquierda. ¿O el viejo tonto y borracho de su padre se había confundido? Tal vez ni siquiera se había ido. Se cansó del autobús y se bajó y empezó a caminar de nuevo. Pensó en todas las veces que podría haber estado con ella o cerca de ella y había elegido hacer algo diferente. O simplemente no había hecho nada. Cuando sólo se había sentado en su habitación a leer un libro y podría haber estado hablando con ella por teléfono. Pero luego también estaban los momentos en los que había tratado de estar con ella y ella había querido estar con alguien más. Los momentos en los que ella había salido o se aburría o lo había dejado plantado o incluso en los que no estaba tan bonita. Ella tenía razón, suponía, de dejarlo e irse. Y ese bastardo de Verelst, que en realidad no era tan malo. Y sin embargo, qué ridículo e imposible era pensar que se hubiera ido. Mientras bostezaba en el museo o discutía con Pringle o hacía el amor con Lola o Harriet o alguna otra mujer deprimente en una fiesta igual de deprimente, ella había estado con Verelst y ahora se había ido a los Estados Unidos con él. Qué estúpido había sido. Qué estúpido. Y aun así, tal como ella había dicho, ¿de qué hubiera servido? Pero a pesar de todo sólo podía pensar en el tiempo que había perdido cuando ella no había estado con él y en el otro tiempo, ese que ahora parecía el único momento que realmente había vivido, y en el tiempo que tenía hacia delante sin ella y en que no podría ni siquiera verla o tenerla cerca o hablarle o mirarla y cuando todo lo que sabría de ella sería lo que la gente miserable que conocía

hubiese dicho en medio del chismorreo y la especulación sobre las aventuras amorosas de otra gente miserable. Porque ahora se había ido. Había habido encuentros en los que había sentido que todo el asunto había sido un error estúpido y que ella no era tal como había pensado que era, y en los que no había disfrutado su compañía. Pero siempre cuando ya no estaban juntos, él sabía que se había equivocado y que la imagen mental que tenía de ella era lo real, y la realidad de ella la ilusión. Llegó a Hyde Park Corner y pensó que la cosa simplemente no podía ser cierta. Y sin embargo, ¿por qué no habría de ser cierta? Aun cuando no le hubiera dicho con todas las letras que iba a suceder algo así, le había dado señales muy claras. Qué idiota había sido. Y Verelst y su maldita carta acerca de un maldito hotel. En cualquier caso ella se había ido. Empezó a caminar hacia Piccadilly. Qué imposible era pensar en un Londres sin ella. Aunque sólo la hubiese conocido por cinco minutos. ¿Qué había hecho los días antes de conocerla? ¿O era ese pésimo oporto lo que lo hacía sentirse tan mal?

Era una noche clara y unos hombres grandotes caminaban de regreso de sus cenas de club vestidos con esmoquin. Atwater siguió subiendo en dirección a Piccadilly. En una esquina se encontraba reunido con varias mujeres un hombre joven con sombrero bombín y paraguas desenrollado. Al pasar Atwater, el hombre joven extendió el mango curvo del paraguas y le atrapó el brazo. Atwater le echó un vistazo y vio que era Fotheringham. Fotheringham dijo:

—Qué tal, William. Voy a ponerme terriblemente pesado. Voy a pedirte que me prestes diez chelines.

—¿Lo harás?

—¿Puedes ser un increíblemente buen samaritano?

—Eso creo.

Fotheringham puso el billete en el bolsillo de su pantalón. Sacó una cigarrera y se la ofreció a Atwater. Dijo:

—Estuve cenando con uno de los directores de una pequeña empresa de transporte. Puede que me dé un trabajo.

—¿Puede?

—Fue espantoso.

—¿Dónde cenaron?

—En su club. Fue terrible. Un club muy malo. Sin tradiciones. No puedo ni siquiera contarte acerca de la comida. Sin embargo, puede que salga algún trabajo.

—¿Sí?

—Sí. ¿Y dónde has estado hasta estas horas de la noche, si puedo preguntar? ¿O sería indiscreto?

—Sólo estuve con el viejo Nunnery.

—Estuve ahí la otra noche —dijo Fotheringham—. Me quedé mirando unas fotografías de Susan que tiene por ahí. Ya sabes, es una chica muy atractiva.

—Sí, lo es.

—Nunca sé si es más atractiva ella o Harriet Twining.

—Ya me dijiste eso la vez pasada.

—De un modo sutil, creo que Harriet.

Atwater dijo:

—Oh, ¿de verdad? Yo creo que prefiero a Susan.

Fotheringham dijo:

—Bueno, no es algo que pueda decidirse discutiendo —dijo—. Las últimas horas han sido muy exigentes para mí.

—Me imagino.

Me siento como si acabara de salir de la habitación de mi tutor después de una charla sobre el *esprit de corps*. En resumen, necesito distraerme.

—Ahora, querido —dijo una de las mujeres—, no charlen toda la noche. —Llevaba puesto un pesado abrigo de piel porque la noche estaba fresca, aunque no del todo fría.

—Perdón, perdón —dijo Fotheringham—. Estaré contigo en dos segundos, Ivy.

Le dijo a Atwater:

—Parece que tengo que irme.

—No quiero entretenerte.

—Bueno, diez mil gracias de nuevo, William. Y te daré esos diez chelines de vuelta en algún momento. Podríamos tomar una copa juntos el viernes.

—El viernes no puedo. ¿Lunes?

—No. El lunes nunca es un buen día para mí. Pero te avisaré mañana.

—Hazlo.

—Lo haré —dijo Fotheringham—. Lo haré. —Y desapareció por White Horse Street.

—¿No te gustaría dar una vuelta conmigo, querido? —dijo una mujer entrada en años con un pequeño sombrero ajustado. Era una de las que habían estado en el grupo alrededor de Fotheringham.

—No, gracias —dijo Atwater—, tengo mis propios problemas.

—Seguro eres un hombre de negocios, no me extraña —dijo ella.

Atwater dijo:

—Ya llegará a eso, supongo. —Y subió por Piccadilly e hizo una parada en Heppell's para comprar pasta dentífrica. Sin duda era la noche más fría de los últimos meses y se dio cuenta de que pronto empezaría el otoño. Dobló en el Soho y tomó por varias calles laterales.

—No lo he visto durante algún tiempo, señor —dijo el portero cuando Atwater entró por la puerta.

—No —dijo Atwater—, no me ha visto.

El portero contuvo con la mano un eructo silencioso y dijo: «Qué modales». Atwater tomó el talón por su sombrero y entró al bar. Estaba casi vacío, pero Pringle se encontraba en el otro extremo, hacia la esquina. Parecía irritado. Dijo:

—Qué sorpresa que en tu primera noche en Londres vengas aquí.

—¿Y tú?

—No supondrás que fue mi elección.

—¿Dónde está Harriet?

—Encontró a un hombre joven y ha estado bailando con él toda la noche.

—¿Sí?

—Él pareciera esperar que le compre todos sus tragos.

Atwater dijo que lamentaba escuchar eso. Se sentó en una de las mesas al costado de la sala.

—Quiero un arenque ahumado —le dijo al mozo—. Y si es demasiado tarde para un trago tráigame un café negro grande. —No estaba especialmente hambriento, pero se había olvidado de cenar, y comer un arenque le daría algo que hacer. Pringle trajo su bebida desde la barra y se sentó en la mesa. Dijo:

—Undershaft está de vuelta. Estuvo aquí esta noche.

—¿Cómo andaba?

—Petrificado.

—¿Celebrando su regreso?

—Debe haber sido eso.

Atwater comió su arenque. Entró Walter Brisket con un joven rubio muy alemán que usaba una corbata de tela escocesa.

—Hola, William —dijo.

—Qué tal.

Brisket dijo:

—¿Conocen a Freiherr von Waldesch?

Atwater le dio la mano. Von Waldesch ladeó un poquito su cabeza y se acarició el pelo de la nuca, que usaba corto. Era una víctima evidente de la calefacción central, y en cierta forma se veía poco saludable, pero era un joven corpulento y en un duelo se había ganado una buena cicatriz. Brisket dijo:

—Me temo que no habla mucho inglés, pobrecito, pero en realidad está muy bien.

Pringle dijo:

—¿Han estado arriba?

—Está tan aburrido que bajamos.

—¿Harriet todavía se encuentra allí? —dijo Pringle.

—Sí. Está bailando con alguien muy especial.

Pringle dijo:

—Undershaft dice que los Estados Unidos son un país asombroso. A los bombines les dicen *derbies*. No hay baños públicos, como tales, en todo Nueva York.

Atwater terminó su arenque y alejó su plato.

—¿Se toma whisky todo el tiempo, no?

—Dice que corre mucho el gin si no te gusta el whisky.

—¿Hace cuánto que volvió Undershaft?

—Alrededor de una semana o diez días.

Pringle dijo:

—No tardó mucho en conseguirse una nueva chica.

—¿De verdad?

—Se llama Lola.

Atwater dijo:

—¿Qué le pasó a la vietnamita?

—Esta nueva chica —dijo—, dice que te conoce. Le dijo a Undershaft que le parecía graciosa la manera en que arreglaste tus tiradores con cables.

—¿Le dijo eso?

—Sí. Undershaft dice que es simpática.

—Lo es.

—Dice que es tediosa en cierto sentido, pero atractiva.

—¿De verdad?

Brisket dijo:

—Por el amor de Dios, dejen de hablar de mujeres y cuéntennos algo divertido.

—Undershaft conoció a Scheigan cuando estaba en Nueva York.

Se le cayó encima cuando volvía de una fiesta en Greenwich Village.

—¿Y después?

—Luego Scheigan le dijo que nos conocía a todos.

—¿Mandó algún mensaje?

—Le pidió especialmente que le dijera a Harriet que quería recuperar su cigarrera de oro.

Von Waldesch, bastante aburrido, sacó un escarbadientes, pero no se aventuró a emprender más que una excavación superficial. Brisket le pidió un café para mantenerlo ocupado. Von Waldesch se quedó ahí sonriendo para sí con una especie de serena timidez muy parecida a la de Sophy. Brisket dijo:

—Undershaft vio a Susan Nunnery en los Estados Unidos.

—¿Cómo estaba? —dijo Atwater. Se preguntó si hablaba de una persona real o de alguna sobre la que había leído algo alguna vez o que había visto en una película. Hacía un millón de años que había estado con ella.

—Estaba con un hombre llamado Verelst.

—Lo conozco.

—La conoces, ¿verdad?

—A su manera es muy atractiva —dijo Brisket—. Pero muy particular para ser realmente *chic*.

Atwater dijo:

—¿Cómo le iba con Verelst?

Harriet bajó las escaleras. Sostenía del brazo a un joven alto que Atwater no había visto antes.

—Es un hombre muy agradable —dijo ella—. No sé su nombre, pero dice que un amigo suyo va a dar una fiesta y todos podemos ir.

—Sí —dijo el joven, bastante asustado de su propia importancia repentina—. Vengan, todos. No creo que sea muy emocionante o nada por el estilo, pero de todas formas podríamos ir y ver de qué se trata.

Atwater dijo:

—¿Cómo le iba a Susan Nunnery con Verelst?

Brisket dijo:

—Te presento a Freiherr von Waldesch, Harriet. ¿Lo conoces?

Harriet dijo:

—¿Vendrás a la fiesta, no?

Von Waldesch hizo una reverencia desde la cintura.

—Muy bien —dijo. Se veía inmensamente complacido por la

invitación y un poco alarmado por Harriet. A modo de énfasis adicional a su aceptación dijo—: Así es.

—¿Y tú, William?

—Sí —dijo Atwater—. Me gustaría.

Este libro de Anthony Powell se compuso en Fournier MT. La tapa se imprimió sobre papel ilustración de 270 gramos y el interior sobre papel Bookcel de 65 gramos.

Hombres del ocaso se terminó de imprimir en enero de 2015 en Talleres Gráficos Elias Porter, Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Dig abril 2018

NOTAS

[1] El *shove-halfpenny* es un juego de mesa tradicional de pub. Consiste en impulsar cinco monedas de medio penique (*halfpennies*) sobre un tablero marcado con líneas horizontales sucesivas que delimitan las estaciones del juego (*beds*). La distancia recorrida por la moneda determina el puntaje, que no se computa si la ficha queda tocando alguna de las líneas (N. del T.).